

Aca. Esp.
II - 113
DISCURSO

LEÍDO ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

ILMO. SR. D. JOSÉ MARTÍNEZ RUIZ (AZORÍN)

el día 26 de Octubre de 1924

CONTESTACIÓN DEL

EXCMO. SR. D. GABRIEL MAURA GAMAZO

CONDE DE LA MORTERA

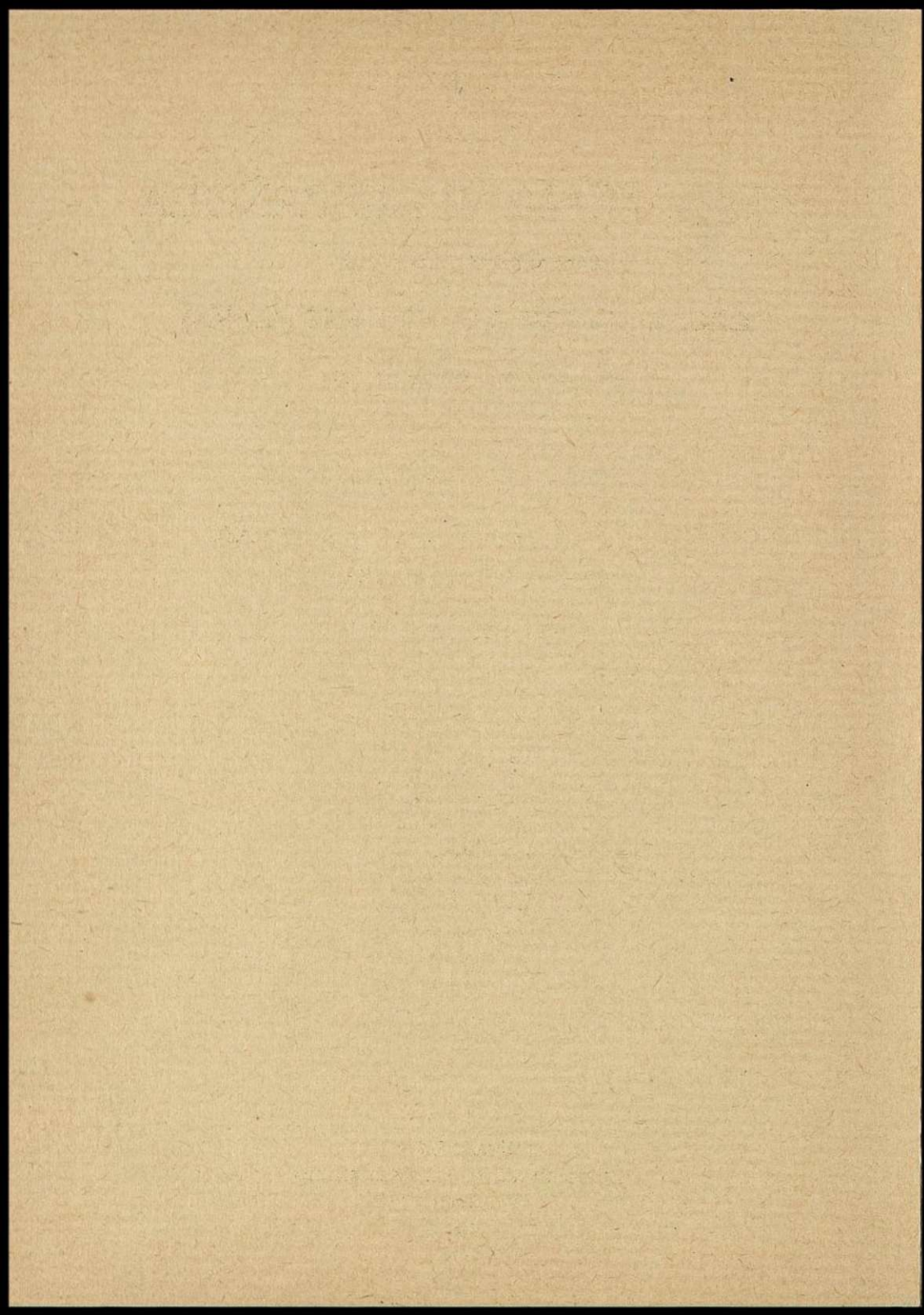


MADRID

IMPRENTA DE RAFAEL CARO RAGGIO

Mendizábal, 34

1924



R40765

DISCURSO

LEÍDO ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

ILMO. SR. D. JOSÉ MARTÍNEZ RUIZ

el día 26 de Octubre de 1924

CONTESTACIÓN DEL

EXCMO. SR. D. GABRIEL MAURA GAMAZO

CONDE DE LA MORTERA



MADRID

IMPRENTA DE RAFAEL CARO RAGGIO

Mendizábal, 34

1924

10/10/10

THE NATIONAL ARCHIVES

RECORDS

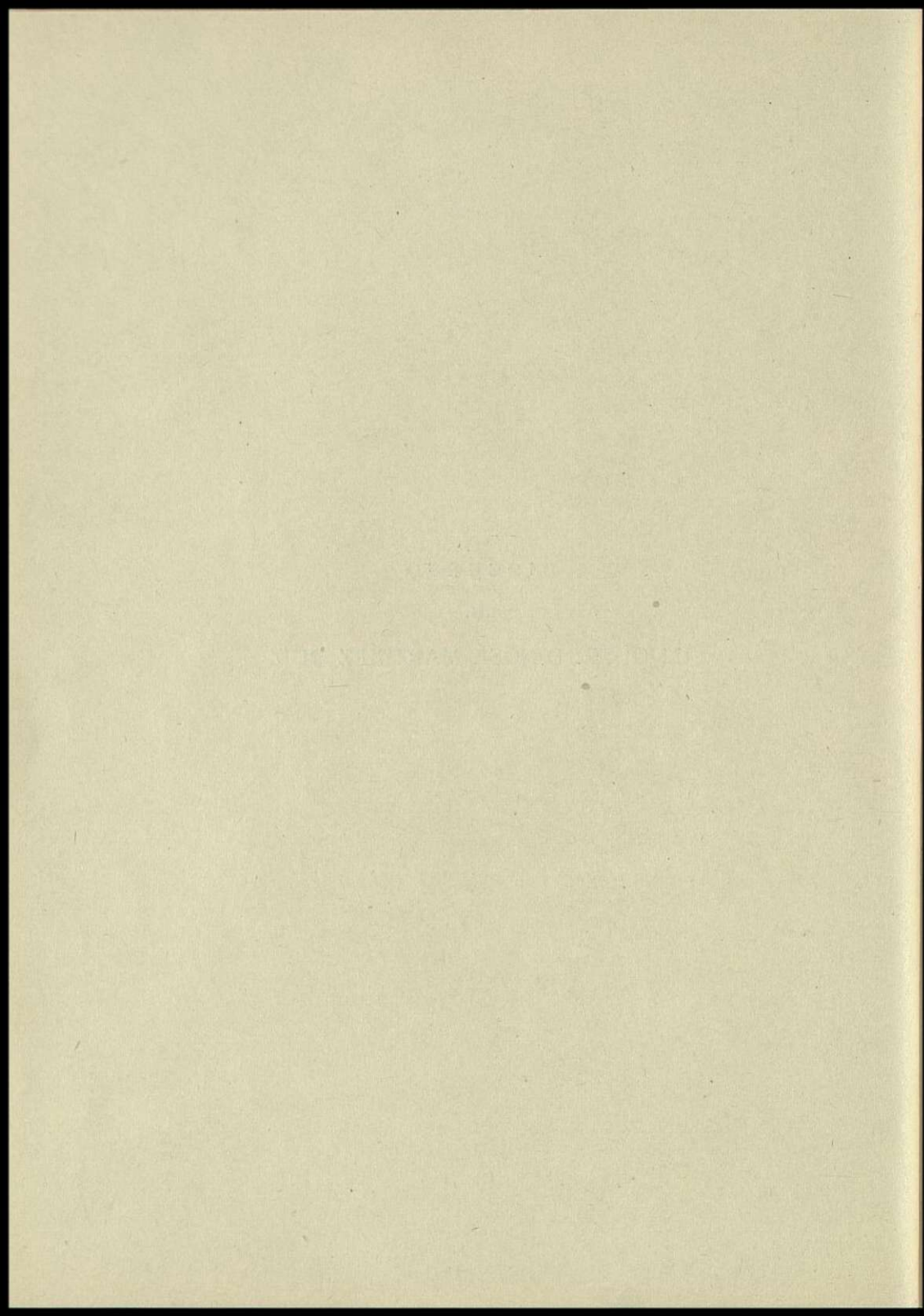
OF THE DEPARTMENT OF THE INTERIOR

1870-1879



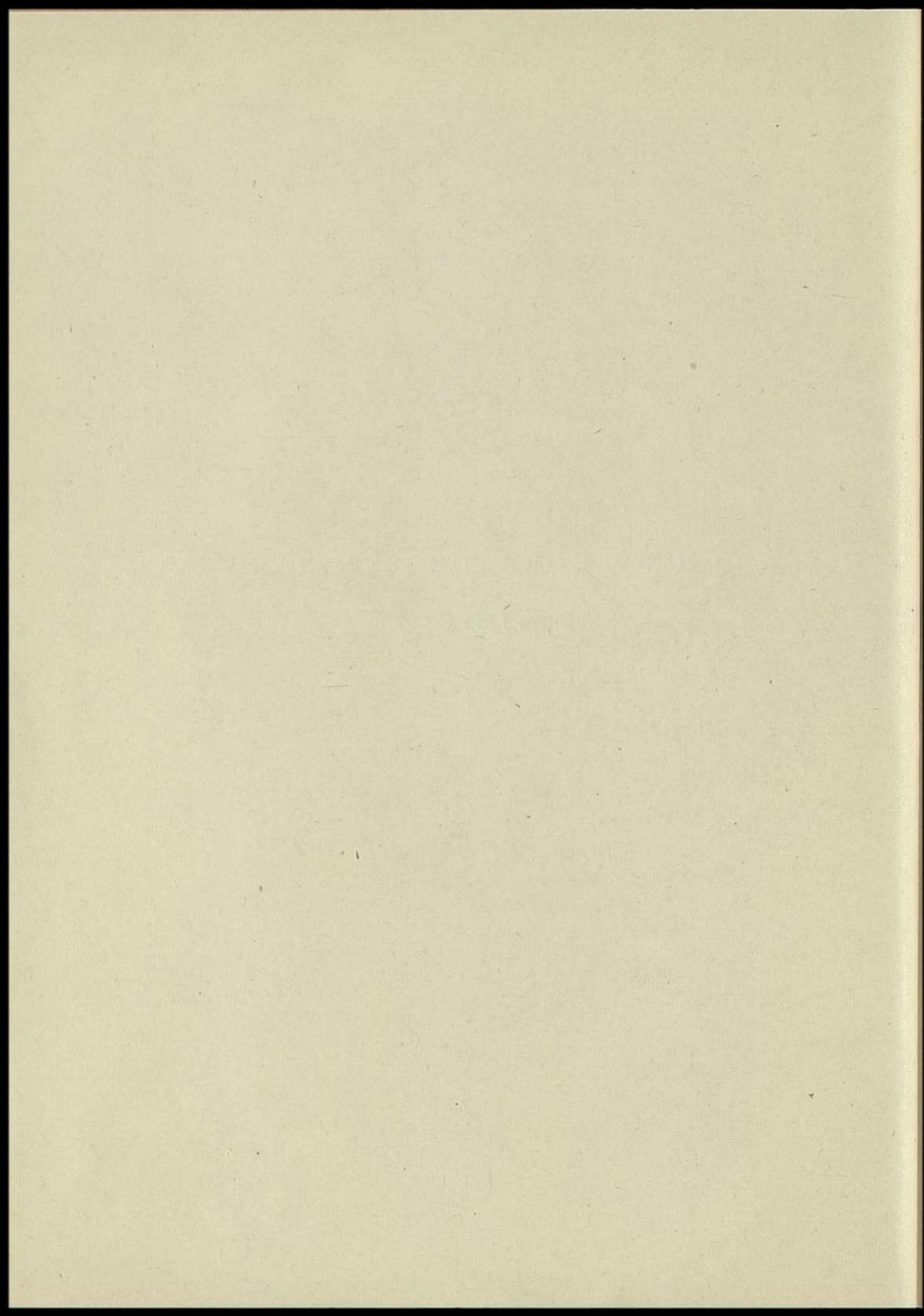
U.S. GOVERNMENT PRINTING OFFICE

DISCURSO
DEL
ILMO. SR. D. JOSÉ MARTÍNEZ RUIZ



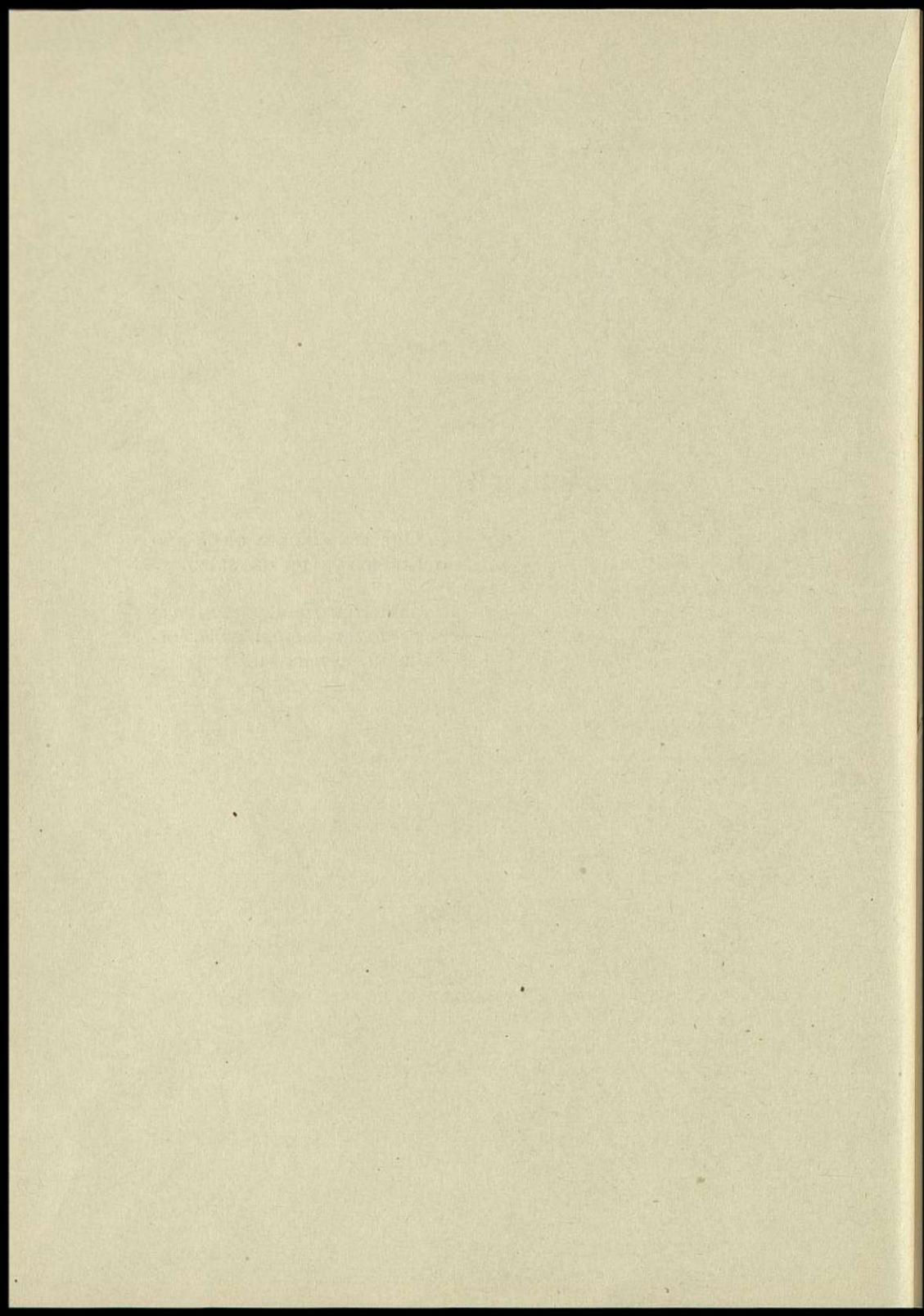
UNA HORA DE ESPAÑA

(Entre 1560 y 1590)



... QUE FUÉ SÍNCOPA DE UN AÑO
O PARÉNTESIS DE UN SIGLO.

Calderón: *En esta vida todo
es verdad y todo mentira*, jor-
nada III, escena VII.



SEÑORES ACADÉMICOS:

Sean mis primeras palabras—deben serlo— de gratitud. Cordialmente os agradezco a todos vuestros favorables sufragios. Representáis la tradición literaria española; modestamente he procurado yo servir esa tradición. Entre vosotros, a quienes admiro, a quienes quiero, me encuentro rodeado de amigos. De amigos que sienten los mismos fervores que yo siento. El amor del operario a su profesión es lo que más importa en los oficios, liberales o mecánicos. Cualquiera que sea el trabajo que realicemos, grande o pequeño, lo esencial es realizarlo con vivo amor. Un modesto obrero en pobre taller, enamorado de su arte, fervoroso en su labor, es tan admirable—independientemente de la obra realizada— como el más afamado artista. Amáis vosotros las letras patrias; conocéis los primores y puridades del lenguaje; os preocupan los problemas del arte. ¿Cómo no he de sentirme satisfecho entre vosotros? Muchas veces, en los pueblecitos españoles, he contemplado a los artífices del hierro, de la madera y de la lana trabajar en sus talleres. Desaparece rápidamente, en el mundo moderno, el trabajo minucioso y paciente de las manos. En esos obradores de los pueblos pequeños, admiraba yo el amor, el minucioso cuidado y la perseverante cordialidad de los artesanos. Frecuentemente, toda la familia del operario se asociaba a la obra. El ambiente del taller, tan íntimo, se fundía con el ambiente tradicional de todo el pueblecito. La tradición, de padres a hijos, había ido formando estos oficios y creando lentamente las prácticas, recursos y secretos con que se dominaba la materia. Y estas excelencias de los modestos obreros, este ambiente tradicional, este fervor en el trabajo, era lo que yo, espectador en el taller, deseaba para el artista literario. La obra del literato debe ser perseverancia y amor. Frente a los gozadores del momento—un poco frívolos— vosotros represen-

táis la continuidad del ideal estético y el culto a las fruiciones del espíritu. Los representan también, fuera de este recinto, escritores a quienes todos admiramos y respetamos. Hombres de todas las procedencias forman esta breve asamblea. De la política venía el académico a quien sucedo.

Era D. Juan Navarro Reverter un político y un hombre de mundo. Yo le veo —y fué la última vez que le vi— en un salón mundano. Alto, apuesto, airoso, caminaba a pasos menuditos por el piso encerado. El ámbito era vasto. Estaba cerca el mar. Rumor de charlas llenaba la anchurosa estancia. Iban y venían, entre los caballeros, bellas y elegantes señoras. D. Juan Navarro Reverter, sonriente, afable, se inclina ante una hermosa dama. Tiene el caballero en los labios la sonrisa perenne de quien es cortés por instinto. Se siente, con los años, nevada la cabeza, paternal e indulgente para la atolondrada juventud. D. Juan se inclina atento y coge entre sus manos la mano de la bella dama. Entre sus manos la conserva y la va acariciando suavemente. Y en tanto sonríe y habla. Su palabra es insinuante y discreta. Arte difícil es el de conversar. D. Juan Navarro Reverter ha sido un conversador disertado y delicado. Ha vivido mucho. Ha sido ministro cuatro o seis veces. Ha viajado por el mundo. De sus viajes ha traído observaciones que ha recogido en algún libro. Cuando los áridos estudios rentísticos le dejan libre, se regodea en la lectura de los poetas. Sobre un poeta —conterráneo suyo— ha escrito también otro volumen. Pero D. Juan no presume de erudición, ni alardea de conocer los escondidos secretos del arte literario. Con amenidad, ligeramente, conversa con la bella dama que tiene ante sí. El rumor de las charlas llena el salón. Entra el aire del mar por los anchos ventanales. El tiempo transcurre plácidamente. Y en este minuto de vida, frente al mar, ante la inmensidad azul, bajo el azul del cielo, el espíritu se abstrae. Desechamos la realidad circundante. Se abstrae el espíritu entre esta cohorte mundana, en el vórtice mismo de la grata frivolidad. El mundo presente desaparece. Desasida momentáneamente de las cosas reales, la imaginación se echa a volar. ¿Dónde estamos? ¿Qué es lo que nos sugieren el mar y el cielo inmensos? ¿Estamos en la España del siglo xx o en la pretérita? ¿Qué es el tiempo y qué es la eternidad? ¡Eternidad, eternidad! Una música ha comenzado a tocar en el salón una sonata de Beethoven. Los hombres son como sombras de sombras. Surgen en el mundo un instante y se desvanecen. En la eternidad, desde un punto fuera del tiempo —si se sufre decir— nosotros, hombres del siglo xx y los hombres del siglo xvi, por ejemplo, somos una misma cosa. Desde lo futuro, nuestros antecesores de cuatro siglos atrás, se

verán a par nuestro. Los conflictos íntimos de unos y de otros son los mismos. En este momento del atardecer, frente al mar, abstraídos del tráfago mundano, nos sentimos al lado de los hombres del siglo XVI. Las damas y caballeros del salón desaparecen. Otros vivientes —ya desvanecidos en la Historia— retornan. La consideración del tiempo y de la eternidad ha operado el milagro. ¿Qué surge, lo primero, ante los ojos del espíritu? El espectáculo va a comenzar. El telón del escenario —el escenario de la Historia— se ha levantado pausadamente. ¿Estamos en 1560, o en 1570, o en 1590? Es una hora de España lo que estamos viviendo. Es una hora de la vida de España lo que vivimos —con la imaginación— en este atardecer, frente a la inmensidad del mar.

UN ANCIANO

Y lo primero que vemos es un anciano en un aposento. El aposento está en un inmenso edificio de piedra gris. Centenares de ventanitas se ven en las largas y lisas fachadas. En los días claros, el cielo luce su limpio azul. Las techumbres son negruzcas. Golondrinas y vencejos giran, incesantes, blandamente, en torno de las altas torres. Los centenares de ventanitas dan luz a muchedumbre de estancias, cámaras, salones y corredores. Los pasos resuenan sonoramente bajo las bóvedas de piedra. Todo en el paisaje converge hacia la inmensa fábrica. Los montes son austeros. El bosque que los viste resalta con su color negruzco. Las peñas que asoman entre el severo verdor aparecen en agudos picos o en rotundidades formidables. Todo en el paisaje —color y línea— sirve a realzar la solidez y fuerza de la enorme construcción. Y más allá del horizonte, traspuestos los cuatro puntos cardinales, ligado indisolublemente al gran edificio, al reducido aposento que se halla en el gran edificio, se extiende un vasto y poderoso imperio. Por todos los caminos del mundo, por los mares, por las llanuras, por las montañas, marcha muchedumbre de gentes. De gentes que van hacia el inmenso edificio o que regresan de visitarlo. Y sobre la construcción que simboliza el formidable poder, las golondrinas, en esta hora del crepúsculo, sosegada y límpida, voltean en torno de las torres y lanzan sus chillidos agudos.

El anciano está en su aposento. La puertecita se halla cerrada. Tropes de visitantes y servidores se extienden y andan por corredores y estancias. De patio en patio, de corredor en corredor, de salón en salón, la muchedumbre se va aclarando. Y a medida que la multitud es menor, los pasos son más lentos, y

las voces más quedas. La larga serie de estancias vastas ha ido reteniendo a los visitantes. Ya en la sala que precede al aposento del anciano, los caballeros y servidores son pocos. La puertecita se halla cerrada. El anciano está sentado ante una mesa cubierta de tapete carmesí. Libros y papeles se amontonan sobre la mesa. Una campanillita de plata reluce sobre el rojo tapete. El anciano, durante un momento, ha dejado de leer los papeles que tenía entre sus manos. Ha apoyado el codo en el brazo del sillón y ha reclinado en la mano la cabeza. La faz del caballero es pálida. Blancas son sus barbas. Y en los ojos —claros ojos azules— se muestra una profunda melancolía. El anciano descansa y medita. La tristeza le anonada. Todas las desgracias, todas las angustias, todas las adversidades parece que se han concertado para abrumarlo. En el aposento, frente a la mesa, en un retablo, hay una estatuita de la Virgen. Durante cincuenta años, esa imagen ha acompañado al anciano a todas partes. Hora tras hora, año tras año, esta Virgen ha presenciado todos los movimientos y ha escuchado todas las palabras del anciano. El caballero ha levantado la vista y la ha puesto —amorosa y fervientemente— en la imagen. La muerte se ha ido llevando, en torno del anciano, a todos los seres más queridos por él. Deudos, amigos, servidores fieles han ido desapareciendo. «Vió las muertes de casi todos los que bien quiso, padres, hijos, mujeres, privados, ministros y criados de grande importancia —dice Baltasar Porreño hablando del anciano—; grandes pérdidas en materia de hacienda; llevando todos estos golpes y contrastes con tanta igualdad de ánimo, que puso pasmo al mundo». Hace un momento han venido a anunciarle al anciano la muerte de un servidor lealísimo. El anciano, con la vista puesta en la imagen, se ha levantado del sillón. En su pecho, pendiente de un cordoncillo de seda, luce, sobre el terciopelo de la negra ropilla, un borreguito de oro. El anciano se levanta y va a ponerse de rodillas ante la imagen. Con un fino pañuelo ha secado las lágrimas de sus ojos. De pronto la puertecita se abre y en el umbral aparece un caballero. El anciano, sorprendido, contrariado, se yergue rápidamente. El caballero que está en la puerta se queda inmóvil, rígido, y se torna intensamente pálido. Inmóvil, pálido, está también el anciano. Su mirada permanece fija en el caballero de la puerta. El caballero no se atreve a moverse. Y lentamente, el anciano —en tanto que sus manos tiemblan un poco—; lentamente el anciano profiere: «Benavides, holgaos en vuestra casa de Avila». El caballero se inclina profundamente y desaparece. La puerta del aposento vuelve a cerrarse.

II

PALACIEGOS

La vida de los pobres cortesanos es dura. Llenan cortesanos y servidores los patios, corredores y estancias varias de Palacio. Van de una parte a otra ligeros y afanosos. En las antesalas cuchichean o callan durante las largas esperas. Se cansan, y si están de pie y no pueden sentarse, se apoyan en una pierna y estriban luego en la otra. Para distraer el enfado, miran por las ventanas, sin ver nada, o contemplan un cuadro que han visto mil veces. Cada cual tiene su obligación, y cada cual se ufana con sus derechos. Unos están en las puertas, las de las cámaras y las de la calle. Otros tienen cuenta del pan, del vino, del aguamanil, de las luces. Corren otros con el arreglo de los viajes. Incumben a los de más allá las mil particularidades de muchedumbre de ceremonias. La vida de los pobres palaciegos es un largo martirio. Están siempre pendientes del talante del Señor. Ríen a carcajadas si sonrío el Señor, y fingen sollozos si el Señor está ligeramente triste. La atención de los cuitados no puede flaquear un momento. Todas las cosas han de hacerse por la pauta de un ceremonial complicado. Una cosa ha de ir de estas manos a las otras, pausadamente, y de las otras, con la misma pausa, a las más lejanas. Y al fin el Rey, un poco cansado también, con displicencia augusta, tal vez cuando la cosa ya no hace falta, la recibe en sus manos.

Hay servidores en todas las puertas. Unos tienen derecho a cubrirse y otros no tienen derecho a estar cubiertos. Unos tienen derecho a ir delante del Rey y otros están obligados a ir detrás. Los menores aumentos en el favor, son acogidos con entusiasmo. Si el Rey, por inadvertencia o por cortesía, manda cubrirse a un cortesano, se apresura éste a darle las gracias al Mo-

narca por la merced de la grandeza que acaba de hacerle. Tal sucede en *Hernani*. Y tal sucede en *García del Castañar*. Los pobres palaciegos no reposan. No puede hacer nada el Rey sin sus cortesanos. En la comedia de Lope *¡Si no vieran las mujeres!* —jornada I, escena IX—un emperador va de caza y le sigue muchedumbre de cortesanos, aposentadores, furrieles, cocineros. Y un personaje de la obra dice:

*La gente, señor, me admira
Que sigue a un Rey, aunque sea
Para entretenerse un día.*

Cristóbal de Castillejo, en su *Diálogo y Discurso de la vida de Corte*, nos cuenta los trabajos de los servidores de Palacio. Los viajes de la Corte son molestos por todo extremo. La Corte ha de pararse a veces en aldeas y pueblecitos. No hay alojamiento para todos. A veces van por los caminos hacinados «quince en una carreta alquilada». Llegados a la aldea, se acomodan por «pajares y rincones». Y siempre en la ciudad o durante el viaje han de estar prevenidos, diligentes, atentos. Y han de

*... Andar al retortero,
De la sala a la capilla,
Tras las voces del portero
Y al son de la campanilla.*

PIEDAD

El anciano ha dejado su aposento y ha salido al jardín. En su mano izquierda lleva cogido el rosario; con la derecha toca de cuando en cuando unos papeles que trae sujetos en la pretina. En el jardín el anciano se ha detenido. Está en pie y contempla el paisaje. Los cortesanos permanecen, inmóviles, un poco apartados. El anciano reza y medita. Va llegando el crepúsculo. La vida es breve y quebradiza. Todo denota aquí solidez, perdurabilidad: el inmenso edificio, los montes recios y hoscos, los árboles fornidos y frondosos. Todo en el mundo hace pensar, a quien medita, en la fugacidad de la vida. Un aire, el vaho de un enfermo, un jarro de agua bastan a veces para ocasionarnos la muerte. La muerte trabaja incesantemente en todo el universo. El anciano, ante el paisaje, en el jardín, con el rosario en la mano, ora y medita. Sus ojos miran a lo lejos indefinidamente. Todo en este panorama habla de fuerza y de poder. Y todo está caminando, sin parar, hacia la nada. Del inmenso y formidable imperio español, ¿qué quedará en la sucesión de los siglos? Todas las naciones del mundo, ¿en qué habrán venido a parar dentro de millares y millares de años, de millares y millares de siglos? La tarde va declinando bellamente. En la sucesión del tiempo, del tiempo sin medida, todas las naciones del mundo, se trastocarán y subvertirán, movibles, ligeras, rápidas como esas golondrinas que en el atardecer están girando vertiginosas en torno de las altas torres. Años más tarde un religioso ha de escribir un tratado de lo temporal y lo eterno. El mundo es percedero y los dolores del condenado son perennales. Desde que el primer hombre se condenó, en los comienzos del mundo, tras tantos cambios y tantos siglos, no ha habido mudanza para el precito.

Se sucedieron los imperios, y para él fué todo un breve instante. Pasaron por el mundo los asirios, y no hubo cambio en el condenado. «Al cabo se trasladó toda la potencia y monarquía a los medos, que fué revolviéndose toda Asia; y aunque duró en ellos trescientos años, al fin se acabaron, y se mudó a los persas. Después se mudó a los griegos, trastornándose otra vez el mundo. Después se pasó a los romanos, que fué otra mudanza mayor que las pasadas; la monarquía de los romanos también ha desfallecido; y con tantas revoluciones y mudanzas del mundo, no ha pasado entre tanto ninguna para aquel miserable». Todo camina hacia la nada. Si pudiéramos en un instante atisbar la obra de la disolución universal a lo largo del tiempo, veríamos, en una vorágine hórrida, entre tolveneras y llamas, ruinas de edificios, fragmentos de estatuas, troncos en astillas, cetros, osamentas, brocados, joyas, cunas, féretros... y todo en revuelta confusión y en marcha caótica hacia la eternidad. El anciano medita y ora. Está inmóvil ante el paisaje. De pronto ha hecho un leve ademán. Se ha acercado, reverente, un palaciego. El anciano, con voz suave, ordena: «Decid a Benavides que no se parta de mi lado».

IV

EL QUE SABÍA LOS SECRETOS

Todas las tardes, en los momentos del crepúsculo, sale de su casa este caballero. Es muy anciano. La casa está rodeada de árboles. No se ve la techumbre, escondida —en primavera y en verano— entre la fronda verde. Desde el camino, frente a la casa, se divisa, a lo lejos, la ciudad que emerge de las negras murallas. Y sobre los caserones, las cúpulas y los campanarios, se eleva la torre de la catedral. Avila, en la colina de obscura piedra, reposa en la serenidad de la tarde. El campo, desnudo en estos días de otoño, se extiende en suaves ondulaciones pardas hasta la lejanía azul de las montañas.

El caballero ha salido de su casa y se dirige lentamente por el camino. A la altura de su pecho, cogido con cuidado, lleva el rosario. La yema del dedo pulgar —el de la mano izquierda— va posada sobre una de las cuentas. Este caballero que camina pa-sito —es muy viejo— ha dejado la Corte y sus vanidades. Vivía en Palacio; es hijo de un antiguo criado de los Reyes; él ha asistido durante toda su vida al Rey. Desde que el Rey era niño, él servía en su cámara; le daba de vestir; ocurría a todos sus deseos; estaba en todos los momentos a su lado. Y este anciano ha visto lo que nadie ha visto; ha quemado papeles que nadie ha leído, y ha escuchado palabras que nadie ha escuchado. Grandes secretos pesan sobre el Monarca. Como murallas formidables, estos secretos cercan la figura del Rey. Historiadores, críticos, poetas, diríase que a lo largo de los siglos, cada cual de distinta manera, acometen todos sin cesar, apasionadamente, con sus piquetas, estas invisibles murallas. A veces cae un fragmento de esos muros; parece que un rayo de luz se cuela por la brecha. Pero el gran cerco de la muralla continúa en pie, y de nuevo,

pasado el tiempo, resuenan los golpes de las piquetas sobre las piedras. En los palacios—coetáneamente a los sucesos—la muchedumbre de los cortesanos se rebulle en torno a esos grandes secretos. Los palaciegos cuchichean; miran las puertas para decirse luego, en voz baja, al oído, unas palabras; se llevan unos a otros al fondo de un corredor, o al hueco de una ventana, para confiarse el temeroso secreto. Luego, en la intimidad del hogar, lejos de Palacio, las charlas se expanden libremente. El secreto es acometido por todos lados. Como los historiadores y críticos a lo largo del tiempo, estas gentes coetáneas luchan contra el misterio; tratan de arrancar al misterio la verdad codiciada; éste logra poseer un pedacito de verdad; aquél se ufana de poseerla toda y sólo tiene entre las manos jirones de leyenda; el de más allá—y todos de cuando en cuando repiten lo mismo—proclama que el terrible secreto no existe y que sólo han acaecido hechos lógicos, naturales y justos. Y en tanto el misterio, tremendo y pavoroso, sale de Palacio, inicia su marcha hacia lo futuro y va caminando impenetrable en busca de los siglos venideros.

Pero hay en Palacio quien, mortal peregrino, lo ha visto y lo ha escuchado todo. El secreto no ha existido para él; la realidad ha brillado limpia para él. Este anciano que marcha lentamente por el campo, ha asistido al Rey desde que el Rey era niño. En esos momentos en que las grandes personalidades se desquitan con la negligencia de la solemnidad y la tiesura, este anciano ha oído hablar al Rey. Durante todo el día el grande hombre—monarca o artista—ha estado solemnemente representando su papel; la solemnidad, el énfasis, les poseían desde la cabeza a los pies. Tal actitud enerva y desazona; ni el hábito contraído desde la niñez puede evitar la desazón. Y cuando al fin, en apartada estancia, en las horas de intimidad, la tiesura acaba, el personaje tiene palabras, movimientos y actitudes que nunca tiene. El anciano que camina hacia la ciudad ha presenciado, en la cámara regia, durante toda su vida, esos momentos de abandono del más poderoso de los monarcas. Silencioso, inmóvil, siempre atento, sus ojos lo han visto todo y sus oídos lo han escuchado todo. Su lealtad y su fidelidad han sido inquebrantables. Los grandes secretos que caminan a lo largo de los siglos no lo han sido para él; él no ha querido nunca ni medros ni sinecuras. Cuando se ha sentido viejo, achacoso, ha solicitado del Señor que se le permitiera el retiro en una casita de Avila. Y del Señor ha conservado el ademán de llevar el rosario a la altura del pecho, con la yema del pulgar—el de la mano izquierda—puesta sobre una de las cuentas.

HETEROGENEIDAD

España es grande. Con el reino de Aragón se han incorporado a la Corona de Castilla, Sicilia y Cerdeña. Gonzalo de Córdoba ha ganado a Nápoles. El casamiento de Felipe el Hermoso con Doña Juana nos ha dado a los Países Bajos. Cisneros ha conquistado tierras en Africa. Carlos V ha reducido a la obediencia el Milanesado. Todo un vasto mundo ha sido descubierto por los españoles. La diversidad de reinos, tierras, regiones y ciudades en España es inmensa. Dentro de la misma área peninsular, tropiezan nuestros ojos con heterogeneidad pintoresca. Un historiador—Cánovas del Castillo—después de dar cuenta de la grandeza de España, al inaugurarse la unidad nacional, añade: «Pero al entrar en ella, cada pueblo se conservó como era, con sus mismos usos, con su propio carácter, con sus leyes, con sus tradiciones diferentes y contrarias. Ni siquiera era igual la condición de todos los Estados; los había de condición más y menos nobles, más y menos privilegiados; éstos libres, y aquéllos casi esclavos, como que la unión había ido ejecutándose por muy diversos motivos, viniendo unos pueblos voluntariamente, como pretenden los vascongados, y otros por medio de matrimonios, como Castilla y León de una parte, y de otra Aragón y Cataluña; tales como Valencia y Granada, que estaban pobladas de moros todavía, por fuerza de armas; tales mitad por derecho, mitad por fuerza, como Navarra. Y no era esto sólo, sino que dentro de una misma provincia cada población tenía un fuero, y cada clase una ley. España representaba de esta suerte un caos de derechos y de obligaciones, de costumbres, de privilegios y de exenciones, más fácil de concebir que de analizar y poner en orden.»

Los más heterogéneos paisajes integran España. La historia de España ha sido un perpetuo tumulto de encontradas pasiones. La diversidad del ambiente moral ha sido tan grande en la nación como la heterogeneidad del suelo. Clases y ciudades se han recogido sobre sí mismas y han luchado por su cuenta. En la Edad Media existen las Hermandades. Las Hermandades son ligas y juntas que forman los concejos y las ciudades para defender sus fueros y privilegios. Las juntas figuran en la guerra de la Independencia. Las juntas actúan durante el siglo XIX. En 1844 Balmes escribe: «No puede negarse que pocos países han ofrecido el espectáculo que está presentando la España desde 1834. Se da un grito en un punto cualquiera; se constituye una junta; se formula un programa; se declara independiente la población pronunciada, que exhorta a la nación a que imite el ejemplo. La noticia circula; los ánimos se agitan; se pronuncia otra ciudad, y luego otra, y después otra, y al cabo de pocos días se halla el Gobierno supremo circunscrito al breve espacio donde puede alcanzar su vista. Obligado a capitular, a abandonar el puesto, suben al Poder otros hombres: sale a luz un manifiesto; las juntas felicitan; el nuevo Gobierno les manda que se disuelvan, y ellas obedecen, y la función ha concluído.»

El feudalismo penetra hasta bien adentro de la Edad Moderna. Contra el feudalismo, los Reyes Católicos forman un partido popular. Apoyan el nuevo partido en la fuerza de la Santa Hermandad. Contra los feudales, Cisneros acude al pueblo. Durante su regencia, de 1516 a 1517, crea una milicia ciudadana que le sostenga. Milicias ciudadanas son creadas, por los partidos populares, en el siglo XIX. Un apoyo es buscado siempre por el Poder en medio de la heterogeneidad nacional. El ambiente moral —hemos dicho— es tan vario como la tierra. La tierra es toda diversidad. Puedense gozar en España de todos los paisajes de Europa. Contamos con el paisaje romántico, todo bruma y penumbras, y con el paisaje clásico, henchido de luminosidad. Castilla, Vasconia, Levante nos ofrecen panoramas clásicos y románticos. Es tan hermosa la llanura en que un macizo de pobos destaca en el azul, como las verdes y nemorosas vegetaciones de Vasconia. La flora de España es copiosísima. De las veinte mil especies vegetales con que se viste Europa, diez mil se las lleva la Península Ibérica. Y dentro de una misma especie, el carácter se acusa de región a región. El cantueso —*la flor del Señor*— de las secas y elegantes montañitas levantinas es de un morado claro, y en el grande y austero Guadarrama, el morado es intenso, y toda la planta, graciosa en Levante, se nos muestra en Castilla severa.

AVILA

Avila es, entre todas las ciudades españolas, la más siglo xvi. Se la llama Avila de los Caballeros. Su población no es crecida. Las murallas—con sus ochenta y ocho torres—ciñen el caserío y forman un ámbito perfectamente cerrado. Los más bellos palacios de Avila son del siglo xvi. El siglo xv tiene también recuerdos. Todo evoca en la ciudad a Felipe II y a los Reyes Católicos. Felipe II tenía predilección por Avila; mandó edificar en la ciudad el Peso de la Harina y la Carnicería. Los Reyes Católicos levantan el convento de Santo Tomás—pareja de San Juan de los Reyes, en Toledo—y declaran a Avila sitio real veraniego. Corresponde Avila al modo y carácter de Felipe II; la piedra de sus edificios es cárdena, cenicienta. Todo es severo y noble en la ciudad. En el ámbito cerrado de Avila se ha ido condensando un ambiente de enardecimiento y de pasión. Los caballeros dominan la ciudad. Tienen todos gusto intenso por la política. La multitud está avezada a la vida ciudadana. No existe casi la muchedumbre en el sentido plebeyo. Todos, más o menos, son señores. Avila sugiere la idea de una Atenas gótica. La pasión por la política—ejercitada en la plaza y en la calle—se muestra en alzamientos, revueltas, asambleas subversivas, juntas y ligas revolucionarias. Es tradición en la ciudad el guardar en su recinto a los reyes niños. Reyes niños ha guardado y ha defendido Avila con amor maternal. Diríase que al degradar figuradamente a un rey—Enrique IV—y al guardar los reyes niños, Avila se considera por encima de los monarcas. Los monarcas salen de la vida regia por Avila y no pueden entrar en la vida regia sin Avila. Y este matiz de soberanía e independencia nos hace penetrar más adentro en el espíritu de la ciudad. Los ciudadanos

viven en constante preocupación por los negocios públicos. Los ánimos están prestos a la acción. Rápidamente se pasa del pensamiento al acto. Felipe II, en cierta ocasión, no quiere acceder al desistimiento que le rogaban respecto a providencias contra los abulenses, «porque—decía—donde están enseñados a llevar el decir al hacer, no se ha de aguardar a que hagan». Avila señorea los graneros, las eras y los mercados de toda Castilla; tiene el privilegio de la medida de los granos; por el *marco de Avila* se han de regir mercantes y labradores. Dicen que Avila tenía también el derecho de entrar con sus soldados la primera en las batallas.

No quisiéramos pasar, en la representación de Avila, de las viejas estampas en que, en toda la espaciosidad de una plaza, sólo se ven un caballero con sombrero de copa y una dama con miriñaque y una sombrilla. Una *Guía* de 1863 nos dice que en Avila hay calles de Barruecos, Caballero, Cozuelo, Cuchillería, Maldegollada, Tallistas, Tres Tazas, Muerte y Vida, Tejares. El ferrocarril, en 1863, es cosa reciente; pero todavía corren las diligencias. «Sale el coche para Madrid los días impares a las ocho de la mañana —dice la *Guía*— y entra en esta los pares a las cinco de la tarde.» Hay en Avila cuatro o seis posadas: la de la Estrella, la de la Fruta, la de Vulpes, la del Puente. En el Círculo de Recreo, en la Unión Avileña y en la Aurora artístico-abulense, esparcen el ánimo los moradores de la ciudad. En Avila existen muchas plazuelas. Las plazuelas son el encanto de las viejas ciudades españolas. La piedra de los edificios es cenicienta en Avila. El silencio, hoy, en las plazuelas es profundo. Lo gris de la piedra hace resaltar más lo azul del cielo. Las plazuelas se llaman de la Catedral, de la Feria, de Fuente el Sol, de Magana, de Ocaña, de Pedro Dávila, del Pocillo, del Rollo, de las Vacas, del Rey Niño, de Nalvillo, de Zurraquín... «No sé —dice Quadrado— qué melancólico encanto por su soledad y por sus fachadas de piedra oscura, tienen para el viajero las plazuelas de Avila, que le aguardan a la entrada de casi cada puerta.»

El autor de la *Guía* citada nos da una relación —con nombres y domicilios— de los administradores que las grandes casas españolas tienen en Avila. Tienen administradores en Avila, en 1863, S. M. la Emperatriz de los franceses, los Duques de Abrantes, Alba, Medinaceli, Roca, Tamames; los Marqueses de Cerralbo, Fuente el Sol, Obieco, San Miguel de Gros; los Condes de Campomanes, Parsent, Polentino, Superunda, Torrearias; la Condesa de Montijo. En Avila se ven «infinidad» de escudos. Se los ve en las fachadas, en las puertas, en los capiteles de las columnas, en los esquinazos. Esos escudos son de los Heredias,

los Acuña, los Bazanes, los Mújicas, los Velas, los Guevaras, los Bracamontes, los Castrillos, los Salazares, los Cepedas, los Ahumadas. Avila es la ciudad de los caballeros. Toda la ciudad vive intensa vida cívica. El ambiente es aristocrático. Y un momento hay en la vida de Avila en que esta modalidad culmina en una fórmula viva y espléndida —Teresa de Jesús—; una fórmula en que la acción se alía, no a un fin terreno y limitado, sino a un anhelo espiritual, universal, y en que el sentido aristocrático llega a su más alta y refinada expresión: a la *elegancia desafiada*.

VII

EL VEREDERO

El veredero camina por las sendas, trochas y atajos de España. Va desde las costas del Norte a Madrid o al Escorial. Camina más presto y desembarazado que los correos que van por los caminos reales. En su zurrón puesto a la espalda lleva un abultado pliego. Nuevas funestas deben de venir en la valija. El veredero camina velozmente; sus pies apenas tocan la tierra. Allá lejos de España, en costas extranjeras, el mar revuelto escupe en la arena o sobre los peñascos restos de jarcias, tablas y mástiles; restos de naves que parecían invencibles. El veredero camina prestamente. Ya va a dejar atrás la tierra verde y el cielo gris del Norte. Al llegar a un mesón, por la noche, el veredero se dispone a descansar; él sabe algo de las nuevas terribles que vienen en su zurrón. Su cara está triste. Los que le rodean inquietan su tristeza. La nueva infausta se extiende por el lugar; viene un caballero que vive retirado en su caserón. En la casa luego se comenta el infortunio de España; el caballero contempla con melancolía sus arreos de pelear. Y de madrugada el veredero parte con su zurrón. Cruza montañas; vadea ríos; atraviesa llanos. Siempre marcha veloz, sin detenerse. La sombra de los árboles no es para él; las cabañas de los pastores no le detienen. Durante la noche descansa unas horas; antes de que rompa el alba ya está en pie. Va hacia el Escorial y Madrid. En las extranjeras playas, al son del ronco mar, se mecen sobre la arena, entre verdes ovas, tablas, jarcias y mástiles, restos de naves que serán llamadas irónicamente *invencibles* por los enemigos. Por donde quiera que pasa el veredero va quedando un rastro de tristeza. Pronto toda España estará llena de la infausta nueva. En el Escorial, o en Madrid, un anciano se pondrá de hinojos

ante una virgencita. Su semblante estará contristado. Habrá sonado para España una hora decisiva. ¿Se abrirá en la historia otra perspectiva para España? Nadie sabe cual es la hora que en la historia divide dos épocas. Pero esta nueva que el veredero lleva en su zurrón, va a hacer meditar al anciano retirado en su cámara. Toda España va a meditar. ¿Cuál será el destino que lo porvenir le reserve a España? ¿Volverá a ser grande la Patria, o irá fatalmente hacia la ruina? Un mundo ha sido descubierto; España está creando otra gran Patria. En estos mismos días de desolación, España es la más fecunda de las naciones europeas. El veredero camina velozmente por llanos y montañas; sus pies apenas tocan al suelo. Si fuera alegría lo que llevara en su fardel, tal vez no pudiera ir tan deprisa. El infortunio es más veloz en su caminar; apenas la catástrofe ha sucedido, ya está la noticia volando por todos los ámbitos de España.

VIII

UN RELIGIOSO

Un religioso se halla asomado a la ventana de su celda. Son los mismos instantes del crepúsculo vespertino en que el anciano de que hemos hablado, ora y medita en el jardín, ante el inmenso edificio. Este religioso es viejecito también. Su hábito es negro y blanco. Apenas si sus ojos ven las cosas. Como no puede ver casi nada, escribe en pedacitos de papel de colores, para distinguirlos unos de otros. La celda es pobre. Toda su vida ha estado el religioso contemplando unas estampas que hay en las paredes, y como gusta tanto de ellas, como tiene tanta devoción a las imágenes en ella representadas, para poder seguir columbrándolas ha hecho que les pinten los marcos de verde. No ve casi nada el religioso; no posee nada en su celda; su vida la ha pasado escribiendo, predicando, dando buenos consejos a las gentes. Acaso ha sido alguna vez un poco riguroso con los revolvedores de su Orden. Ha podido ser grandes cosas y no ha querido ser nada. Su necesidad suprema, como en Cervantes, es escribir. Sobre la mesa tiene un volumen que él ha escrito; se titula *Libro de la Oración y Consideración*. Escribe el religioso, como Cervantes, de un modo sencillo, claro y natural. Y cuando escribe toda su alma se conmueve. ¡Divina emoción! Acaso estos son los dos grandes escritores—el viejecito y Cervantes—que han puesto más emoción en sus obras. La pluma corre rápidamente llevada por sus manos. No se dan cuenta ellos mismos de lo que escriben. El fervor, el entusiasmo, la delicadeza, la ternura hinchen las palabras. Con las más sencillas palabras lo dicen todo. El religioso está apoyado en el alfeizar de la ventana. Nadie como él ha dado la sensación profunda del tiempo y de la eternidad. Se va entenebreciendo la campiña. El viejecito, medio

ciego, fatigado por los años y los achaques, no puede ver las estrellas que comienzan a brillar en el crepúsculo. Levanta la cabeza y sus labios se remueven un poco. No ve las estrellas en el cielo con los ojos terrenales; pero su espíritu está próximo a la liberación definitiva. Y dentro de poco el alma volará por el empíreo, más allá de las estrellas fulgentes, hacia la eternidad.

IX

EL ESTILO

Cada escritor tiene su estilo. Cada escritor defiende su estilo. Toda defensa de un estilo es una confesión personal. ¿En qué consistirá el problema del estilo? ¿En el vocabulario o en la sintaxis? Escritores de caudaloso vocabulario pueden tener un estilo enfadoso; escritores de una sintaxis clara y precisa pueden tener un estilo cansado. El campo de las letras es muy ancho. La riqueza de vocabulario en escritores de sintaxis variada compone un estilo admirable. Admiramos, en efecto, a Lope y a Quevedo. Pero el autor del *Libro de la Oración*, con sobriedad de vocabulario, con vocabulario corriente, ha llegado a dar a la sintaxis una sensibilidad exquisita. Y el estilo en último resultado no es sino la reacción del escritor ante las cosas. El estilo es la emotividad. El autor del *Libro de la Oración* ha dejado consignada en su *Retórica* su estética del estilo. Su fórmula es la naturalidad. «Así amonesto—dice entre otras cosas—que se eviten, al modo que los navegantes los escollos, todos los vocablos inusitados y que muestran alguna sospecha de artificio.» En el siglo xvi la gran fórmula del estilo ha sido dada—práctica y teóricamente—por el autor del *Libro de la Oración*. Lope de Vega, múltiple y vario, se ha planteado en cuanto al estilo, el mismo problema que se planteara en la técnica dramática; pero si en el teatro se decidió resueltamente por la forma popular, en estilística ha estado durante toda su vida titubeando. De lo espontáneo y directo pasaba prestamente a lo culto. Como quien se balancea en un columpio, va el maravilloso ingenio de Lope de uno a otro cabo. El espectáculo es interesante; asistimos a esa fantasmagoría a lo largo de la extensa y variadísima obra del poeta. Con elegancia exquisita, con refinado primor, Lope llega, de



verso en verso, al más sutil conceptismo. De pronto se detiene. Su sentido de lo espontáneo y de lo popular, le advierte; una chanzoneta, un donaire, una parodia de lo culto, de lo conceptuoso, brotan entonces de su pluma. Lo que vale más en Lope es, indudablemente, lo popular. En ese aspecto de su obra Lope es un modelo y un maestro. Lo primero en el estilo es la claridad. Quien piensa claramente escribe claramente. Lope lo expresa en muchos lugares de sus comedias. En *La mayor virtud de un rey*, un personaje dice:

*Hablar mal y entender bien
Implican contradicción.*

En otra comedia, la primorosa *Por la puente, Juana*—acto I, escena VI—, se dice de un latinista:

*Peca en peregrinidad,
Propio ingenio de español,
Sabiendo que se honra el sol
De ser todo claridad.*

La mácula general de los ingenios de España es, en efecto, la *peregrinidad*. En *La Celestina*—acto I—Parmeno le dice a la buena madre: «No curo de lo que dices, porque en los bienes mejor es el acto que la potencia, y en los males, mejor es la potencia que el acto. Así que mejor es sano que poderlo ser, y mejor es poder ser doliente que ser enfermo por acto. Y por tanto, es mejor tener la potencia en el mal que en el acto». Y Celestina exclama: «¡Oh, malvado, como que no se te entiende!» La exclamación de Celestina parecería ya extraña a fines del siglo xvi. En el siglo xvii se la tendría por asombrosa. En nuestros días no la comprendemos: de tal modo hemos perdido la noción y el gusto de la claridad en el estilo.

La fórmula perfecta del estilo ha sido dada, después del siglo xvi, en el siglo xvii. Y cosa curiosísima: la ha dado precisamente el escritor que ha codificado el conceptismo. En 1648, Baltasar Gracian publica, en su forma definitiva, su *Agudeza y Arte de Ingenio*. Los dos libros predilectos de Gracian son *El Conde Lucanor* y *El Guzmán de Alfarache*. Gracian no se cansa de elogiar y extractar el libro de D. Juan Manuel; ese libro es un modelo de naturalidad y sencillez. Y como si esa adoración por un libro dechado de naturalidad no bastara, Gra-

cian nos dice: «Es el estilo natural como el pan, que nunca enfada». Pero, ¿cuál será la medida de la naturalidad? Lo dice el mismo Gracian. El estilo natural «es aquel que usan los hombres más bien hablados en su ordinario trato, sin más estudio». El Gracian que dictaba esta regla definitiva no era el Gracian autor de *El Criticón*, sino el Gracian autor de *El Comulgatorio*, libro claro, natural y sencillo.

EL REALISMO ESPAÑOL

En una capilla contemplamos una imagen de Pedro de Mena; en un convento admiramos un lienzo de Zurbarán. El *Libro de la oración* ha creado el más sereno y fuerte realismo español. La realidad en arte es el pormenor esencial, característico. En el *Libro de la oración*, al describirse el drama del Calvario, el pormenor esencial toca nuestra sensibilidad a cada momento. El gran realismo español—sereno, conmovedor y fuerte—es ese del *Libro de la oración*. Repasemos la obra, en la edición hecha por Andrés de Portonaris, en Salamanca, en 1566. Jesús ha sido preso. «Míralo muy bien cual va por este camino: desamparado de sus discípulos, acompañado de sus enemigos, el paso corrido, *el huelgo apresurado*, el color mudado y el rostro ya *encendido y sonroseado* con la priesa del caminar». En el Calvario va a ser Jesús despojado de su túnica. «Y como la túnica estaba pegada a las llagas de los azotes, y la sangre estaba ya helada y abrazada con la misma vestidura, al tiempo que se la desnudaron... despegáronse de golpe y con tanta fuerza que le *desollaron y renovaron todas las llagas de los azotes*». Los sayones levantan la Cruz en alto. Mira como luego «levantaron la Cruz en alto; y como la fueron a meter en un hoyo que para eso tenían hecho, y como... al tiempo de la asentar la dejaron caer de golpe, y así *se estremecería todo aquel santo cuerpo* en el aire y se rasgarían más las llagas y crecerían más sus dolores». La Virgen va en busca del Hijo. «Oye desde lejos el ruido de las armas y el tropel de la gente, y el clamor de los pregones con que le iban pregonando. Ve luego *resplandecer los hierros de las lanzas y alabardas*, que asomaban por lo alto; halla en el camino las gotas y el rastro de la sangre, que bastaban ya para mostrar los pasos

del Hijo y guiarla sin otra guía». La madre abraza al hijo. «Abrazase la madre con el cuerpo despedazado; apriétale fuertemente en sus pechos (para esto sólo le quedaban fuerzas); mete su cara entre las espigas de la sagrada cabeza; júntase rostro con rostro; *tíñese la cara de la madre con la sangre del hijo*, y riégase la del hijo con las lágrimas de la madre».

El arte moderno en los grandes maestros—un Flaubert o un Pereda, por ejemplo—no ha llegado más allá en el realismo.

DEVOCION, INSPIRACION

El religioso de la celdita es un inspirado. ¿Quién ha descrito mejor que él ese soplo misterioso y divino de la inspiración? Hablando de la devoción en el *Libro de la oración*, el religioso la define así: «Devoción es una prontitud y ligereza sobrenatural que el Espíritu Santo inmediatamente cría en el ánima del varón devoto, mediante la cual le hace pronto y ligero para todas las cosas que pertenecen al servicio de Dios. De tal manera que el que estando sin devoción estaba pesado y desganao y perezoso para ellas, la devoción (por virtud del Espíritu Santo) le da un nuevo esfuerzo y aliento para hacer esas obras, no con pesadumbre, sino con ligereza; no con hastío, sino con gusto; no con tristeza, sino con alegría; no con desgana, sino con prontitud y buena voluntad».

Esa prontitud y ligereza que proporciona la devoción, es en arte la inspiración. Son esos momentos ligeros, felicísimos momentos de inspiración. Las cosas parece que no tienen secretos para nosotros. Comenzamos a escribir despacio. Caminamos lentamente; pero con seguridad. Poco a poco nos vamos enardeciendo. La letra, que antes era clara, se va con la rapidez haciendo más abstrusa. Nos falta tiempo para expresar lo que sentimos. Una misteriosa vibración va desde el cerebro a la pluma. La pluma camina velocísima. No oímos ni vemos nada. Los ruiditos que en estado normal nos desazonan; ahora no los advertimos. ¿Cómo hemos encontrado el vocablo raro que acabamos de escribir? Nunca, fuera de este momento, nos hemos acordado de tal palabra. Esta y otras palabras que nosotros ignorábamos, surgen ahora espontáneamente por los puntos de la pluma. ¿De dónde han salido todos estos términos ignorados? ¿Quién va dictando la

frase clara, limpia, exacta, rápida, directa? No nos detengamos; no podemos detenernos. Si nos detuviéramos, perderíamos en un momento la ligereza y prontitud. Las frases y palabras que previamente habíamos pensado para emplearlas en este instante en que escribimos, no nos sirven. Hemos pasado velozmente por el pasaje en que teníamos pensado el emplear esas frases, esos vocablos, y los hemos dejado atrás. No los hemos empleado. No nos hacían falta. Han quedado a larga distancia, como queda una estación cuando cruza un expreso vertiginoso. La pluma corre sobre el papel. ¡Dichoso momento de la inspiración! Todo es fácil y ligero. Una dificultad se nos presenta; es una cita que necesitamos hacer o una fecha que precisa compulsar. No nos detengamos sin embargo; dejemos un claro en las cuartillas. Aprovechemos el instante feliz. La comunicación misteriosa que tenemos ahora con el mundo—el visible y el invisible—no la volveremos a lograr fácilmente.

El anciano religioso ha sido un inspirado. La devoción ha movido su pluma. Fray Luis de León es Renacimiento. Este anciano sensitivo, delicado, esclavo de sus nervios sutiles, es Edad Media. La diferencia es capital. La prosa de sus libros mana pura, fácil, ondulante, tierna, patética, viva como el agua borbolladora de una fuente.

MONTAÑAS Y PASTORES

En los momentos en que el religioso está en su ventana frente al crepúsculo vespertino, han comenzado ya a lucir las hogueras que los pastores encienden en las montañas. Desde la llanura, desde los hondos valles y cañadas, vemos allá arriba las fogatas de los pastores. ¡Bellos son los montes de España! Los ganados se dividen en riberiegos y trashumantes. Los riberiegos suelen tener corto número de cabezas; no van de una parte a otra por las veredas; pacen siempre en los mismos prados y cañadas; se recogen, venida la noche, cuando las estrellas comienzan a lucir, en los rediles de los caseríos o en las parideras del monte. Los ganados trashumantes son centenares y centenares. Cruzan y recruzan toda España. Levantan en las llanuras polvaredas que se diría movidas por un ejército. De los millares y millares de estas ovejas salen los finos paños para los caballeros y las estameñas para los religiosos. En 1828, D. Manuel del Río, vecino de Carrascosa, provincia de Soria, ganadero trashumante y hermano del honrado Concejo de la Mesta, publicaba un librito titulado *Vida Pastoril*. «Un rebaño de mil y cien cabezas debe tener un rabadán, un compañero, un ayudador, un sobrado (que también se llama persona de más) y un zagal», —comienza diciendo el autor—. «Los sorianos, que son mucho más antiguos en el pastoreo que los montañeses—añade—, gobiernan un rebaño en los caminos con sólo cuatro pastores, que denominan rabadán, zagal, ayudador y rapaz». De las montañas de España habla el autor; de las montañas de Soria, Cuenca, Segovia, León. El autor es de la tierra de Soria. En la sierra de Soria, «en su mayor eminencia llamada la laguna de Orbión, tienen su nacimiento los dos caudalosos ríos Ebro y Duero, y toda la cordillera divide las

aguas a Norte y Mediodía». «Lo más escabroso y escarpado de esta sierra se ocupa los cuatro meses de verano con ganados finos trashumantes, y a no ser así sería inhabitable y madriguera de fieras. Tiene algunas poblaciones, tales son las villas de Pineda, Ventosa, Quintana, Covaleda y todas las que ocupa la Cabaña Real de Carreteros.»

La noche va a hacerse sobre los montes y los valles. Quevedo, en su silva *El sueño*, ha dado en dos palabras una sensación profunda de la noche.

... *Ciega y fría*
Cayó blandamente de las estrellas
La noche...

Las sombras de la noche, como cendales sutilísimos que pudiéramos palpar, van a envolvernos. Ha caído la noche desde las estrellas ciega y fría. Las hogueras de los pastores comienzan a brillar. En los hatos los perros ladran y sus latidos semejan desde lejos plañidos lúgubres. En el monte hay lobos, raposas, tejones, mustelas. Se han ido apagando las lucecitas de las ciudades. Las hogueras de las montañas han de lucir en la noche intempesta. Hasta la madrugada durarán sus resplandores. Las alimañas del campo velan toda la noche. Tienen todas los ojos brillantes y la piel limpia. Cuando se las toma es grato pasarles las manos por el cerro y meter los dedos entre su pelambre sin grasa. La vida ciudadana no ha contaminado ni manchado a estos animalejos, Perdida la libertad en el armadillo o la trampa, bajo nuestras manos, las orejas gachas y el hopo entre piernas, nos contemplan, inmóviles, con sus ojos límpidos, y parecen pedirnos—entre recelosos y esperanzados— un poco de piedad.

El genio de España no podrá ser comprendido sin la consideración de este ir y venir de los rebaños por montañas y llanuras. Las veredas, las cañadas y los cordeles cruzan y recruzan el área de la nación. Los montes están vestidos de vegetación alta, o de matorrales. Agrada encontrar y manejar los vocablos con que se denominan los accidentes y particularidades del campo y de la montaña. Gustamos sabor de España en esos vocablos. Poco usados de los ciudadanos, viven todavía entre los lugareños y labriegos. El monte, en cuanto a vegetación, se divide en alto y bajo. El bajo se denomina también ratizo. El alto lo forman las mohedas. Las mohedas son boscajes espesos de encinas, alcornoques, hayas, castaños. En el monte ratizo las retamas—con sus flores amarillas—los enebros, los lentiscos, los romeros, se extienden por los recuestos formando bosquecillos;

entre esos árboles crecen y perfuman el aire el cantueso, el tomillo, el espliego, el orégano. El bosque espeso o cerrado puede constituir lo que se llama el monte hueco. Imaginemos un monte hueco de pinos. La arboleda crece erguida, desembarazada; nada estorba el desarrollo de los troncos. La tierra está libre de matorrales. Desde abajo de la ladera, por lo hueco del monte, divisamos, so la bóveda verde—verde y olorosa—los centenares de columnitas de los troncos. Sobre el suelo se extiende el muelle y resbaladizo tapiz de las agujas o barbas del pino. El ambiente está embalsamado con el olor de la resina.

En las sierras de España hay serenas y misteriosas lagunas, hondos barrancos, pradecillos y agostaderos de suave hierba. Desde las empinadas cumbres oteamos los pueblecitos que se perfilan limpios y precisos en la lejanía. El aire es sutilísimo. Los ruidos, con la sutilidad del aire, son menores que en la llanura. Con el silencio gozamos, en los desnudos y ásperos montes, del regalo de un árbol que se alza en una barrancada. Todo en estos montes de España tiene una impetuosa energía: los riscos agrios y salientes, las aristas agudas y pulidas, los enormes y redondos cantos prontos a rodar por las laderas.

Es vivísima la luz. Trascienden los olores del romero, el cantueso, el espliego, el tomillo, la mejorana. Las aguas se deslizan cristalinas. Los arbustos hieren y desgarran con su follaje rígido. Como la literatura española, como el pensamiento, la tierra toda es fuerza, ímpetu y brillantez. Bellas son las montañas de Soria, de Cuenca, de León, de Segovia. Por sus laderas y collados van caminando centenares de rebaños. De ellos saldrán los paños recios y los paños finos que vistan al religioso, al labriego, al soldado y al señor.

En los telares de las ciudades las premideras suenan con ruido acompasado. Llega el crepúsculo y callarán. En las montañas, los pastores encienden sus fogatas.

XIII

PALACIOS CERRADOS

La noche descende ciega y fría para las cabañas de los pastores y para los palacios de los caballeros. ¿Cómo será un palacio? ¿De qué manera será la estancia de un rey? Santa Teresa no sabe cómo son. No está segura de que se llamen camarines los aposentos de los reyes. «Entráis—escribe Santa Teresa en la VI de *Las Moradas*—; entráis en un aposento de un rey o gran señor (creo camarín los llaman), a donde tienen infinitos géneros de vidrios y barros y muchas cosas puestas por tal orden, que casi todas se ven en entrando». Y añade la Santa este recuerdo suyo: «Una vez me llevaron a una pieza de estas en casa de la Duquesa de Alba, a donde, viniendo de camino, me mandó la obediencia estar dos días, por importunación de esta señora, que me quedé espantada en entrando, y consideraba de qué podía aprovechar aquella baraúnda de cosas, y veía que se podía alabar al Señor de ver tantas diferencias de cosas, y ahora me cae en gracia cómo me ha aprovechado para aquí». Los bellos palacios han sido edificados por artistas del Renacimiento. Pero el Renacimiento ha calado poco en España. La Edad Media sigue dominando en el siglo xv, en el xvi y en parte del xvii. La Edad Media es ingenuidad, sentimiento, piedad. La Edad Media es lo concreto en oposición a lo abstracto. El Renacimiento no armonizaba con el paisaje de España, ni con la tradición de lucha continuada y ardorosa, ni con la modalidad—grave y austera—de los españoles. Edad Media es el *Quijote* y el *Libro de la oración* y la parte espontánea y popular de la obra de Lope. En *La Celestina*, mezcla de Edad Media y Renacimiento, lo mejor es lo que se debe a la Edad Media: el canto de amor en el jardín y el plañido trágico del padre, que nos dice la caducidad de las co-

sas y que acaba por dominar toda la obra. El Renacimiento, sí, ha edificado muchos palacios en España. En la blanca piedra han sido labradas finas tracerías. De hierro forjado son los balcones. Pero las ventanas de muchos de estos palacios y caserones están cerradas. Cerradas están las puertas en el huerto que respalda las casas; crecen viciosas las hierbas por los caminos. Los señores de estos palacios se han marchado más allá de los mares. Dentro de los caserones, en las anchas salas, el polvo ha ido formando una delgada capa sobre los muebles. La baraúnda de las cosas que asombraba a Santa Teresa descansa en armarios, bufetes y escaparates. Correrán los siglos. ¿Quién abrirá de nuevo estos palacios? ¿Dónde, dentro de trescientos, de cuatrocientos años, veremos muchas de las cosas que forman la sorprendente baraúnda? En este sillón de cuero realzado, ¿quién se sentará? Este retrato de un caballero con su lagarto de Santiago o el tao de San Juan al pecho, ¿dónde colgará? Diez, doce, quince caserones en la noble ciudad están cerrados; en tierras lejanas, más allá de los mares, bajo el fulgor de otras estrellas, están sus dueños. Y en las horas de melancolía, en aquellas inmensidades, seguramente tendrán un recuerdo henchido de ternura para estos palacios y para estos jardines en que las rosas, no cortadas por nadie, se deshojan lentamente en los senderos por la primavera y el otoño.

XIV

UN VIANDANTE

En esta hora del crepúsculo está sentado en pleno campo, y delante de una venta, un viandante. Por la puerta de la venta pasa un camino. El viandante es de rostro aguileño, cabello castaño y frente lisa y desembarazada. Sus ojos son alegres y su nariz es corva, aunque bien proporcionada. Grandes bigotes ensombrecen la boca. Si se levantara, le veríamos ligeramente cargado de espaldas. Pesan sobre el viandante muchos trabajos. Todo el verano ha estado corriendo por los campos y visitando los cortijos. Se ve forzado a tratar con gente ruda; se ve rodeado de un ambiente espiritual que no es el suyo. Existe un profundo desequilibrio entre su sensibilidad y la atmósfera espiritual en que se mueve. Ha publicado este viandante algunos libros; en una de las más grandes batallas de la Historia se ha portado heroicamente y ha quedado con una mano lisiada. Y ahora, entre gente zafia, de venta en venta y de pueblo en pueblo, él se siente íntimamente contristado. Cuando nos sentimos superiores a las cosas que nos rodean y la necesidad nos mantiene ligados a esas cosas, poco a poco nuestro espíritu se va concentrando en un ideal íntimo. Nos conformamos, sí, con la realidad; aceptamos la vida tal como se presenta. La bondad lo es todo en el mundo, y la bondad puede mostrarse, desbordando de nuestro corazón, en todos los momentos y en todos los lugares. Pero esta conformidad tiene su desquite en el ensueño interior. Sí; el mundo es amargo para nosotros. Ya a nuestra edad nos despedimos de la esperanza; el mundo no será ya otro para nosotros; si habíamos esperado un azar dichoso, el azar, el caso, la fortuna impensada, no vienen. Dejamos el mundo material y creamos para nosotros, sólo para nosotros, otro mundo fantástico. En ese ideal que

nosotros solos guardamos, se reconcentra toda nuestra vida. Sin ese asidero imaginario—imaginario y salvador—nuestro espíritu se hundiría en el abismo. Y podremos trafagar por los pueblos y por las ventas, como este viandante; podremos tratar con gente ruda; podremos sufrir adversidades; pero allá en lo íntimo de nuestro ser se eleva para nosotros solos un mundo que todos los días, en nuestras meditaciones, vamos purificando y hermo-seando. Las sugerencias de los libros importan mucho; pero en vano serían las sugerencias de los libros, leídos acá y allá, si no se llevara en el ánimo este desequilibrio de que hablamos. Las lecturas no hacen más que ayudar a la gestación de la obra. Las lecturas son simplemente la piedra aguzadera del ensueño.

En el interior de la venta se oyen gritos y ruidos de golpes. El viandante se levanta y entra en la casa. Un cal allero riñe con el dueño del mesón. Alto, escuálido, huesudo, semeja el caballero una figura de pasadas centurias. Nadie entiende la fábula arcaica con que habla. La pendencia ha sido por querer amparar el caballero a un menesteroso a quien el ventero intentaba arrojar de la casa. Cuando ha entrado en el zaguán el viandante, todos han callado; había en la mirada de este hombre un dulce imperio. El ventero se reporta; está enhiesto el caballero de la figura triste, con los brazos tendidos en ademán de amparo al menesteroso; contempla éste ya al caballero, ya al viandante que acaba de entrar. Y cuando el señor de la prestancia antigua ha declarado el caso en peregrinas razones, el viandante ha sonreído levemente—con sonrisa de inefable bondad—se ha acercado a él y le ha estrechado contra su pecho. El ensueño interior del viandante—¡oh maravillosa ironía!—se concretaba, fuera, en el mundo, en la persona de un loco.

EL TEATRO

El corral ha quedado desierto. En este instante del crepúsculo ha terminado la función. Años más tarde, en 1629, un escritor—Juan de Zabaleta—pintará este acabarse de la comedia: desaparecido el público, desierto y en tinieblas el corral, dos mujeres se han quedado rezagadas; durante el espectáculo han perdido una llave y ahora, alumbrándose con una vela, la andan buscando entre los bancos. El corral está solitario; va descendiendo de las estrellas ciega y fría la noche. Se han marchado los espectadores y han desaparecido los cómicos. No; no todos los recitantes se han retirado a sus posadas. Por entre las tinieblas avanzan en la soledad, silenciosos, un hombre, una mujer y un niño. Han quedado un momento en el vestuario después de la función y ahora se marchan lentamente a su morada. El hombre es un poco grueso y está pálido. De la mano lleva cogida la manecita del niño. La mujer es todavía joven. Han salido del corral de las comedias y se han dirigido a un mesón de la ciudad. Y cuando han entrado en su cuartito, el hombre se ha dejado caer pesadamente en una silla. La mujer se ha acercado a él y le ha dado un beso en la frente. El hombre ha puesto el niño sobre sus rodillas. Respiraba este hombre con fatiga. Ha traído con dulzura hacia sí la cabeza del niño y ha puesto la tierna mejilla del infante pegada a su cara pálida. En silencio, conmovida, les miraba la madre. Por toda España caminan los tres en compañía de los demás actores; van de Granada a Madrid, de Madrid a Toledo, de Toledo a Segovia, de Segovia a Valladolid, de Valladolid a Burgos. El gran teatro nacional está naciendo. Por el esfuerzo de estos hombres va a tener plasticidad todo un mundo que sale del cerebro de los poetas. ¿Cuándo este hombre, cansa-

do y pálido, podrá gozar un momento de sosiego? El aire dulce del rincón nativo que otros artistas pueden respirar, no puede respirarlo de asiento él. Su destino es caminar. Su deber inexorable es colocar sobre las angustias íntimas una careta de jovialidad. En el aposento del mesón, después de la comedia, cansado, rendido de la vida, el buen actor tiene el niño sobre sus rodillas. El niño es su alegría; sin el niño, él no podría soportar el cansancio del trabajo y del vivir errante. Y con una íntima, profunda, inefable emoción en este instante del crepúsculo, ante la madre silenciosa, él oprime la mejilla coloreada del niño contra su cara pálida.

Está naciendo el gran teatro nacional. ¿Qué es el teatro clásico español? El teatro clásico es una síntesis de toda la vida española. Desde que en el *Poema del Cid* queda establecido el diapasón moral de la vida en el arte, todo el arte español, posteriormente, se adaptará a ese diapasón. Y ese diapasón es un cierto tono de elevación, de dignidad; excluye forzosamente ciertos aspectos de la vida cotidiana. Todo es sincrónico y coherente en la vida española: el teatro, la mística, el paisaje—el paisaje de Castilla—, la idiosincrasia del ciudadano. Cuando se hable del énfasis del español, asentid; pero a ese énfasis llámadle dignidad. El español es noble y digno. Su dignidad rechaza el pormenor prosaico y cotidiano. Noble, digno y severo es el realismo del *Libro de la oración*. El teatro no puede aceptar tampoco esos pormenores prosaicos. Es sereno y noble como el paisaje. No necesita el dramaturgo, ni quiere justificar, entradas y salidas; no es preciso tampoco que descienda a intimidades minuciosas. Si en el teatro clásico se descendiera a esos pormenores, a esas justificaciones, automáticamente toda la obra bajaría del plano elevado en que el poeta la coloca. La paridad entre el paisaje, la vida del ciudadano y la visión artística, se habría roto. No extrañemos los yerros y anacronismos de los grandes dramaturgos. En el ambiente férvido que envuelve el teatro, tales incorrecciones desaparecen. Lo esencial aquí, como en el *Poema del Cid*, fuente de todo el gran teatro, es el tono de la vida; el tono de dignidad, de grandeza, de elevación sobre las cotidianas realidades que el poeta presta a los personajes.

La noche se va llegando pronta. El cuartito del mesón está ya casi en tinieblas. La mujer ha encendido una luz. El buen actor tiene sobre sus rodillas el niño.

XVI

UNA RELIGIOSA

A la caída de la tarde ha llegado el carrito a la ciudad. Han descendido del carro una religiosa y una compañera. Salieron por la mañana de otro pueblo. Han caminado durante todo el día. El viento sopla frío por la llanura. La religiosa va un poco enferma. A media tarde, la religiosa y su compañera han sacado de un zurrón un cantero de pan y un pedacito de queso y han comido. Está un poco enferma la religiosa; el viento frío del otoño le hace daño en la garganta. No cesa de caminar por toda España la buena religiosa; va de pueblecito en pueblecito y de ciudad en ciudad; habla con frailes, monjas y prelados. Para todos tiene palabras afectuosas. Sus ojos son negros y redondos. Ojos —dice el Padre Ribera— «vivos y graciosos, que en riéndose se reían todos y mostraban alegría; y por otra parte, muy graves cuando ella quería mostrar en el rostro gravedad». La complejión de la religiosa es fuerte. «No soy nada tierna—dice ella hablando de sí—; antes tengo un corazón tan recio, que algunas veces me da pena». Recio, no para los humanos, sino para las adversidades. Pero hoy es el día en que la esforzada religiosa va a sentirse un tantico desazonada. No le han hecho perder la serenidad los trabajos y la hostilidad de los hombres, y hoy por una cosita de nada va a estar a pique de perderla. El carro ha llegado a la ciudad. La religiosa y su compañera no conocen en ella a nadie. En el pueblo de donde vienen les han dado vagas indicaciones sobre lo que desean. El carro va dando vueltas por las calles; a veces se detiene, y el carretero interroga a las gentes. Y otra vez comienza a caminar. La hermana que va con la religiosa es sorda; a la monja, su mal de garganta le ha quitado la voz. No pueden entenderse una y otra cuando hablan. El carro

se ha detenido ante una casa. ¿Será esta la casa donde van a fundar un pequeño convento? La puerta está abierta; al zaguán se sube por dos escalones; está encalado. Las paredes son de un blanco puro. A la derecha se abre una puertecita; da paso a una camarilla en que hay una tinaja y dos cántaros. A la izquierda, por otros dos escalones, se sube a un breve corredor. Al cabo del pasillo se encuentra un patio rodeado de alta galería. El techo del zaguán está formado por viguetas cuadradas que sostienen anchas tablas. La galería del patio es de madera. La madera del techo y la madera de la galería, en contraste con la nítida cal, aparecen negruzcas y ahumadas. Muchas generaciones, desde la Edad Media, han pasado por esta pobre morada. Las catedrales y los palacios son grandes y ostentosos; los nombres de quienes han levantado las catedrales y de quienes han morado en los palacios, tal vez han pasado a la historia. Pero en estas casas humildes, a lo largo de los siglos, han vivido generaciones de gentes que han trabajado y sufrido en silencio. Y estas paredes blancas y estas maderas ahumadas, anodinas, sin primores artísticos, vulgares, llegan acaso a producir una emoción más honda, más inefable que los maravillosos monumentos. La religiosa y su compañera han entrado en la casa. Vive en ella un anciano, casi ciego, terriblemente sordo. Es este el caballero con quien la religiosa ha de entenderse para su fundación. No es posible, sin embargo, llegar a entenderse. La religiosa no podía hablar en voz alta; el caballero no puede oír lo que la religiosa le dice. Hace la religiosa vanos esfuerzos por expresar su pensamiento. El caballero mueve la cabeza asintiendo, pero no entiende nada. Papel y pluma no los hay en la casa. Durante un rato la religiosa se esfuerza en sus ademanes. Ya se impacienta un poco. El anciano la mira en silencio. La religiosa se levanta y va en la estancia de un lado para otro. El tiempo trascurre inútilmente. De nuevo se esfuerza la religiosa por hacerse entender. De pronto, enervada, cansada, sus ojos se iluminan. Toda su persona se ha estremecido. ¿Hay alguien invisible a par suyo? Hablando de una de estas asistencias misteriosas ha escrito la monja: «Sentía que andaba al lado derecho, más no con estos sentidos que podemos sentir que está cabe nosotros una persona; porque es por otra vía más delicada que no se sabe decir.» En el umbral, sonriente, con los brazos cruzados sobre el pecho, ha aparecido un religioso amigo de la monja.

XVII

EL FIDEISMO

El viejo inquisidor se halla —un poco inquieto— en su cámara. Es un gran señor. La vida ha tenido ya para él muchos lances y adversidades. La inquietud del viejo inquisidor la motiva una hoja de papel que está encima del escritorio. En la blanca página se ven escritas estas líneas: «Si queremos ser cristianos, es necesario para nuestra navegación en la mayor parte de la vida, perder este norte de la razón y navegar por la fe, y reglar nuestras obras por ella, especialmente a cosas que conciernen a la Religión y Sacramentos cristianos.» El viejo inquisidor pasea por su cámara. A veces se detiene ante el escritorio y coge la hoja de papel. Ha leído ya muchas veces lo escrito en ella; se lo sabe de memoria; pero sin darse cuenta, en tanto que piensa en otra cosa, su mirada pasa por las líneas manuscritas. Lo que dicen estas líneas ha sido copiado de un libro. Puede asegurarse que esas palabras son el resumen de un libro y de una personalidad. Debemos perder el norte de la razón. La razón no puede guiarnos. Sólo la fe es luz. Y el viejo inquisidor deja blandamente el papel en el escritorio y torna a sus paseos. Se ha celebrado hace pocos días una junta de la Suprema para examinar el libro de donde esas líneas han sido copiadas. No se ha llegado a un acuerdo todavía. Dentro de dos o tres días volverá a celebrarse consejo; en ella ha de informar el viejo consejero. Los Tribunales de la Inquisición están repartidos por toda España. Hay la Inquisición de Toledo, la de Valladolid, la de Llerena, la de Santiago, la de Sevilla, la de Granada, la de Córdoba, la de Canarias, la de Logroño, la de Murcia, la de Zaragoza, la de Valencia, la de Barcelona, la de Mallorca. En las Indias existen la de Méjico, la de Lima, la de Cartagena. El más alto

Tribunal es el Consejo Supremo. Lo preside un inquisidor general y lo componen cinco consejeros. Desde la creación de la Suprema, en 1483, hasta 1596, ha habido quince presidentes del Consejo.

Con la barba tocando el pecho, inclinada la cabeza, el caballero se ha detenido otra vez en medio de la estancia. Sobre el escritorio, en la blanca hoja, las primeras palabras escritas con clara letra dicen: «Si queremos ser cristianos, es necesario para nuestra navegación en la mayor parte de la vida perder este norte de la razón...» El siglo xvi es el siglo en que con caracteres más dramáticos se ofrece el eterno conflicto entre la razón y la fe. En España la Edad Media lucha —como en todos los demás países— con el espíritu del Renacimiento; pero si en otras partes el Renacimiento triunfa, en España permanece vigorosa la Edad Media. Y el fideísmo es Edad Media. El viejo inquisidor ha vivido mucho y ha leído muchos libros. No creamos que sólo nosotros, hombres de ahora, tenemos el privilegio de la sabiduría. La proposición copiada en el blanco papel es peligrosa, herética. ¿Lo es tanto como lo parece? El conflicto es terrible, angustioso. El corazón le dice al viejo caballero que la fe es lo sólido, vivaz y fecundo. La razón no puede demostrar nada. De escalón en escalón, el discurso racional llega a un punto en que la demostración es imposible. Ni se puede negar ni afirmar nada. El impugnador y el defensor han de darse las manos. La razón es una quimera. ¿Qué razón es esta tan débil, fluctuante e incierta? Un poco de calentura hace que la razón no sea la misma en el doliente que en el sano. Cuando estamos ayunos, no es nuestra razón la misma que cuando la repleción nos contenta. Una montaña, un río, separan dos países: la verdad, síntesis de la razón, no es la misma de este lado que de aquel. El viejo inquisidor medita en las palabras que ha de decir para condenar la proposición vitanda. ¿La condenará él? Es preciso, sí, condenarla. Y al condenarla se condena a un hombre bueno, nobilísimo, henchido de fervor. No hay drama más doloroso que este conflicto entre la fe y la razón. En España triunfa la fe. El hombre bueno que desecha el norte de la razón y se entrega por completo a la fe, es un gran antecesor de Pascal. Su doctrina es idéntica a la de Pascal y su vida fué tan trágica como la de Pascal. Con profunda serenidad llevó sus persecuciones y trabajos. De lo más alto —Primado de las Españas— cayó a una cárcel. Su mansedumbre no se alteró jamás. Con su ejemplo vivificó su doctrina. «Fué enemigo de murmuradores y maldicientes, y los reprendía severamente —dice un autor—; perdonaba con mucha facilidad a todos los que le ofendían, y nunca trató de tomar venganza de ellos; en el co-

mer y beber fué muy templado, sin regalo alguno, tanto que repartía en el Monasterio, cárceles y hospitales los presentes que le hacían sus vasallos, y no consintió se sirviesen a su mesa.» A Fray Bartolomé de Carranza sucedió en la silla de Toledo don Gaspar de Quiroga.

XVIII

EL VIEJO INQUISIDOR

El viejo inquisidor está sentado en su cámara. Tiene delante una mesa. Sobre la mesa se ve un montón de libros. Hay entre estos libros una Biblia en castellano, otro que se titula *Carta a Felipe II* y otro que lleva el título de *Imagen del Anticristo*. El viejo inquisidor vive en esta casa desde hace mucho tiempo. Se casó joven; amaba con pasión a su mujer. De su mujer tuvo un niño. Los dos adoraban al hijo. Les costó muchos trabajos el criarlo. La salud del niño era precaria. Todos los meses, un poquito de fiebre hacía brillar los ojos del niño. El niño pasaba en la cama seis u ocho días. La madre y el padre, angustiados, inclinaban la cabeza hacia el niño y estaban contemplándolo durante horas. Crecía el hijo. Los demás niños jugaban; él estaba quietecito en un rincón, leyendo. Muchas tardes, un criado de la casa le sacaba a pasear por el campo; el niño se tendía en la hierba y levantaba las gruesas piedras. Los insectos, en la humedad, iban y venían desazonados por la luz. Otras veces el niño contemplaba sobre las aguas de una balsa correr y girar los volubles guirinos. Gozaba de la naturaleza. Para toda la vida, la naturaleza entraba en su espíritu. La madre y el padre vivían para el hijo; muchas veces, retirados en una estancia, hablaban del porvenir del niño. ¿Qué sería este niño? ¿Le verían un día, entre nubes blancas de incienso, en la anchura de una catedral, revestido de brocado, en tanto que gemía dulcemente el órgano, elevar con sus manos finas y blancas la Sagrada Hostia? ¿Resonaría su voz bajo las anchas bóvedas y conmovería los corazones? La madre, ante esta perspectiva, se sentía emocionada; de sus ojos descendía una lágrima. El padre contenía su emoción en el silencio.

Y cuando el niño iba camino de Salamanca, murió la madre. El golpe fué terrible para el noble caballero. En muchos meses no traspasó los umbrales de la casa. Vivía ensimismado en un mutismo hosco. El mundo le enfadaba. Lentamente fué germinando en su cerebro una idea: la idea de renunciar a las cosas terrenas. Se ordenó de clérigo. Un año después de tomar órdenes, se le confirió el cargo de consejero de la Suprema Inquisición. El hijo seguía en Salamanca; pero ya no estudiaba Teología. Sus estudios ahora eran los de Medicina. Al graduarse de doctor tornó a la casa paterna. Tenía el mozo el mismo carácter que cuando niño; era reservado y soñador. En el caracol del jardín, tras la casa, pasábase horas y horas con un libro en la mano. De cuando en cuando, de las páginas del libro su mirada iba a perderse en las nubes. Y al llegar la noche, en la quietud de la casa, iluminada la cara del mozo por la luz del velón, el padre le contemplaba estático, suspenso durante largos ratos. La cara del mozo era la cara de la mujer a quien el caballero había amado tanto; eran los mismos ojos anchos y azules y de mirada suavemente melancólica.

El mozo fué a París—«el gran París», que decía Garcilaso—; fué a París y fué a Flandes. En tierras extranjeras estuvo dos años. Al cabo de ese tiempo ha tornado a España. Desde ayer está el mozo en la casa solariega. El padre, al marcharse el hijo, le dió un retrato en miniatura de la madre. Deseaba el padre que sobre ese retratito hiciesen en Flandes un retrato grande. Y ese retrato grande lo ha traído el hijo. El retrato ha sido colgado en la sala. Los vivos y espléndidos colores—obra maestra de un pincel ilustre—resaltan en la severidad de la estancia. En esta hora del crepúsculo, cuando todo va bañándose de penumbra, la hermosa y noble dama emerge de la obscuridad en su retrato. Y el anciano inquisidor mira a la mujer amada y pone después la vista en los libros que están sobre la mesa. Hace una hora, revolviendo las ropas del hijo en un cofre, ha encontrado el padre esos libros. Esos volúmenes han sido escritos por luteranos españoles. Cuando el viejo inquisidor veía lo que eran esos volúmenes, su faz se ponía pálida y sus manos temblaban. Durante largo rato ha permanecido absorto; miraba y remiraba los libros, los dejaba sobre una mesa, y luego volvía a examinarlos. Los ha llevado al fin a su cámara. Se ha sentado en un sillón, frente al retrato de la madre, y en tanto que la estancia se va sumiendo en la sombra, el viejo inquisidor permanece inmóvil, con la cabeza entre las manos. El hijo ha salido esta tarde a dar un paseo por el campo; de un momento a otro va a volver. Ya se escuchan pasos en el corredor. El viejo comisario se estremece. No son

éstos los pasos del hijo. Torna el silencio. Poco después resue-
nan otros pasos. Y éstos, sí, éstos son los del hijo. Los pasos se
oyen más cerca. El viejo caballero, instintivamente, sintiendo
una dolorosa opresión en el pecho, se levanta. Una mano acaba
de posarse en el picaporte de la puerta. La puerta se está
abriendo...

CASTILLOS EN ESPAÑA

En España existen muchos castillos. Están casi todos en ruinas; se ven repartidos por toda la nación. En el siglo XVI muchos de estos castillos estaban ya derrumbados. En *Las Partidas* se habla minuciosamente de los castillos. Todo el título XVIII de la segunda *Partida*, título compuesto de treinta y dos leyes, está dedicado a los castillos. Demuestra esa solitud la importancia de los castillos en España. La prosa del venerable Código es coetánea de la fundación de muchos de esos castillos que vemos en ruinas. Leyéndola parece que penetramos en alguna fortaleza del siglo XIII. Dominan los castillos las llanuras desde los cerros; se hallan otros engastados en las murallas de las ciudades; alguno se encuentra frontero al mar y señorea la inmensidad azul, verde o negruzca... Son recios, fuertes, vastos, los castillos de España. Parecen fantásticos; pero tienen una existencia indubitable. En ellos han estado presos príncipes y dinastas; han nacido y muerto reyes; por reyes niños se han levantado en ellos banderas; se han perpetuado por ellos sangrientas rebeliones. En el de Medina del Campo ha morado una reina infortunada y ha muerto la más grande reina de España; por el torreón de otro—el de Alaejos—se ha descolgado en un cesto una noche, en 1468, doña Juana, la esposa de Enrique IV; el de Montiel ha sido testigo, en 1369, de la terrible lucha del Rey Don Pedro y su hermano Don Enrique; en el de Monzón pasó su infancia Jaime I; el de Escalona fué restaurado por D. Alvaro de Luna y era reputado como el mejor de España; en el espléndido de Olite se celebraron las bodas del príncipe de Viana y doña Inés de Cleves; en el de Pedraza estuvieron presos, en rehenes, los hijos de Francisco I, Enrique y Francisco, en 1526, durante cuatro años; en el de Aré-

valo ha estado encerrado Guillermo de Nassau, príncipe de Orange; en el de Javier ha nacido uno de los santos más admirables de España; el de Pamplona ha sido la prisión de Quintana; el de Bellver, en Palma de Mallorca, la de Jovellanos; y en ese castillo fronterero al mar a que aludíamos antes, han estado también presos, en 1873, unos artilleros que, juntamente con los de toda España, originaron la caída de un trono.

Todos estos castillos nos hablan de turbulencias, banderías, revueltas, alborotos. La lealtad y la fidelidad se han albergado entre sus muros también. Han resistido heroicamente la furia obsidional. En la heterogeneidad y efervescencia de España, todos estos castillos, —los de las ciudades y las campiñas— son como los puntos sensibles del organismo nacional. Se atiende en *Las Partidas* a que los castillos estén suficientemente abastados de víveres. De agua es de lo que deben menos escasear. «No deben olvidar la sal, ni el olio, ni las legumbres.» Los ballesteros son los más eficaces defensores de los castillos. Deben los ballesteros saber bien su oficio, y adobar y reparar las ballestas. «Otro sí: las velas e sobrevelas, a que llaman montarazas, e las rondas que andan de fuera, al pie del castillo, e las atalayas que ponen de día, e las escuchas de noche: todos estos ha menester que guarde el alcayde quanto más pudiere, que sean leales, faziendoles bien, e non les menguando aquello que les deve dar. E halos de cambiar a menudo, de manera que non esten todavía en un lugar.» La imaginación finge la vida en estos castillos; escucha todos los ruidos y ve las luces y las sombras. Escucha el ruido sonoro de los pasos, mezclado al tintineo de las espuelas, bajo las bóvedas resonantes; el relincho de los caballos; el estrépito de los soldados y los servidores; los sones agudos de los clarines y los ladridos de las jaurías. Contempla los resplandores de las antorchas que forman fantásticas sombras en los muros; el humazo de las fogatas encendidas en los patios; los vivos colores de los arreos y trajes —oro, rojo, verde, plata— que resaltan sobre las murallas negruzcas. Tal vez descubrimos que por la cuesta del castillo asciende un caminante. Se va acercando. Marcha apoyado en un alto bordón; cubre su cabeza un ancho sombrero; revuelta melena cae sobre sus hombros. Cuando está cerca, vemos que sus ojos son azules y que su melena es dorada. Viene de lejanas tierras el caminante. Acaso ha venido a España, en 1212, acompañando a algún señor—Teobaldo Blason o Arnaldo de Narbona—para asistir a la batalla de las Navas. Después ha caminado errante, de castillo en castillo. Al llegar ante la puerta de la fortaleza, cara a los ballesteros que aparecen en los adarves, levanta la cabeza, se quita el sombrero con un noble

ademán, y con voz dulce y melancólica entona una plegaria a la Virgen:

*Vera vergena María,
Vera vida, vera fes,
Vera vertatz, vera vía...*

Ese castillo frontero al mar de que hemos hablado, no tiene más que los muros exteriores. Comenzaron a edificarse las primeras fortificaciones por 1194, en tiempos de Sancho *el Fuerte*. Se levanta la recia fábrica en una loma; a una parte se extiende la ciudad—al pie del cerro—y a otra banda se muestra el mar. Frente al castillo, al otro lado de los mares, están Francia e Inglaterra—nuestras rivales históricas—; las costas más cercanas de Francia se divisan, a la derecha, a simple vista. A la izquierda se columbran tres cortinas de montañas: la primera, verde y rojiza, con manchitas blancas de casas; la segunda, azulada, incierta, borrosa; la tercera la componen cimas agudas, tenues, delicadas, casi invisibles en la opacidad del ambiente. Son esas remotas y sutiles montañas, las montañas de la vieja y noble Cantabria. El fuerte muro almenado del castillo está intacto. Por encima de la muralla asoman las paredes de un caserón. Los muros del castillo son negros y las paredes del caserón amarillas. Se halla deruido en su interior el caserón; por el vano de las ventanas, desde el campo, se columbra el cielo. Todo un curso de botánica puede estudiarse en las laderas del castillo, en los fosos y en las murallas. Llenan de verdura laderas y castillo helechos, cardos, ortigas, heno, grama, malvas, zarzales. En el borde de las altas paredes crecen hinojos que perfilan en el fondo cerúleo sus ramitas finas y enhiestas. Crecen hierbas en las junturas de los sillares, en las almenas, en los escudos que resaltan sobre la puerta. Las florecitas color jalde de la oreja de ratón, alternan con los clavelitos silvestres —*dianthus caryophyllus*, de Linneo— tan graciosos y vivos. Los clavelitos silvestres esmaltan las laderas; aparecen entre los helechos y las zarzas; los niños los cogen cuando suben por las tardes al castillo. El clavel es la flor de España. «Esta es la flor favorita de los españoles—dicen D. Claudio y D. Esteban Boutelou en su *Tratado de las flores*, 1804—; no cultivamos ninguna con tanto esmero y diligencia; bien es verdad que reúne todas las calidades que pueden hacer recomendable una flor, concurriendo en ella las propiedades de brillantez, viveza y variedad de sus matices, y la fragancia y suavidad de olor; circunstancias las más apreciables y que más se desean en las flores». Estos clavelitos silvestres, encendidos y olorosos, crecidos en tierras fronterizas, son como las avanzadas

de las flores de España. Las flores de España lozanean encendidas y vivaces; no son las flores suaves y delicadas de otras naciones. Los clavelitos silvestres las representan bien; adentro, por toda España, encontrará el extranjero clavellinas, serretas, reventones rojos, blancos, jaspeados, claveles todos de encendidos matices y penetrante olor. En las laderas del castillo, en los fosos, en los mismos muros, los claveles se mezclan a las flores moradas de la malva y a las flores blancas del cilandro y del aligustre. Dentro de la fortaleza, en la sala principal, sin techo, las matas de alhelí cuarenteno cubren el piso, y en abril sus flores aterciopeladas de color morado forman una tupida y vistosa alfombra. Los sillares negros de los muros están matizados con manchas negras y amarillas de líquenes. Un cabrahigo encorva desde una almena sus ramas sobre el foso. La hiedra reptante por las paredes hasta lo alto de la muralla y va dejándose desplegado un ancho manto verde. Todas estas plantas viven independientes y lozanas. El aire, sobre el mar, a 116 metros de altura, es vivo y puro. Una tenue neblina vela el horizonte. Cuando, tras larga estancia en estas tierras, ascendemos a la meseta central, nuestros ojos contemplan, con avidez suma, las lejanías luminosas y el relieve terrestre de puras y resaltantes líneas.

Este castillo de frente al mar ha visto —como los demás castillos de España— tragedias y guerras. El mar besa desde hace siglos las casas del vecindario. El fuego se ha ensañado, a lo largo de los siglos, con la ciudad. Desde 1266 a 1813, diez o doce grandes incendios han destruído la población. El viejo castillo ha contemplado, a sus pies, llamear la hoguera, y ha oído el estrépito de los hundimientos, los gritos de las gentes despavoridas y el tañer de las campanas. Un rayo, en 1688, hizo volar, en el mismo castillo, el polvorín. La fortaleza quedó en ruinas. Ahora todo es reposo. El mar se extiende inmenso. Desde abajo llega el piar de las gaviotas. Las gaviotas revuelan lentas sobre las aguas azules, o se posan sobre las olas —como pedacitos blancos de papel— y permanecen largo rato inmóviles, traídas y llevadas, aupadas y hundidas, mecidas blanda, suavemente.

LA PATRIA MORAL

Si un español del siglo xvi resucitara no comprendería al pronto nuestro concepto de la Patria. La Patria es una creación de la cultura. La Patria la han formado en España—después de la guerra de la Independencia— los ferrocarriles, los libros y los periódicos. La había preparado antes el hervor crítico formado en el siglo xviii en torno a Feijóo. No comprendería al pronto un español del siglo xvi nuestro concepto de Patria. Todo está hoy centralizado y todo tiene una trabazón que en los siglos pasados no tenía. Una atmósfera sutilísima, espiritual, nos envuelve a todos en la Nación. En el siglo xvi la Patria verdadera era el ambiente religioso. La religión era la verdadera Patria. Acaso hoy dentro de una nación nos sentimos, de extremo a extremo, más desamparados y forasteros que en el siglo xvi. La unidad espiritual ha sido rota. Acaso hoy con todo nuestro centralismo, con toda nuestra cultura —nexo de la Patria— nos sentimos menos ligados unos a otros que en los siglos pretéritos. Los intereses de clases se sobreponen a los anhelos generales. La religión, única e intangible, unía antiguamente todos los corazones. El creyente llevaba en su fe un vale de hermandad para todos los creyentes. Podía viajar por toda España; podía visitar las ciudades y entrar en todas las casas; podía tropezarse en los caminos con los más diversos viajeros. Siempre el creyente reconocía al creyente. Y millares de templos —catedrales, iglesias, santuarios, ermitas— eran como las posadas espirituales del peregrino y del doliente, En esos lugares, henchidos de espiritualidad, viva y fecunda, encontraba descanso el alma. En todas partes el creyente estaba

como en su propia morada. Por encima de las montañas, de las llanuras, de los ríos, de las ciudades, flotaba el mismo ambiente de creencias y de esperanzas que respiraban todos los ciudadanos. Y un mismo anhelo hacía latir todos los corazones: el anhelo de la salvación última.

LA CASUÍSTICA

El catedrático de quien vamos a hablar vivía modestamente. Todos los días, a la misma hora, iba a la Universidad. En la Universidad leía Teología. Su figura era vulgar; una barbita rala, rojiza, bajaba por la faz hasta terminar en punta. Lucían ante sus ojos unos espejuelos con gruesa guarnición de concha. Hacía diariamente el catedrático las mismas cosas. Se levantaba con el alba; se acostaba poco después de anochecido. Desde la mañana hasta la noche, sus pasos y sus actos eran los mismos. Hubieran podido concertar sus relojes los vecinos tomando cuenta del punto en que abría su ventana al amanecer, o salía de casa para ir a la Universidad, o encendía la luz por la noche. Vivía el caballero entregado al estudio; confería raramente con amigos y conocidos; meditaba con espacio y calma. Y como su vida, en la soledad y en el silencio, era todos los días igual, llegó el buen catedrático a confundir los hechos y los sucesos. En el mundo de su memoria todo se desenvolvía en un mismo plano. Siendo todos los movimientos y pormenores de su vivir cotidiano iguales exactamente unos a otros, todos se iban yuxtaponiendo y soldando perfectamente. No sabía muchas veces el catedrático si el acto que acababa de realizar por la mañana, lo había realizado por vez primera, o era tan sólo ese hecho un recuerdo de otro realizado meses antes. La duda le causaba terror. Llegaba a dudar de su propia existencia y de la realidad externa. Se veía como una entelequia flotando vagamente entre fantasmas.

Ya no era posible retroceder; se sentía encadenado irremisiblemente a la costumbre diaria creada por él mismo. A los veinte años hubiera intentado la liberación. No podía hacerlo ya. De inaugurar de pronto otra vida, el pensamiento no acudiría a su mente. No podría razonar. Se sentiría extranjero en el nuevo or-

den de vida. Había, pues, que seguir fatalmente hasta el fin. El tiempo desaparecía para él; en la uniformidad de su vida, los accidentes adquirirían un considerable relieve. Un pormenor que, inesperadamente, venía a introducir una ligera alteración en sus costumbres, le conmovía en todo su ser. Consideraba largamente los más fugaces pormenores. Su sensibilidad—en la meditación y en el silencio—se agudizaba. Le hacía daño lo que resbalaba sin lesión por la epidermis moral de los demás. La más pequeña incorrección por parte de un compañero, o una leve descortesía cometida con él por un amigo, le desabrían hondamente y le ponían triste. En la misma familia, entre los deudos y parientes, un disentimiento con su opinión, unas palabras ásperas, le hacían pensar en que su persona no era ya la misma que antes. No era la misma; declinaba su inteligencia; se hallaba su mentalidad en decadencia; acaso nunca él había sido digno de estimación. Entonces cogía los libros de sus compañeros y los leía para compararlos con los suyos; deseaba ver, por contraste, si lo hecho por él era cosa merecedora de respeto. Y muchas veces, la proclividad de su espíritu, puesto en el deslizadero del pesimismo, le hacía ver lo que no existía. Su obra era deleznable y mediocre; no podía ser comparada a la de sus compañeros. Tristemente, con severa y dulce tristeza, el buen caballero se resignaba. Y al resignarse, como desquite de su fracaso, ponía empeño en ser bondadoso y tolerante. La sonrisa de gratitud que los demás tenían para sus bondades, era la compensación que encontraba a su imaginaria mediocridad intelectual.

Los días eran siempre los mismos para el catedrático. Abría su ventana a la misma hora, por la mañana; se recogía en su estancia para dormir en el mismo minuto de todas las noches. El matiz lo es todo en la vida. En la trama del mundo moral, un pormenor casi imperceptible basta para dar un valor u otro valor a un acto. El buen profesor, para quien el accidente monta tanto, sabe perfectamente el valor del matiz. Los actos humanos varían según estén teñidos, tenuemente, de estos o los otros colores. Y estimar y justipreciar en la vida esas variantes, esos matices, esos colores, en los diversos y variadísimos casos, es hacer obra de humanidad y de tolerancia. Ha escrito muchos libros el maestro; pero su obra grande será este libro que prepara sobre los matices y variantes de los hechos. En la primera página del manuscrito se lee: *Summa de casos de conciencia*. Cuando el catedrático sale por la mañana para ir a la Universidad, ya ha escrito quince o veinte páginas. Camina despacio por las calles. En la plaza en que la Universidad se levanta, sus discípulos le esperan. Todos le saludan cariñosamente y le van siguiendo.

EL PODER MILITAR

Cuanto más sencillamente lo contemos será mejor. Contaremos la más bella hazaña de D. Rodrigo. D. Rodrigo vive en una casa desmantelada. No cuelgan las paredes tapices ni cubren alfombras el suelo. Muebles hay pocos: una cama, tres o cuatro sillas y un arca. El criado que asiste a D. Rodrigo duerme en un duro cañizo. Es tan viejo como su amo. D. Rodrigo ha peleado en Flandes y en Italia. Pretendió un hábito; pero no se le dieron. Fué muchas veces, hace años, a los patios de Palacio con un papel de sus servicios; pero no encontró valedores. Desengañado, se retiró del trato humano. Mora en una callejuela apartada, y su único amigo es un espadero de la ciudad. El espadero conoce la pobreza del hidalgo. Sabe que muchos días transcurren sin que amo y criado prueben un bocado de pan. Pero amo y criado salen de casa todos los días enhiestos, dignos, con las espadas que levantan por detrás un poquito la capa. El caballero marcha delante, y obra de algunos pasos sigue el criado. En esta forma llegan todos los días, a la misma hora, hasta la tienda del espadero. D. Rodrigo entra en la tienda y el criado se marcha. No se sabe a dónde el escudero dirige sus pasos. Tal vez a la portería de un convento, o acaso al tinelo de un palacio donde cuenta con amigos. Cuando vuelve a casa por la noche, este buen servidor trae debajo de la capa, sobarcado, un fardelito.

En la tiendecilla del espadero ha entrado, como todos los días, D. Rodrigo. La espada del caballero ha sufrido cierto menoscabo en la guarnición. La espada es magnífica. Fué labrada primorosamente en Milán. No posee riquezas el caballero; pero esta espada —adquirida en tiempos bonancibles— bien vale un tesoro. No habrá como ella dos en la ciudad. La espada ha

acompañado desde mozo al caballero. Con ella ha reñido en Italia y en Flandes. El espadero la conoce; fácilmente la restaurará. D. Rodrigo la deja en la tiendecilla. Al día siguiente por la mañana entra en la tienda un cliente del espadero. Es un mozo alto, apuesto, y en su pecho brilla una venera de diamantes. Tenía el espadero en la mano la espada de D. Rodrigo. El mozo la examina. Discuten el espadero y el galán. Y éste muestra deseos de adquirir la primorosa espada.

Ha sonado la hora de la visita del caballero. Por la callejuela se le divisa a lo lejos. Delante marcha erguido y sereno el caballero; ciñe una espada vieja. Le sigue su fiel escudero. En la tiendecilla el maestro ha cogido a D. Rodrigo y se lo ha llevado a un rincón. Cuchichean los dos. D. Rodrigo se pone pálido y mira a la bella espada que está sobre una mesa. Y de pronto se aparta del armero, coge la espada y en silencio, dignamente, más altivo que nunca, sale de la tiendecilla sin despedirse...

La vida militar es espíritu. Los factores más formidables en la guerra son los espirituales. El poder militar de España ha sido grande cuando sus ejércitos, sus generales, sus soldados, sentían entusiasmo por un ideal: un ideal que podía sintetizarse en gestos pequeños como el del caballero de la espada. A fines del siglo XVI el poder, la fuerza, el entusiasmo han pasado ya a un nuevo mundo, más allá de los mares.

XXIII

VASCONIA

La tierra vasca es bella y apacible. Tres cosas exquisitas hay en esta amable tierra: el alimento de los trabajadores, el de los enfermos y el de los poetas: el pan, la leche y el silencio. Pío Baroja, el buen compañero de vida literaria, ha pintado maravillosamente el país vasco. Desde Castilla, desde Levante, países de luz, vamos hacia las brumas grises de Vasconia. Pero antes nos place pasar por la tierra de Alava. La tierra de Alava es fina y luminosa. Sus horizontes están limpios de celajes. En sus llanos se ven los álamos gráciles de Burgos, de Segovia y de Toledo. La tierra alavesa es una graciosa transición entre el paisaje clásico de Castilla y el romántico de Vasconia. Todo es en la tierra alavesa moderado y contenido. Pronto, a dos pasos de este paisaje, columbraremos en las montañas, desgarrándose entre los riscos, los primeros cendales de niebla. La vegetación se ha ido espesando. El cielo se ha hecho más bajo. El aire es más denso. En el verdor del paisaje resaltan los muros grises de las casas. Estas casas vascas —de recios sillares— casas antiguas y nobles, nos dan la más honda impresión del siglo xvi. Vemos estas casas como las veríamos en el siglo xvi. Nada se interpone aquí entre el momento en que la casa ha sido edificada y este instante en que la contemplamos. El pasado no enturbia la visión. No existe aquí el pasado. Los vascos son los niños de España. Como los niños, descubren todas las mañanas el mundo. Como a los niños, les alborozza el deseo de asombrar: en pintura, en letras, en la industria. Sólo aquí las multitudes son instintivamente alegres; ven con sanidad y sin rezago de tristeza. Los múltiples adelantamientos de la industria moderna, se alían aquí a una sensualidad primitiva.

El ambiente ha favorecido, por otra parte, en Vasconia, la permanencia de las cosas. En Castilla la limpidez del cielo diríase que ha ayudado a la irradiación de la materia. En Vasconia, el cielo bajo y denso ha comprimido las cosas y las ha detenido en su irradiación. La transparencia del aire hace que en Castilla se perciban los más pequeños estragos del tiempo: brechas, desportillos, hendiduras, herrumbres. En Vasconia el ambiente húmedo, opaco, se asocia a los viejos edificios y disimula las ruinas; el mismo color negruzco de la piedra es una continuación del color ceniciento de la niebla. En Castilla, férvida y tumultuosa, las muchedumbres han ido y venido por las ciudades; se han agitado; se han movido a impulsos de poderosos ímpetus. Castilla ha quedado como un jardín después que la multitud ha pasado, hollándolo, por sus cuadros y arriates. En Vasconia no ha habido muchedumbres vehementes; su historia es larga y silenciosa; sus hombres han salido hacia las grandes empresas del mar, individualmente, solitarios. Todo ha favorecido en Vasconia el recogimiento y la permanencia. Contemplemos en la paz del paisaje este caserón cuadrado y recio. Sus paredes están formadas por pequeños sillares. Sobresale el ancho alero en la techumbre. Un balcón espacioso de hierro forjado corre por en medio de la fachada. Sobre la puerta, en caracteres ahondados en la piedra, se lee: *Anno Domini MDLXXV. Tela minus feriun, quæ prævidentur. El hombre prevenido nunca será derrotado.* El caballero que moraba en esta mansión, estaba siempre vigilante. En la última guerra civil un incendio destruyó la parte posterior de la casa. En las estancias vacías están secando ahora semillas y legumbres. El paisaje es silencioso. Se respira una profunda calma. La casa vieja y noble se yergue en la paz de la campiña.

CATALUÑA

*Tot mirant a Catalunya
S'ha sentit robar lo cor...*

JACINTO VERDAGUER

Cataluña: tus costas luminosas atraen nuestra mirada: la mirada de nuestro espíritu. Desde Castilla y desde Vasconia, vemos a lo lejos la faja de oro y de luz de las costas mediterráneas. Desde lo más alto de Cataluña se extiende el dentelleo de la costa, hasta los confines de Alicante. Y en frente está la predilecta Mallorca; Mallorca, con el oro y el azul y el morado del agua en sus calas profundas. Cataluña: tu nombre representa para España la vida, el tumulto, el movimiento, el fervor del mundo durante muchos siglos. Por otro mar navegan ahora los hombres. En el siglo XVI, ya la vida del mundo marcha por otros caminos. Pero la armonía, la euritmia maravillosa de la Grecia antigua, que desde Grecia han venido hasta aquí, serán imperecederas. Cataluña es Valencia, y es Alicante, y es Mallorca.

Cataluña tiene sus montañas llenas de soledad y sus masías en que la tradición es incommovible; sus campanarios, blancos y cuadrados, llegan casi hasta las olas azules. Valencia tiene sus naranjales; las hojas del naranjo son charoladas; entre el follaje lustroso, brillan las áureas esferas, o las suaves y carnosas florecitas ponen sus ampos blancos; el aire es templado, voluptuoso; la luz es cegadora. Alicante tiene sus almendros y sus olivos. Los olivos de Alicante no son como los de Mallorca. Los de Alicante, esmeradamente escamujados, tienen forma ovalada y despejado su interior; los de Mallorca son disformes, fantásticos; con sus troncos derrengados y sus ramas que suben en penacho, parecen gigantes o vestiglos.

Los almendros crecen en Cataluña, en Valencia, en Alicante y en Mallorca. Los almendros son finos y se levantan sobre los blancos ribazos. En ninguna parte de España hay almendros bañados como estos por una luz tan viva. En ninguna parte los horizontes, por encima de suaves alcores, tienen tan luminosas perspectivas. Las cosas resaltan, con todos sus pormenores, a remotísimas distancias. Los hombres son prestos y ágiles; su entendimiento es sutil; se alimentan frugalmente. Cataluña, Valencia, Mallorca, Alicante: quien lleve innata la visión de vuestra luz en la retina, no os podrá olvidar jamás. Ese almendro sobre las piedras blancas—delicado y gracioso—es el símbolo de vuestra delicadeza y vuestra gracia.

EL APOSENTO DEL POETA

Como la puerta del aposento está abierta, se ve por ella parte de la galería del patio. Las últimas luces de la tarde iluminan el patio. Se ve avanzar por la galería una linda joven. Trae en la mano una bandeja y en la bandeja un plato y un jarrito. Blancos paños cubren el plato y el jarro. La muchacha penetra en la estancia. En un ángulo se halla la cama y junto a la cama hay una mesa. El poeta ha salido hace un momento; no volverá hasta media noche; es preciso que quedé todo dispuesto para cuando vuelva. Deja la muchacha la bandeja con el plato y la jarra en la mesa; luego camina despacio por el cuarto. Hay en el cuarto un escritorio y un armario con libros. Una puertecita da a la recámara. En la recámara se ven colgados trajes y arreos varoniles: sayos de velarte, una capa de chamelote de aguas para la lluvia, otra capa gascona, jubones, calzas de terciopelo... Con una escobilla, la muchacha va limpiando alguna de estas prendas. La cama está blanda. La muchacha ha puesto la mano sobre ella y ha apretado ligeramente. Después, indecisa, se detiene ante el escritorio. Sobre el escritorio resalta un ancho pliego blanco. Unos cuantos renglones lo ennegrecen. Junto al papel, en un pequeño cesto, reposan seis u ocho plumas de ave y un cuchillo para atajarlas. ¿Qué libros figuran en el armario del poeta? La muchacha pasa la mano por el lomo de esos volúmenes; toca el papel en que están escritos los versos; acaba por sentarse en el sillón que se halla frente al escritorio. Sentada, se inclina hacia adelante como para escribir, o bien se deja caer atrás sobre el respaldo. Goza de sentirse sentada en este sillón. ¿Qué libros hay en el armario? ¿Cuáles son las lecturas del poeta? En *La dama melindrosa*, de Lope, dos personajes, D. Juan y su criado Carri-

llo, hablan sobre materias de erudición. Carrillo acaba de alegar una opinión de Plinio. Entre amo y criado se entabla el siguiente diálogo:

—¿Dónde has oído decir
eso de Plinio?

—Señor,
hánse dado a traducir
tantos hombres que carecen
de ingenio, que ya sabemos
los tontos lo que encarecen
los sabios, y merecemos
los nombres que ellos merecen.
Yo le tengo traducido,
y aun a Horacio y a Lucano.

—¿Esos hombres has leído?

—Pues si están en castellano,
¿qué dificultad ha sido?
Ya mi alazán latiniza;
allí están.

—Huélgome, al fin,
que estos que el mundo eterniza
buscan a Horacio en latín
y está en la caballeriza.
¡Que un lacayo te ha leído
divino Horacio!

La erudición es poca cosa al lado de la creación. El mismo Lope habla en el prólogo al *Triunfo de la fe*, de los que, sin ser creadores, escriben contra los que «inventan». Lo esencial en el arte es crear, imaginar, inventar. Amo y criado continúan departiendo. La crítica—como en Sainte-Beuve y como en Menéndez y Pelayo—puede ser también creación.

—Luego el ingenio y la ciencia,
¿son los bonetes y grados
por Sigüenza o por Valencia?

—En los vulgos engañados
consiste la diferencia:

¿Espada? Luego idiotismo.

¿Bonete? Luego letrado.

—¡Qué gracioso silogismo!

—Ya está en el vulgo asentado.

—¡Oh, qué cansado hispanismo!

¡Oh, qué cansado hispanismo! ¡Oh, qué absurdo parecer el parecer de los que creen que la erudición está por encima del estro creador! Esa exclamación del personaje de Lope es la mejor protesta contra la frase de *ingenio lego* aplicada a Cervantes. Lope, a pesar su erudición, se siente el aliado natural de Cervantes. Lope, en *El premio del bien hablar*, llama «discreto» a Cervantes. Y ese calificativo es, en efecto, el que más cuadraba a Cervantes. Discreto era Cervantes en el sentido que Calderón, en *El gran teatro del mundo*, da al vocablo. Discreto en el sentido de sensato, de cuerdo, de sabio. ¡Oh, qué cansado hispanismo! La erudición no es el ímpetu creador. Ni la ciencia es la sabiduría. Y Cervantes es creador y sabio.

Pero la muchacha se ha levantado del sillón y ha espaciado su mirada por la estancia. Todo está en orden. En la oscuridad que avanza se percibe la mancha blanca del plato y del jarrito de porcelana.

MAQUEDA

Maqueda es villa de corto vecindario; tendrá doscientos fuegos. Pertenece al partido judicial de Escalona, en la diócesis de Toledo. Se halla a una legua de Escalona; cerca están Torrijos, Novés, Alamín, Quesimondo, Nombela, Almorox, Cadalso. En Nombela pensó Felipe II edificar el monasterio de San Lorenzo. En Torrijos levantó una iglesia D.^a Teresa Enriquez, mujer de un contador de los Reyes Católicos. Ante Cadalso dicen que pasó siempre sin detenerse D. Alvaro de Luna; el pueblo pertenecía a sus estados; supersticioso terror le impedía entrar en él; un estrellero le había predicho que moriría en cadalso. Méntrida tiene vinos claros y frescos. En Maqueda se cogen cereales, aceite y vino. Las tierras las labran someramente. La aceituna la muelen en ruejos de sangre, y la pasta la exprimen en prensas de viga y de rincón. De tarde en tarde, al romper las tierras novales, la reja del arado desentierra vestigios romanos. En tiempo de los árabes se edificó una fortaleza en Maqueda; fue reparada a fines del siglo x por orden de Almanzor; la restauró el mismo arquitecto, Fatho-ben-Ibrahim, que construyó en Toledo las mezquitas. En 1010 se libró sangrienta batalla al pie del castillo de Maqueda. El castillo está hoy en ruinas. Los cuatro muros exteriores, con cuatro torreones en los ángulos, es todo lo que resta de la antigua fortaleza. Desde lo alto de las murallas se divisa el riachuelo que corre, entre árboles, por lo hondo de la cañada.

En la villa ha estado un rey niño. De todos los recuerdos históricos de Maqueda, este es el que está más en consonancia con el lugar. La figura de este niño es como la imagen del pueblecito: fugaz y modesta. Enrique I era hijo del noble vencedor

de las Navas, Alfonso VIII. Tenía once años cuando fué proclamado rey. Un magnate codicioso lo arrebató violentamente de entre las manos de una hermana del niño. El pueblecito parece desde lejos con su castillo una ciudad; pero su caserío es reducido y pobre. El niño ha sido exaltado ya al trono; pero todavía no es rey. No lo llegará a ser. No llegará a ser tampoco ciudad el pueblecito. El regente llevaba al niño de pueblo en pueblo, por tierras de Toledo y por las riberas del Duero; facilitaba con la presencia del rey sus exacciones y desafueros. Se detuvieron también en Maqueda. El niño rey ha pasado por el pueblecito como una sombra delicada y graciosa. Entre los árboles del valle, por las márgenes del río, habrá travesado. Sobre el niño pesa toda la gloria de su magnánimo padre. ¿Qué fastos brillantes le reservará lo porvenir? Sus horas estaban contadas. El tejero que en el alfar se dispone a formar una teja con un poco de arcilla, no podría sospechar que ese puñado de barro ha de dejar sin monarca a un reino. El albañil que está colocando tejas en un tejado, no creerá probable que una de esas tejas, al caer, haya de matar a un rey. En Palencia un día, por junio de 1217, una teja cae de una torre y mata a Enrique I. No había cumplido aun el niño catorce años.

En el siglo xx las horas transcurren en Maqueda como transcurrirían en el siglo xvi. Unas ruinas más ahora, y todo el resto igual. En el pueblo acaso habría un poco más de tráfago. Tal vez entre los labradores vivirían algunos tejedores y guarnicioneros. Los oficios de la lana y el cuero son los genuinos de España. La mayor riqueza la tiene la nación en sus ganados. Rinden los ganados abundancia de cueros y de lana. La lana pasa, hasta convertirse en paño para las tiendas, por manos de cardadores, peinadores, tundidores, tintoreros, tejedores, prensadores, bataneros. El cuero lo labran curtidores y zurradores, guarnicioneros, guanteros y boteros. Los zaques u odres van llenos de vino o aceite por los torcidos y pedregosos caminos de España. Los jaeces y guarniciones lucen recamados y borlones de hilos rojos y verdes. En los mesones las botas pasan de mano en mano y dejan caer en las ansiosas fauces un hilillo de vino.

Labradores y oficiales trabajan y sufren en Maqueda. La vida tiene en todas partes infortunios. La vida es igual en el siglo xx que en el xvi. Habría seguramente en Maqueda, en 1580, un hidalgo que ha gastado su fortuna en Toledo o en Madrid y que ahora vive aquí retirado; y un estudiante, que espera el momento de volver a los estudios de Salamanca; y un cazador, que no caza nada; y un arbitrista que posee el secreto para restaurar a

España. Hacia 1523 llegó a Maqueda un muchacho en busca de acomodo; se llamaba Lázaro; entró a servir en casa de un cura; venía de Salamanca, através de la sierra de Gredos, pasando por Almorox. El cura vivía pobremente. Hoy llegará al pueblecito también algún mozuelo desgarrado de los padres, buscándose la vida. La vida sigue en Maqueda, de siglo en siglo, siempre igual. Los sembrados en el siglo xvi verdean —como ahora—; el tierno trival se convierte en altas cañas coronadas de espigas; los panes son segados. De raro en raro llega al pueblo una noticia: el turco ha bajado; el Príncipe es muerto; los moriscos se levantaron; la armada fué hundida. Las campanas doblan fúnebremente una o dos veces al mes. El labrador vuelve a esparcir el grano por los surcos; verdean de nuevo las tierras; llega el momento de la siega; las hoces —como la muerte siega las vidas— van cercenando las empinadas cañas.

LA FILOSOFÍA NATURAL

El filósofo natural es un hombre curioso. Filosofía natural es la que estudia las segundas causas o propiedades de la Naturaleza. Corresponde el filósofo natural al imaginero que en la Edad Media ha llenado de flores, plantas y pequeños monstruos los pórticos de las Catedrales, los capiteles de las columnas, las sillerías de los coros. El filósofo natural estudia la naturaleza. En la naturaleza le atraen las particularidades raras, los casos peregrinos, las propiedades ocultas de las cosas. Celestina, la buena madre, era sin saberlo un poco filósofa natural. Todo el siglo xvi y todo el xvii está lleno de filósofos naturales. Han estudiado todos principalmente en Aristóteles, Plinio y Claudio Eliano. Pero, ¿han visto ellos alguna vez los animales fabulosos que describen? El echeneis es un pececillo que detiene a un navío en su marcha. El calamón es a manera de una golondrina que haciendo su morada en las casas, en habiendo en ellas un adúltero, al punto se ahorca. ¿Quién pintará el portento del unicornio? El unicornio —caso estupendo— se humilla ante las doncellas que encuentra a su paso.

El filósofo natural tiene ahora un nuevo ensanche para sus perspectivas: el descubrimiento de las Indias Occidentales. De allá viene una gran corriente de cosas peregrinas que se une á la gran corriente que venía de la Edad Media y de la antigüedad étnica. Pero el filósofo natural entre la baraúnda intrincada de sus hierbas, plantas, piedras y monstruos suele de cuando en cuando entremeter una prevención moral, un dictado de prudencia, una advertencia discreta. Y así nacen esas copilaciones —tan del gusto del siglo xvi— que son a manera de curiosos bazares llenos de cosas raras, donde suena a ratos, para instrucción de

los lectores, la voz de un discreto filósofo. Tal es la *Silva de varia lección*, de Pedro Mejía, publicada en 1542, reimpresa muchas veces, difundida por toda Europa. «De la admirable propiedad de un animalico, cuya mordedura mata o sana con música» se titula un capítulo de la *Silva* de Mejía. Y otro: «De los tritones y nereidas que llamamos hombres marinos, y si es verdad que los hay, y de ello algunos casos notables». Y otro: «Como el león ha miedo de un gallo y de otras cosas muy flacas, y que razón se puede dar para ello». Se dice que Montaigne leyó este libro. El libro, aparte de sus casos peregrinos, encierra doctrina provechosa. ¿Qué diferencia existe entre la *Silva* y los *Ensayos*? En los *Ensayos* hay un elemento personal que en la *Silva* falta. En los *Ensayos* se descubre, se desenvuelve, se expulsa ampliamente la personalidad del autor. La personalidad del autor —y ese es el gran secreto de los *Ensayos*— en aquello que cuadra y es común a la personalidad general y permanente del hombre.

LAS LIBRERÍAS

Antonio Oudín, en sus *Diálogos*, publicadas en París en 1650 tiene una frase que encantará a los bibliófilos. Dice el autor hablando de Medina del Campo que allí hay «famosas librerías». La imprenta se ha ido extendiendo durante todo el siglo xvi por España entera. Hay imprentas en Burgos, Toledo, Valencia, Tarragona, Sevilla. Salen de esas imprentas infolios recios, abultados, y libros chiquititos, regordetes. Célebres son en el siglo xvi las imprentas de los Portonaris, en Salamanca, y la de Juan Brocario, en Alcalá de Henares. En Medina del Campo la noble ciudad castellana había sí grandes y famosas librerías. Hoy después de los siglos nos causa profunda emoción a los bibliófilos el encontrar en una librería de lance un librito del siglo xvi. Lo hemos perseguido a lo largo de los catálogos; se nos ha escabullido dos o tres veces; un librero a quien íbamos a comprárselo lo acaba de vender; un amigo nos dice que él ha visto un ejemplar en tal librería; pero el amigo está equivocado; se trata de otra obra o de otra edición sin importancia de la misma. Y un día cuando menos lo esperamos, buscando otra cosa, nuestras manos se posan sobre un volumen; lo examinamos distraídamente y no podemos reprimir una viva exclamación. El volumen ansiado está en nuestras manos. En la portada se lee: «En Salamanca, en casa de Domingo de Portonaris, 1575».

Pues ahora imaginad un bibliófilo transportado por arte mágica a las famosas librerías —públicas o particulares— de Medina del Campo. ¡Qué inmenso gozól ¡Qué tesoro espléndidol Nuestra bolsa no es bastante grávida para comprar tantos libros como deseamos. Y si la librería no es de libros venales —lo que ahora llamamos biblioteca— nuestra capa no es bastante ancha para

poder llevarnos a escondidas cuatro, seis ú ocho volúmenes. El bibliófilo maravillado va de uno a otro estante; saca libros de todos; los mira y remira; examina a trasluz la filigrana del papel; pasa la mano suavemente por el pergamino o por el cuero.

La materia bibliográfica es inagotable. Grande es la pasión del bibliófilo; pero hay libros que pueden escapar a la codicia del apasionado. Sobre todo, los libros chiquitos diríase que se complacen en hacer travesuras a los más sagaces y universales conocedores de libros. Los libros chiquitos son diablillos indómitos. ¿Qué bibliófilo quevedista conoce la edición de *La fortuna con seso*, hecha en Zaragoza el mismo año que la primera, en 1650, por los mismos impresores? Y ¿quién entre los más conocedores de la bibliografía de Quevedo tiene noticia de la edición de *La política de Dios*, hecha en Milán por Juan Bautista Bidelo, en idéntico año que la primera de Zaragoza, la de 1626?

XXIX

CORSARIOS

Desde la montaña llega hasta la ribera un hondo barranco. En el fondo se ve culebrear un arroyuelo. Las laderas del barranco son de tierra rojiza. La arena de la playa —todo a lo largo de la costa— es de color dorado. Lope de Vega, en tres versos, ha dado la sensación profunda del agua que va y viene blandamente sobre la arena suave. En su comedia *Don Gonzalo de Córdoba*, un personaje exclama: «¡Qué agradable está la mar!» Y otro replica:

*Con las arenas mojadas,
Parece entrando y saliendo,
Que está retozando el agua.*

Las laderas terrosas del barranco son rojas; el cielo es azul. Las arenas de la playa son doradas; y el mar es de un añil intenso. Allá lejos se ven venir por el mar dos velas blancas. Lentamente las dos velas se van haciendo mayores. Caminan pausadas; no parece que marchan. Todo es silencio en el vasto y luminoso panorama. En un breve promontorio que entra en el mar se yergue una torrecilla cuadrada.

En la serenidad de la mañana nada turba la maravillosa quietud. Por el ramblizo ha aparecido camino del mar una punta de cabras. La hierba es escasa. Las cabras diseminadas acá y allá muerden las matas y dan de cuando en cuando repentinos cabeceos. Se oye en el silencio el sonido de un caramillo. Las velas blancas avanzan por el mar azul. Un pastorcito tañe el caramillo. Cuando ha tocado un poco se lo da a una pastorcita que marcha junto a él. La pastora toca otro momento y se lo vuelve riendo al muchacho. El zagal pone sus labios donde los ha pues.

to la pastora y vuelve a tañer. Los dos ríen alborozados. Las velas siguen avanzando hacia la costa. Las cabritas arrancan los matojos dando fuertes respingos. ¡Cuán blandamente el agua avanza y se retira sobre la fina arena!

*Con las arenas mojadas,
Parece entrando y saliendo,
Que está retozando el agua.*

En la espléndida luminosidad reverbera el mar de intenso color azul. La costa de doradas arenas se aleja a la derecha y a la izquierda formando una inmensa concavidad. Las velas blancas han avanzado; están ya cerca de la playa. De los bajeles han descendido gentes que corren por la arena y se internan por el barranco. Un momento después las cabras que se habían diseminado precipitadamente vuelven a congregarse. Cabecean lo mismo que antes entre los matorrales. Un perro lanza con la cabeza en alto y mirando hacia los barcos que se alejan plañideros ladridos. Las dos velas se van haciendo cada vez más pequeñas. De la almenara del promontorio se eleva una columna de humo. Nada turba la serenidad del paisaje. Más adentro en la costa, sobre otra colina se eleva otro penacho de humo. Ni una nube se ve en el cielo. Más lejos, allá abajo, sobre otro montecillo se divisa otra columna de humo blanco. Las velas son ya muy chiquitas en el horizonte. Pacen solas las cabras. El perro lanza sus ladridos tristes. Los humos de las fogatas encendidas en las colinas van ascendiendo lentamente en la serenidad y el silencio de la mañana.

XXX

LA GLORIA

¿Cuál era el concepto de la gloria en el siglo xvi? ¿Qué es la gloria para un español de esa centuria y de tiempos posteriores? La gloria suprema es la gloria de la acción. La gloria de la inteligencia —gloria científica, gloria literaria— casi no existe. Si existe, es tan tenue, tan subordinada a la otra, que se puede desdenar. España es una nación profundamente cristiana. El cristianismo pone como pináculo de la vida la virtud. En España todo concurre a la exaltación del hecho sobre el pensamiento. Todo viene concertado desde los orígenes de la historia para el triunfo de la acción sobre la inteligencia. El paisaje, la configuración de la tierra —tan diversa en tantas regiones—, el modo de vivir del español, las empresas guerreras, la conquista de América, todo, en suma, impele a la acción. El cristianismo está en consonancia con lo más íntimo y profundo de España. El Renacimiento, que es primacía de la inteligencia, no podía profundizar en tierra española. A la especulación intelectual de otros pueblos, nosotros oponíamos la voluntad que acaba en virtud. Los ideales eran en absoluto antagónicos. En *El Héroe*, de Gracián, se examinan todos los heroísmos. El de las armas merece el aplauso y la reverencia del autor. El heroísmo militar es acción en sublimidad. Pero al llegar a la última página del libro, Gracián escribe: «Ser héroe del mundo poco o nada es. Serlo del cielo es mucho; a cuyo gran Monarca sea la alabanza, sea la honra, sea la gloria.» ¿Podrá nadie afirmar que el ideal de inteligencia es superior al ideal de virtud? Absurdo es incriminar a España su infecundidad científica; su camino era otro. Y candidez —o excesiva nobleza— en los defensores de España, es ir a situarse para sus defensas, en el mismo terreno en que los partidarios del intelectualismo han querido plantear el problema.

LOS MISIONEROS

Este crepúsculo que ahora avanza, crepúsculo de la tarde, no lo volverá a ver avanzar más desde su celda el buen religioso. No verá más esta faja de luz dorada, tenue, en lo alto de la pared del patio. ¿Cuántas veces a esta hora, desde su celda, ha contemplado el religioso este último esplendor de la tarde? Ya acaso no lo vea más. Diez años ha estado en el convento. Desde el punto en que profesara, él tenía el profundo deseo de que llegara este momento. Ha llegado ya. El religioso ha recogido su ropa en un pequeño fardel. Los pocos libros que tenía han sido trasladados, unos, a la librería del convento, y regalados otros a los compañeros. Cuando el religioso se haya marchado, pasado el tiempo, el compañero que lea en alguno de estos libros le recordará con emoción. «¿Dónde estará en estos momentos?—pensará—. ¿Qué habrá sido de él? ¿Cuántas almas habrá conquistado ya para el cielo?». La celda está limpia y desembarazada de todo; el fardel con la ropa reposa encima de un escaño. La mirada del religioso vaga por las paredes blancas y desnudas del cuarto; él quiere llevarse una visión última de estas blancas paredes. Mañana, al hacerse de día, el religioso partirá hacia la ciudad; se unirá allí con otros compañeros; todos harán juntos el viaje. Esta es la última noche que va a dormir el religioso en su celda. Dentro de poco, por los caminos de España, un tropel de hombres henchidos de fe irá en busca del mar. Por el inmenso mar navegarán luego hacia lo desconocido. ¿Qué dicen los nombres de Persia, de China y del Japón a los buenos religiosos? De allá han venido, de tarde en tarde, noticias terribles; pero la fe no desmaya ni se amedrenta. Allá van, desde España, hacia el martirio, hacia la muerte, estos buenos religiosos. Hacia el mundo ahora invenido marchan

también y allí evangelizarán a las gentes. Todos han dejado las celdas de sus conventos. El martirio y la muerte no representan nada para los misioneros. España es ardiente en su fe. La fe de España es llevada a todos los confines del mundo por estos religiosos. De entre todos los españoles que luchan fuera de la patria, estos son los más abnegados. Unos pelean por reinos; otros buscan en los países vírgenes el oro. Estos religiosos se mueven por la caridad. Y allá van, por los caminos, hacia las costas; por los mares inmensos navegarán después en busca de lo desconocido.

EL POBRE LABRADOR

El pobre labrador vive en Castilla, en Tierra de Campos en el Bierzo, en la Vera de Plasencia, en Andalucía, en Cataluña, en Galicia. El pobre labrador puede ser pobre por su corta hacienda; pero en el siglo xvi —y en el xvii— era pobre por otras circunstancias. La vida del campo es la verdadera vida. De todo dispone el labrador. La vida del campo es independencia y sociabilidad al mismo tiempo. Se tiene en el campo la amada soledad y a la vez la grata comunicación. Las casas están independientes, a largo trecho unas de otras; pero por veredas y atajos se va prestamente de una a otra. El labrador es rey en su heredad. Tiene pan, vino, leche, miel, aceite. Con las maderas de sus árboles construye las puertas y ventanas y los artefactos y muebles de la casa. El aceite de sus olivos le alumbraba. Las ovejas le dan lana para los trajes. El lino está presto para convertirse en blancos lienzos; sobre ellos estará el pan y entre ellos reposaremos. Hierbas medicinales son la farmacia del labrador. Para sus devociones la cera le da luz al labriego, cera que es luz en las alegrías y luz en los momentos luctuosos. El pobre labrador vive independiente en sus tierras. Su vida está reglada por el sol. El sol es indefectible en sus mandatos; no tiene nunca ni apresuramientos ni negligencias. Acompasada sobre tal norma, la vida del labrador es toda simetría y regularidad. En el campo es en donde la autoridad y el orden son más espontáneos y firmes. La tradición es más sólida. El labriego conoce minuciosamente la campiña; es grato departir con él sobre las cosas agrestes. La charla de un señor nos vemos obligados a soportarla; la de un labriego podemos concluir la cuando nos plazca. «Más trabajo es sufrir a un señor pesado que a un labrador necio —decía Fray

Antonio de Guevara en una carta al conde de Benavente—; porque el caballero háceos rabiarse, y el bobo labrador provocaos a reír; y más allende de esto, al uno podéisle mandar que no hable, y al otro habéisle de esperar a que acabe.» El pobre labrador puede ser pobre por otras circunstancias que su pobreza. A fines del siglo xvi ya la fuga de los moradores de los campos se ha iniciado. Las ciudades hechizan a los villanos. Las ciudades son espléndidas en el siglo xvi. Los monumentos aparecen nuevos. En las anchas plazas —muchas de ellas rodeadas de soporales— se yerguen esos hermosos edificios. El labriego se marcha hacia la ciudad. Le tientan las guerras y la conquista de América. Van faltando operarios en las campiñas. La Mesta se lleva todos los privilegios. Sobre el labrador pesan todas las cargas. Sus tierras no puede cerrarlas; los ganados entran a pastar en ellas; se comen los rastrojos y destruyen las viñas; los viandantes hurtan la fruta de los linderos; las tropas huellan las cosechas; gentes de guerra entran a saco en las casas; roban los pernils que están colgados en el humero; se llevan las gallinas escondidas en los anchos follados; suelen forzar las mozas. No es grata la vida en el campo. Ya en el siglo xvi la labranza comienza a declinar. Y el sustento de la Patria son los labradores.

UN SANTO

El hermano Román es un humilde siervo de Dios. No le dejan estar en paz. Le sigue y acosa la multitud. Viste el hábito de San Francisco y mora en un convento de la ciudad. En el mapa conventual de España vemos primero los conventos de las ciudades. Después los conventos erigidos en los alrededores de las poblaciones; tal es el de Santa Cruz, en Segovia; el de Santo Tomás en Avila; las Cartujas de Burgos y Granada. Más lejos de las ciudades, en parajes solitarios llamados desiertos, se levantan otros conventos. Y en el último extremo de la escala espiritual, como lo más austero, vienen las reducidas ermitas que se construyen en las inmediaciones de los desiertos, y en las que viven los anacoretas. Los Carmelitas son los que han fundado más desiertos en España. Podemos contar como el primero y más famoso de todos el de Bolarque —entre Pastrana y Buendía— y luego los de Nuestra Señora de las Nieves, en la serranía de Ronda, el de las Batuecas, el del Cardón, en Cataluña. Los conventos se levantan en las ciudades y en los campos. El hermano Román mora en uno de los conventos de la ciudad. No le dejan sosegar un instante. La muchedumbre le cerca y atosiga. El hábito que trae, cada ocho días, está hecho andrajos; le cortan pedazos con tijeras o le desgarran violentamente jirones. El hermano sonrío y exclama: «¿Han visto la bobería en que dan?» Sonríe bondadosamente como un niño. No sabe nada del mundo el hermano Román. Su candor es maravilloso. Cuando va de una ciudad a otra, los señores le hospedan en sus casas. La muchedumbre invade las estancias y llega hasta la mesa donde come el hermano; le abraza, le apretuja, le besa y corta pedazos de su hábito. El hermano Román tiene una sonrisa de inefable dulzura

para todos. Llama *el asnillo* a su cuerpo. Al cuerpo no quiere darle gusto ninguno. Felipe II, encontrándole en la calle, le ha hecho subir a su coche; pero al punto el hermano Román se ha apeado. «No quiero —ha dicho— darle este gusto de la vanagloria *al asnillo*.» Su imperio es dulce. Cuando él, sonriendo, pone su mano sobre el hombro del iracundo, la cólera desaparece. Va siempre descalzo; come un poquito pan y unas hierbas cocidas; su celda tiene cuatro metros en cuadro. El hermano Román casi siempre está fuera de su convento. En una gran pestilencia que hubo en la ciudad, en tanto que todos huían, él atendía a los enfermos y cargaba sobre sus espaldas los muertos. Visita y consuela a los presos. Si en las madrugadas encuentra un niño abandonado, él lo recoge, lo mece entre sus brazos y se pone en las puertas de las iglesias a pedir para el pobrecito. El hermano Román sonríe siempre. Sonríe siempre con una sonrisa de inefable bondad. Su enemigo es *el asnillo*; pero él sabe domarlo y mortificarlo. Cuando muera, la muchedumbre romperá en gemidos y llantos.

LA MUCHEDUMBRE

El hermano Román ha muerto. La noticia se ha extendido rápidamente por la ciudad y por los campos. Ha llegado la nueva hasta los senos más apartados de las montañas. Por los caminos y las veredas llegan los labriegos a la ciudad. Vienen ancianos, mujeres, mozos y niños. Los pardos gabanes y anguarinas de los hombres se entremezclan con las sayas amarillas, verdes y azules de las mujeres. En la ciudad llena la muchedumbre la ancha plaza. Son las primeras horas de la mañana. Hace dos días el hermano Román ha muerto. Su cuerpo está en la catedral. Le han colocado en la capilla mayor, cerrada la bella verja, tras los altos barrotes de hierro forjado. El hermano Román, con la cabeza un poco ladeada, parece dormir. Sus manos yertas, con los dedos trabados, sostienen un Crucifijo. Esta misma mañana será el entierro. Las puertas de la catedral todavía están cerradas. La anchurosa plaza está rebosante de una multitud que espera ansiosa. En la negrura de la muchedumbre resaltan las notas azules, amarillas y verdes de los trajes femeninos. Los instantes transcurren lentos. A veces un incidente cualquiera hace que se produzca un vivo remolino de gente. Todas las caras se vuelven entonces hacia el lado donde la gente grita. Un momento después torna el silencio. Los balcones están llenos de espectadores; los hay también en las techumbres. De pronto en el balcón vacío de una casa —de una casa que tiene cerradas todas sus ventanas y puertas— alguien lanza grandes gritos. La muchedumbre se vuelve hacia el balcón. Todos callan. En el balcón se ve a un hombre joven, alto y gallardo. Trae una larga barba. Se envuelve en un amplio tabardo de pieles. La cabellera negra y revuelta baja hasta los hombros. El mozo eleva al cielo con la mano izquierda

un Crucifijo; con la derecha acciona enérgicamente. Han callado todos al oír los primeros gritos. En la vasta plaza, llena por la muchedumbre, reina un silencio profundo. Con el Crucifijo en la mano izquierda, extendiendo la derecha hacia la multitud, el anacoreta grita: *Domine Deus...* Hace una pausa el mozo y luego añade con la misma voz recia, poderosa: *Domine Deus, salutis meæ, in die clamavi et nocte coram te.* La fuerza de la voz es tal y tal lo patético de la entonación que la muchedumbre se siente dominada. La gallardía del mozo subyuga a todos. Todos se sienten conmovidos ante las voces del eremita. Las lágrimas caen de los ojos; lloran las mujeres; lloran los niños; todos gritan; un inmenso clamor surge de la plaza. En el balcón solitario prosigue el anacoreta lanzando sus gritos: *Intret in conspectu tuo oratio mea; inclina aurem tuam ad precem meam...* «Haced que lleguen a Vos mis ruegos; dad oídos, Señor, a las súplicas que os hago.» La recia y formidable poesía de David tiene, ante la muchedumbre, en esta hora dolorosa, un magnífico intérprete en el eremita misterioso. La muchedumbre clama, gime, impreca y llora. *Domine Deus, Domine Deus,* repite la voz poderosa del anacoreta. Y la muchedumbre, conmovida, angustiada, va repitiendo las mismas palabras. *Domine Deus, Domine Deus,* vocean todos en un tremendo clamor. El cielo estaba radiante y ya el sol de la mañana bañaba las blancas piedras de la catedral.

CLARO EN EL BOSQUE

En la paz de la tarde asciende lento el humo. Ni la más ligera voluta se disgrega de la compacta y tenue columna que sube por el aire limpio. El bosque se extiende por todas partes. En este anchuroso claro del bosque descansa la legión de soldados. Está lejos, muy lejos, más allá de los mares, España. El Capitán de la tropa se halla sentado en el tronco de un árbol. En la hoguera se tuestan sanguinolentas carnes. Los caballos van paciendo la hierba o se yerguen y ramonean en los árboles. Hace un momento la tropa ha salido de la selva. Han caminado durante todo el día. El Capitán era cantero en España; trabajaba en la catedral de Burgos; por causa de una reyerta traspasó los mares; con intrepidez logró ponerse al frente de una compañía de soldados. Este hombre, que está aquí descansando, ha escrito en la historia humana una fecha única. Desde que el mundo es mundo, no ha realizado nadie hazaña de mayor fortaleza. Con hueste de soldados o solitario, con armas o inerme, roto y descalzo a veces, ha recorrido, entre tribus diversas, en este mundo transmarino, inmensas extensiones de tierra. Ha vencido formidables obstáculos: muros empinados de lisa roca que le cerraban el camino y que era preciso escalar; mesetas elevadísimas en que el frío intenso y la rarefacción del aire hacían las horas angustiosas; lluvias torrenciales que lo anegaban todo e impedían durante semanas encender fuego; laderas de greda escurridiza por los turbiones, en las que se deslizaban y resbalaban los pies; hondas barrancadas con torrentes mugientes e impetuosos en lo hondo, que había que atravesar gateando sobre troncos de árboles; llanos inmensos en que la seca y amarilla hierba reflejaba un sol abrasador; trampales extensísimos en que las piernás

se hundían hasta el vientre; ríos de una anchura prodigiosa, que ha surcado en frágiles y toscos esquifes. Sentado aquí, durante el crepúsculo, este español, tranquilo, sosegado, ha hecho lo que no ha hecho nadie en el planeta. Ha habido emperadores, reyes, grandes guerreros, héroes sublimes: nadie en esfuerzo, en energía, en perseverancia, en serenidad de ánimo, ha llegado a donde este humilde español ha llegado. Y no tiene, en torno suyo, ni cortesanos, ni guardas reales, ni cohorte magnífica. Ni viste brocados, ni bebe en oro, ni yacerá esta noche en cama de holandas y damascos.

Durante la noche que se aproxima el Capitán y su gente van a descansar en el claro del bosque. En el comienzo de *La Eneida* —el poema en que se alude a un mundo desconocido y misterioso—; en el comienzo de *La Eneida*, Eneas y sus compañeros, después de furiosa tormenta arriban a una deleitosa isla y descansan en tanto que se tuestan los ciervos cazados. En la isla hay un espeso bosque; agua fresca y dulce fluye en una gruta. Eneas y sus compañeros, y los descendientes de Eneas, han de fundar un vasto imperio. Del Capitán español y de sus camaradas, ha de arrancar una espléndida civilización en un mundo virgen. En el claro del bosque descansan todos. Cerca está el mar con sus procelas. Los ríos son anchísimos. Las montañas se yerguen inaccesibles. Durante el día han caminado los españoles por la selva. La viva luz solar apenas llega al centro del bosque. Gruesos troncos caídos, desde hace años y años, se van deshaciendo y convirtiendo en tierra negruzca. Follaje tupido cubre y tapiza troncos y ramas; como listones y cordeles que aseguraran la verde cortina de las hojas, van de tronco en tronco, se cruzan en el aire, reptan hasta las cimas y caen en festones que se balancean, largas y flexibles verdascas. Rasga los aires de cuando en cuando el grito agudo de un pájaro; se ve de pronto, sobre la verdura, cruzando rápidamente, el abanico dorado, verde y azul de un plumaje. En el silencio, alguna vez, entre las hojas secas, se produce un ruido de papeles estrujados y brilla, un momento, un pedazo de piel lustrosa, escurridiza y como de malla menuda en apagados colores.

LA FAMOSA DECADENCIA

La idea de decadencia es antigua en España. Españoles y extranjeros han hablado largamente, desde hace tiempo, de la decadencia de España. Reaccionemos contra esta idea. No ha existido tal decadencia. ¿Cuándo se la quiere suponer existente? Se la supone precisamente en el tiempo mismo en que España descubre un mundo y lo puebla; en el tiempo mismo en que veinte naciones nuevas, de raza española, de habla española, pueblan un continente. La idea de decadencia es antigua, sí; han colaborado en la creación del concepto de decadencia, hombres eminentes, eruditos, historiadores, literatos. Teniendo la idea siglos de antigüedad, ¿es ahora cuando vamos a rectificarla? ¿Es ahora cuando vamos a ver su falacia? Sí, ahora precisamente; porque ahora precisamente es cuando comenzamos a adquirir —puesta la vista en América— conciencia de la fortaleza y la fecundidad de España. Como es ahora precisamente, dicho sea de pasada, pero con pertinencia, cuando España adquiere la conciencia plena de su espléndida belleza, y la iniciación de este conocimiento —y el descubrimiento de Castilla— se debe, como tantas otras cosas, a los catalanes, a Parcerisa y sus amigos. La experiencia de América debe de ser decisiva para el hombre de acción y el hombre de pensamiento. Cuando después de muchos días pasados entre mapas y libros americanos de geografía y viajes, volvemos a nuestros habituales pensamientos, experimentamos una sensación extraña. Hemos viajado por las inmensas extensiones de la Argentina, Bolivia, Perú, Chile, Colombia. Hemos estado en Méjico. Hemos visitado otras naciones de más reducido ámbito. La variedad inmensa de paisajes nos ha deslumbrado. Ahora todo nos parece pequeñito, reducido, exiguo. Sin haber esta-

do en América sentimos la nostalgia de sus panoramas múltiples y esplendentes. Todo es ahora restricto y angosto: los espacios geográficos y los movimientos humanos. Al vernos, con el pensamiento, en una ciudad de la Argentina, del Perú, de Méjico, de Chile, de Bolivia, de Colombia, una sensación misteriosa nos hace estremecer; nos parece que una íntima vibración baja desde lo pretérito hasta nosotros por una cadena de antecesores.

No ha existido la decadencia. Un mundo acaba de ser descubierto. Veinte naciones son creadas. Un solo idioma ahoga a multitud de idiomas indígenas. Se construyen vastas obras de riego. Se trazan caminos. Se esclarecen bosques y se rompen y cultivan tierras. Montañas altísimas son escaladas, y ríos de una anchura inmensa surcados. Se adoctrina e instruye a las muchedumbres. Las mismas instituciones municipales son esparcidas por millares de villas y ciudades. La industria, el comercio, la navegación, la agricultura, el pastoreo, surgen, en suma, en un nuevo pedazo del planeta y enriquecen a gentes y naciones. ¿Y quién ha realizado tan gigantesca obra? ¿Todas las naciones de Europa juntas? ¿Todas las naciones unidas en un supremo y titánico esfuerzo? ¿Francia, Inglaterra, Italia, Alemania, Austria, Rusia de consuno? No; una nación, una sola nación, sola, sin auxilio de nadie: España. ¿Y cuántos habitantes tenía España cuando fundó el mayor de los imperios modernos? No limitemos la visión al área de España. España es la Península y los veinte pueblos americanos. España, con el descubrimiento y colonización de América, creaba una sucursal que había de ser más grande que la casa matriz. No se puede decir que un Banco esté en quiebra porque traslada sus fondos de una casa a otra casa. No teníamos, en ningún momento, que aprender nada de Europa. No necesitábamos para nada a Europa. Europa éramos nosotros y no los demás pueblos; o por lo menos lo éramos tanto nosotros —y lo seguimos siendo— como las demás naciones. Nuestro ideal era tan elevado y legítimo como el ideal de los demás países europeos. Es falso que Descartes sea superior a Santa Teresa y Kant a San Juan de la Cruz.

La idea de decadencia irá desapareciendo a medida que el espacio espiritual existente entre España y América —la solución de continuidad creada por dos o tres siglos de negligencia— vaya también desapareciendo. La génesis del concepto de decadencia es antigua. El ambiente, en siglos pasados, era adecuado para su desarrollo. La nación estaba saturada de doctrinas ascéticas. La vida es frágil y triste; los bienes terrenos son despreciables; el hombre es un compendio de miserias. El tránsito era fácil de lo

genérico y sempiterno a lo circundante y accidental. La realidad española había de estar sujeta al mismo criterio de renunciación. Cuando se desdeñaba el universo, ¿qué importaba un mundo nuevo? No era lo raro que se viera la merma de España en el ámbito peninsular, sino que no se viera, ni se haya comenzado a ver, hasta ahora, el prodigio de la extravasación de España. Lo que se percibía con agudeza y dolor, eran las lacras de casa, el ocio, la soberbia, la aridez, la incapacidad. La sensibilidad toda estaba polarizada en ese sentido. Mientras los extranjeros —singularmente en Francia y en Inglaterra— por rivalidad política, por oposición de ideal, ahincaban en la idea de nuestra decadencia, nosotros reiterábamos nuestros plañidos. Y por encima de todo —para completar el desolado cuadro— se cernía la idea de que la decadencia es cosa fatal e inevitable. La idea venía de la antigüedad clásica. La idea estaba reñida con el libre albedrío. Pero, entre sutilezas de primeras y segundas causas, Gracián y Saavedra Fajardo, entre otros, expresaban esa opinión con palabras de un vigor y de un colorido seductores. El uno habla de una «inquieta rueda», y el otro de los «telares de la eternidad», en que se teje la tela de los sucesos que no podemos romper.

PALACIOS, RUINAS

Viajero: es la hora de descansar un momento. Esta es la piedra blanca en que el viajero ha de sentarse. La campiña en esta hora del crepúsculo está solitaria. Junto a la piedra se yergue un grupo de álamos. Sombreados los álamos en las horas de sol unas ruinas. Lo que fué magnífica casa de placer, levantada en el Renacimiento, es ahora una pared rota. ¡Cuántas horas deleitables se habrán pasado entre las paredes que aquí había! Por los caminos bordeados de árboles vendrían lentos los coches de los señores; acaso en un palafren pausado caminaría gallarda la dueña de la casa. Viajero: es la hora de la meditación ante las ruinas. La campiña está solitaria. La tenue luz, amarilla, dorada del crepúsculo, se desliza oblicua, a ras de tierra. Ya dentro de unos minutos el sol acabará de desaparecer tras la lejana colina. Los álamos verdes se alzan junto al derruido paredón. Fué palacio espléndido esta ruina. En el siglo xvi todos estos palacios brillaban con la brillantez de lo nuevo. España estaba llena de palacios flamantes. La piedra acababa de ser labrada. Tenía una blancura de nieve. Las tracerías, en los claustros y en los patios de los palacios, parecerían recortadas en blanquísimo papel.

Canteros e imagineros hacían en las callejas y en los talleres un ruido sonoro y rítmico con sus cincelos y sus picos. Se labraba con amor la piedra. De los toscos pedruscos, traídos de los montes, arrancados de las canteras, iban saliendo grifos, conchas, niños, pájaros, querubines, frutas, flores. Con fervor pasaba sus manos el artista por todas estas figuras blanquecinas, que él acababa de crear, cubiertas todavía de un polvillo ligero. En los entablamentos, en las columnas, en las ventanas, en los frisos, en las

retropilastras aparecía luego todo este mundo vario y pintoresco de vivientes y vegetales. Los palacios resplandecían. Los formaban una conjunción maravillosa de fervores en el trabajo de las manos —de albañiles, canteros, herreros, estofadores, pintores, escultores— que ha desaparecido, acaso para siempre, en la especie humana.

Si desde una atalaya imaginaria hubiéramos podido ver las ciudades de España, nuestras amadas ciudades, habríamos vislumbrado en ellas, sembrados con profusión los palacios blancos. Viajero: el tiempo ha ido pasando, los siglos han transcurrido. ¿Estaban mejor antiguamente los palacios de nuestra España o están mejor ahora? Ahora tienen la dulce pátina del tiempo; tienen el encanto melancólico de lo viejo. Ahora sus piedras nos dicen lo que antes no podían decir: la tragedia del tiempo que se desvanece. Viajero: es la hora de meditar ante las ruinas, y este paredón ruinoso de un palacio que fué, aquí en la campiña solitaria, nos da tema para nuestras meditaciones. Los siglos han transcurrido. El antiguo palacio se ha desmoronado; pero aquí al lado de las ruinas, como una sonrisa en la eternidad, está este grupo de finos chopos que tiemblan levemente en sus hojas al soplo de la tarde expirante.

XXXVIII

REDENCIÓN DE CAUTIVOS

La vida de este religioso puede contarse en pocas palabras. Fué en el mundo un caballero principal. No había en toda la ciudad hombre más bondadoso. No desesperaba nunca en las adversidades. Cumplía estrictamente con sus deberes. Una sola flaqueza tenía: amaba con exceso el dinero. Por atesorar se imponía los más recios trabajos. Todo era escaso en su morada. Llevaba traspillados los sirvientes. Deshacíase el caballero en loores de la sobriedad por encubrir su avaricia. Todos le querían en la ciudad; a todos encantaba su trato; pero su avaricia contristaba a deudos y amigos. El mismo caballero se daba cuenta de su pecado y prometía enmendarse. Sus propósitos de arrepentimiento eran siempre fugaces. Deudos y amigos hablaron en cierta ocasión con el Prelado de la diócesis; llamó el Prelado al caballero; departieron los dos con gran espacio. Al día siguiente el caballero dió una comida a los pobres. La ciudad contempló atónita el espectáculo. Los amigos y deudos del caballero se daban el parabién. Pero fué contrición fugaz. Podréis apartar de su torpeza a un hombre moceril; un iracundo podrá ser amansado; un envidioso podrá verse libre, por vuestras reflexiones, de su íntima congoja. No podréis lograr por ningún camino que un avariento renuncie a su pasión. Dos días después de la comida el caballero volvió a su condición primera.

Un día se anunció que volvía a la ciudad un íntimo amigo del caballero. El amigo había estado cautivo en tierra africana. Quince años pasó en el cautiverio. Se veían desde la huerta en que trabajaba los montes de España.

*De las africanas playas,
Alejado de sus huertas,
Mira el forzado hortelano
De España las altas sierras.*

Durante quince años había estado el cautivo dando vueltas y vueltas en el artificio de una noria. Sus pies descalzos habían hecho en la tierra un hondo lendel. Columbraba a lo lejos la tierra española. No hizo en los quince años de esclavitud otro oficio el pobre cautivo. Las tentativas para su rescate fueron inútiles. La familia del cautivo era pobre. El caballero de la ciudad y el esclavo eran íntimos amigos. Acaso pudo el caballero ayudar con una parte de su caudal al rescate del amigo. No lo hizo el caballero. Al cabo de los años unos religiosos Trinitarios redimieron al esclavo. Está ya en tierra de España el cautivo. Va a llegar a la ciudad. Ha llegado ya a la ciudad y el caballero es avisado de la llegada de su íntimo. Entra el caballero en la casa donde está el amigo con su familia. Rápidamente va con los brazos abiertos hacia el amigo. El esclavo permanece inmóvil. Joven aún, su cabello está blanco y sus ojos miran espantados sin ver a nadie. El caballero permanece absorto ante el amigo. Y de pronto el cautivo, maquinalmente, sin proferir palabra, comienza a dar vueltas por la sala con la cabeza baja como alrededor de una noria...

En el convento de Trinitarios que hay en la ciudad, entra al día siguiente el caballero; le precedían dos criados llevando un pesado cofre. El caballero no volvió a salir del convento. Tiempo después, vistiendo la túnica blanca y el manto negro de la Orden, el caballero emprendía el camino de Africa.

LA PEDAGOGÍA

El maestro ha aparecido en el umbral. Es un viejecito cenceño y un poco encorvado; su cabeza está lisa, reluciente. Los ojos son diminutos y brillantes. Trae las manos metidas en las mangas del hábito. Cuando el maestro aparece en la puerta todos los novicios se ponen prestamente en pie; se hallaban todos —niños y adolescentes— sentados en un banco en torno de la estancia. El maestro levanta la mano con un leve ademán. Todos los novicios tienen puesta en él la mirada. Se tornan todos a sentar. La lección comienza. Sonriente y ligero, el maestro va de una parte a otra. Sus pasos son leves. Todos los novicios van vestidos ya con sus hábitos. El maestro, rápido y silencioso, se ha detenido ante uno de los mocitos. Le pone cariñosamente la mano en el hombro y le hace una pregunta. El interrogado medita durante un instante. Y luego contesta. Al oír la contestación —contestación exacta— el maestro tuerce la cabeza y frunce el ceño. Todos los alumnos, repentinamente, ponen seria la cara y miran al compañero. El maestro, con palabras graves, dice que lo que ha contestado el alumno no es lo cierto. El alumno, reprendido afectuosamente, se pone colorado. De pronto el maestro sonríe. Y ahora la reprensión, con palabras también cariñosas, no es por una falta que el maestro supone —no existiendo— en el discípulo, sino por una falta real: la falta de confianza y de seguridad por parte del discípulo en su propio dictamen. El alumno había contestado bien al maestro. La autoridad del maestro se había impuesto, sin embargo, al discípulo. Y eso es lo que de ningún modo quiere este viejecito ligero y silencioso. La treta se repite cada dos o tres días. Siempre el discípulo se siente sobrecogido por el maestro. Y siempre el maestro sonríe y mueve la cabeza contrariado.

La lección prosigue. Los alumnos van exponiendo sus dudas al maestro. La estancia tiene unas ventanas que dan al campo. Se ve la campiña dilatada y verde. Entra el puro y vivo aire por los anchos ventanales. Preguntan los discípulos y responde el maestro. El diálogo es cordial y animado. A veces el maestro se detiene delante de un niño; le mira en silencio, le coge por los dos brazos suavemente y le trae hacia una ventana; en la ventana le mira a la luz como si no le conociera. Luego, con voz un poco irónica, socarrona, profiere una exclamación. El maestro ha notado una falta en el niño y quiere reprenderle en forma grave y dulce a la vez.

En multitud de conventos españoles, a esta hora misma, en el siglo xvi, los maestros están adoctrinando a los discípulos. Debemos considerar en la historia de la pedagogía española la enseñanza en las Ordenes religiosas. Un siglo más tarde, en 1676, el jesuita Pedro de Mercado dedica páginas delicadas a la pedagogía en su libro *Práctica de los ministerios eclesiásticos*. «Cuide —dice Mercado al maestro— de que los discípulos le pregunten sus dudas; y cuando le preguntaren, respóndales con afabilidad; porque si se desabren con las respuestas, no se atreverán a hacerle preguntas; y en no preguntando se quedarán con sus ignorancias.»

LA VERDADERA ESPAÑOLA

La anciana vive en las afueras de la ciudad; esta parte de las afueras lleva el nombre de *los Pradillos*; se llega a este paraje después de atravesar el río por el puente romano. Donde hay ahora una fábrica de harinas, estuvo en 1860 el Matadero viejo. El Matadero se edificó en terrenos que ocupó de 1640 a 1802 el convento de San Agustín. Antes de que estuviera el convento, en 1570, se levantaba en ese lugar un grupo de casas. Se llamaban esas viviendas *las casas de Sancho Gil*. Sancho Gil fué un obispo de la diócesis; pero no se sabe si las casas pertenecieron al obispo o a un banquero judío del mismo nombre. En 1880, con motivo del derribo del Matadero viejo, se entabló violenta polémica sobre el tema, entre dos periódicos de la localidad, uno republicano y otro conservador. La casa en que vivía la anciana tenía un reducido zaguán; en el fondo se veía una escalera de madera; corría por la pared estrecho balconcillo, también de madera; una puertecilla —la del cuarto de la anciana— daba a esta galería. La vieja señora sale todas las tardes al anochecer y va a la ciudad. Pasa el puente y sube por la Cuesta de Trajeneros. Después se encamina a la catedral. La anciana marcha despacito; con una mano lleva cogido un cayado blanco y con la otra lleva solapada debajo del manto una alcuza de aceite. Todos conocen en la ciudad a esta viejecita. En la catedral arde una lámpara en la capilla del Amparo. No se ha apagado la luz de la lámpara desde hace cien años. Del mismo modo que esta anciana vierte su alcuza en la cazoleta de la lámpara, la han vertido antes su madre, y la madre de su madre. La lucecita no se ha extinguido jamás. A la hora en que penetra en la catedral la señora, ya están en la penumbra las anchas naves. Las altas vidrieras palidecen con las últimas efulgencias del crepúsculo.

Lope de Vega, en su comedia *El Molino*, hace que una duquesa, despechada, colérica, diga a una de sus damas:

... *Que con una espada sola
Y la furia de mi pecho,
Hiciera, Teodora, un hecho
De verdadera española.*

En otra comedia del mismo Lope, *La Moza de cántaro*, doña María de Guzmán y Portocarrero, la fingida moza, mata a un hombre que ha injuriado al padre de la dama. La anciana que va a la catedral no ha llegado a estos extremos; pero ha sido una mujer esforzada y animosa. Ya está arrugadita y encorvada; antaño prendaba a todos por la esbeltez de su cuerpo y la hermosura de su rostro. No le queda a nadie en el mundo. De tres hijos que tuvo, uno murió en Flandes; el otro partió a las Indias, y allí acabó sus días; el tercero encontró la muerte en una pestilencia que hubo en la ciudad. Todas sus adversidades las llevó con entereza la señora. La traición del marido fué la que más hondamente la conmovió. Hubo un instante en que estuvo a punto de hacer lo que deseaba ejecutar la duquesa de Lope.

La verdadera española es amiga del hogar. Le gusta vivir parte del año en el campo. Tiene la casa limpia. Amamanta a los hijos. Cose la ropa blanca. Entretiene la ropa usada con hábiles y curiosos zurcidos. Sabe aderezar conservas. Cuida amorosamente a los enfermos. Viste con sencillez; pasados los treinta años, los colores de sus trajes son los oscuros. No malgasta la hacienda, ni regatea en lo que sea comodidad para la casa. Por ella no ha podido decirse: *derramadora de harina y allegadora de ceniza*. En su persona, bajo la bondad, bajo la más afable cortesía, encontramos un fondo de energía indómita. Y esa sensación de impetuosidad —en el paisaje severo y enérgico de España—; esa sensación de fortaleza que se alía a la gracia y a la sensualidad más delicada, es precisamente lo que da su atractivo insuperable a la mujer de España. Y esa es —impetuosa y sensitiva— la *verdadera española* de que nos habla Lope de Vega.

La anciana que mora en las casas de Sancho Gil —el obispo o el banquero— va todas las tardes a la catedral. Tiene la constancia en la fe. Ha tenido la constancia en el amor. Ha sido tierna y fuerte. Sus manos, escuálidas ahora —¡tan bellas manos que fueron!—, mantienen lucidora la lucecita de la lámpara. Una tarde, al entrar en la capilla, a la anciana le ha dado un mal. Al día siguiente la han encontrado muerta. La luz de la lámpara estaba apagada.

EPÍLOGO ANTE EL MAR

Sempronio. — ¿Has dicho?

Calixto. — Cuan brevemente puede.

La Celestina, acto I.

El ensueño ha terminado. Estamos en el mismo salón mundano donde comenzamos a soñar. Ante nosotros se extiende el mar inmenso. La noche ha desparramado —ciega y fría— sus sombras sobre la dilatada extensión de las aguas. Durante un momento, el espíritu se ha abstraído de las cosas actuales. La realidad circundante no existía para nosotros. Volvemos ahora al mundo presente. Las estrellas brillan en la bóveda negra. Hemos puesto en nuestro ensueño un poco de efusión y de amor. No pueden ser comprendidas las épocas pasadas sin ese poco de sincera simpatía. Otras épocas —lejanas de nosotros— no pueden ser estudiadas con arreglo a las ideas, a los sentimientos, a los anhelos del presente. Un pueblo no puede ser condenado por haber seguido ruta distinta de otras naciones. ¡Qué sabemos hacia dónde marcha la humanidad! ¡Qué sabemos cuál puede ser el resultado lógico y fatal, andando siglos y siglos, de un ideal que ahora propugnamos y reverenciamos! Desde la remota perspectiva de un porvenir de siglos y siglos, ¿qué es lo que podrá parecer el ideal de España en los tiempos sobre los que hemos meditado un momento? ¿Ha de triunfar en la humanidad la inteligencia o ha de triunfar la voluntad? Hemos soñado durante un instante en la España pasada. Para nuestras meditaciones hemos escogido determinados hombres, determinadas circunstancias, determinados hechos. No hemos abarcado en su totalidad una época. Nos han bastado unos pocos rasgos —que juzgamos característicos— para determinar la modalidad de un pueblo. Y

con profunda cordialidad hemos mariposeado sobre esos hombres y esas cosas. Nuestro espíritu ha divagado ligero de una parte a otra. Tal vez teníamos miedo de detenernos y de que en nuestra frente se marcara el ceño de la meditación apasionada. Con toda cordialidad, con vivo afecto, nos poníamos —durante un instante— de parte del pasado; admirábamos los hombres y las cosas de un siglo remoto; la lógica del sentimiento nos guiaba; con la lógica del sentimiento explicábamos lo que a los adversarios decididos de esa edad parece inexplicable. Pero la razón vigilaba en nosotros. No podíamos renunciar —al hacer la apología de la voluntad— a la luz de la inteligencia. Artistas y sentimentales, nos sentíamos atraídos por el espectáculo del pasado; obreros de la inteligencia, modestos obreros de la inteligencia, nos sentíamos arraigados en el mundo moderno. Y nuestro espíritu, durante la ensoñación, vagaba solícito, tratando de comprender, de un lado a otro. Tal vez sentíamos, si, temor de detenernos. Al detenernos, al meditar con pasión, nuestra serenidad, nuestra ponderación, nuestro equilibrio, estaban perdidos. Habríamos de tomar forzosamente partido por el pasado o por el presente. Sin sentirlo, la parcialidad habría de apoderarse de nuestro espíritu. Y con profunda emoción, en estos momentos primeros de la noche, frente al mar entenebrecido, pensábamos en la paz espiritual: la paz espiritual que permite, entre gentes de todos los partidos, entre artistas de todas las tendencias, gozar serenamente de los más variados espectáculos intelectuales. Las estrellas brillaban en el cielo negro. Un faro paseaba, con breves intermitencias, su larga faja de viva luz blanca por el inmenso mar en tinieblas. Y en nuestro espíritu, después de la meditación pasada, se resolvía el íntimo conflicto, el asomo de pavorosa antinomia —origen de angustias y desasosiegos— en una fórmula de respeto y de tolerancia.

ÍNDICE

	Páginas.
I.—Un anciano	14
II.—Palaciegos	16
III.—Piedad	18
IV.—El que sabia los secretos	20
V.—Heterogeneidad	22
VI.—Avila	24
VII.—El Veredero	27
VIII.—Un religioso	29
IX.—El estilo	31
X.—El realismo español	34
XI.—Devoción, inspiración	36
XII.—Montañas y pastores	38
XIII.—Palacios cerrados	41
XIV.—Un viandante	43
XV.—El teatro	45
XVI.—Una religiosa	47
XVII.—El fideísmo	49
XVIII.—El viejo inquisidor	52
XIX.—Castillos en España	55
XX.—La patria moral	59
XXI.—La casuística	61
XXII.—El poder militar	63
XXIII.—Vasconia	65
XXIV.—Cataluña	67
XXV.—El aposento del poeta	69
XXVI.—Maqueda	72
XXVII.—La filosofía natural	75
XXVIII.—Las librerías	77
XXIX.—Corsarios	79
XXX.—La Gloria	81
XXXI.—Los misioneros	82
XXXII.—El pobre labrador	84
XXXIII.—Un santo	86
XXXIV.—La muchedumbre	88
XXXV.—Claro en el bosque	90

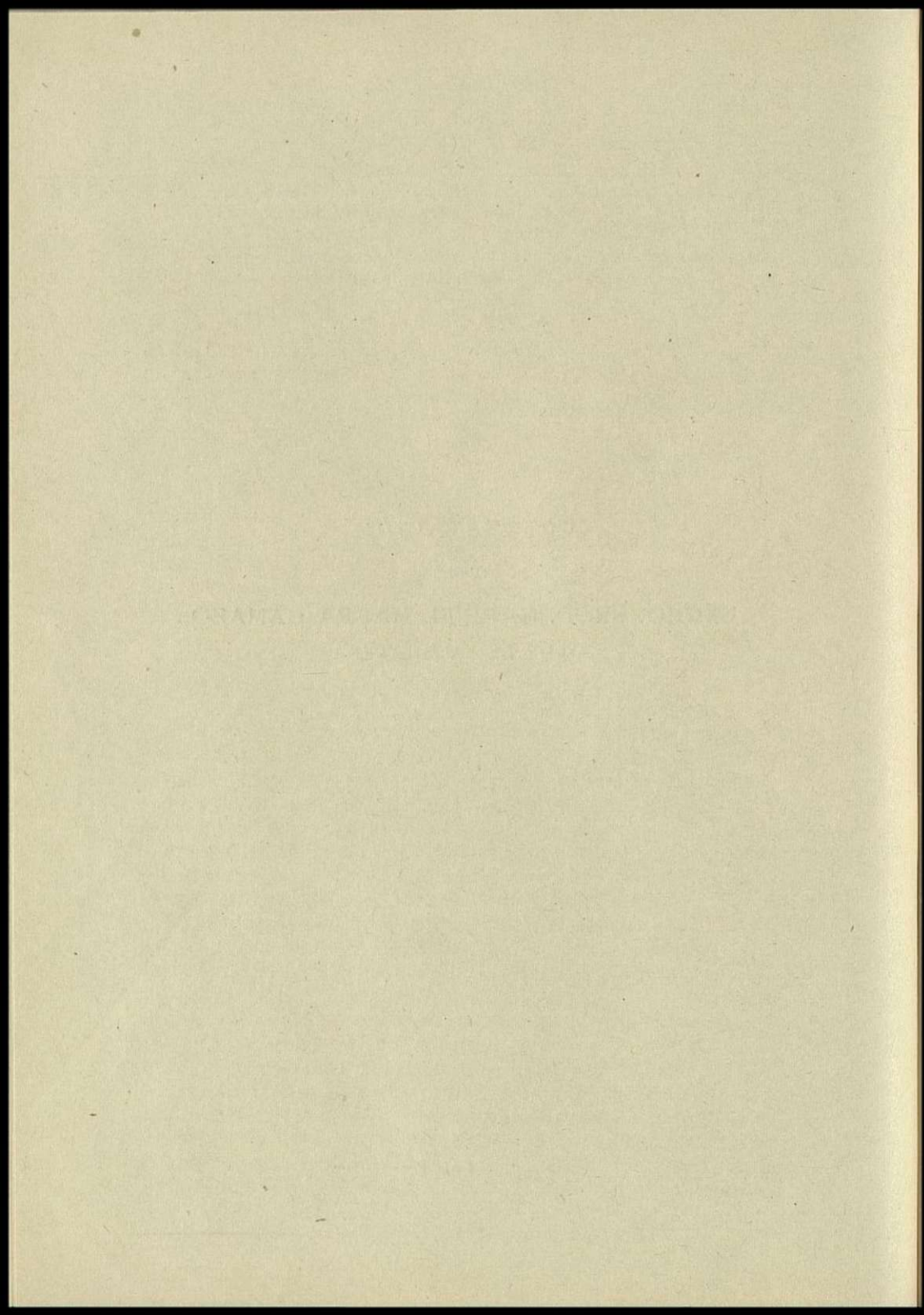
	<u>Páginas.</u>
XXXVI.—La famosa decadencia.....	92
XXXVII.—Palacios, ruinas.....	95
XXXVIII.—Redención de cautivos.....	97
XXXIX.—La pedagogía.....	99
XL.—La verdadera española.....	101
XLI.—Epílogo ante el mar.....	103

CONTESTACIÓN

DEL

EXCMO. SR. D. GABRIEL MAURA GAMAZO

CONDE DE LA MORTERA



SEÑORES ACADÉMICOS:

Hace exactamente un cuarto de siglo, vivía España una hora de tribulación. Aunque recién mutilada y casi exánime, el amargor de la derrota que la infligieron los extraños, la mortificaba menos que el derrumbamiento de las ilusiones propias. El contraste incorruptible de la realidad había comprobado falsas las más de las tasaciones de valores nacionales, acordadas, en tácita connivencia, por el optimismo egoísta de los dirigentes y la pereza crédula de los dirigidos.

Esta desazón nacional ensanchó los ámbitos de la vida pública. Ya no era sólo en cafés y reboticas donde se regeneraba a la Patria. La política invadió también oficinas y trastiendas, talleres y laboratorios. Médicos e ingenieros rivalizaban con los abogados en proponer alivios para remedio de los males públicos; sobre éstos disertaron ociosos y trabajadores en tertulias de casino y asambleas de gremio, empuñada la mancera o esgrimida la vara de medir. La juventud se hizo militante, y la que residía en Madrid irrumpió en el salón de actos del Ateneo, trasunto reducido, sucursal accesible y antesala probable del Parlamento.

La unanimidad con que se afirmaba necesaria y urgente una revisión de valores, indujo a los recién llegados a repugnar desdeñosos cuantos apelativos estuvieron en auge durante el último tercio del siglo XIX y a flamear radicalismos que todavía se nos antojaban pálidos. A quien nos hubiese preguntado, como cuentan que preguntó a Proudhon un Bonaparte, cuándo reputaríamos perfecta la sociedad, le habríamos contestado con las palabras del comunista

francés: «Señor, cuando los que profesen mis ideas sean perseguidos por reaccionarios.»

Apenas emancipado yo de las aulas universitarias, concurrí, con alguna asiduidad, a las discusiones del Ateneo y formé resueltamente entre los más avanzados socialistas. Todavía quedaban a mi izquierda muchos y muy poblados escaños. De ellos salía con frecuencia una voz gutural que atravesaba en los discursos ajenos breves y casi siempre eficaces interrupciones. Era quien las lanzaba un mozo de recio porte, cara lampiña y ojos menudos de penetrante mirar, cuyo aspecto externo reunía, a la originalidad notoriamente deliberada, la pulcritud más irreprochable. Supe muy pronto cuanto de él se conocía por entonces. Levantino, residente en Madrid, frecuentaba todas las bibliotecas públicas, escribía en la prensa con estilo que unos encarecían y otros tachaban de estrambótico, viajaba por los pueblos españoles en compañía de un grupo de literatos y pintores, y militaba en el Ateneo como anarquista.

Sonreirán tal vez, al oír evocado este recuerdo, quienes sólo conocen al Ilmo. Sr. D. José Martínez Ruiz, ex diputado a Cortes, ex subsecretario de Instrucción pública y Bellas Artes, individuo de número de la Real Academia Española, y, por cima de todo esto, gloria de las letras patrias, catalogada ya como clásica en manuales y antologías, dentro y fuera de la Península. Quien, como yo, convivió con Azorín durante veintitantos años, muy próximo siempre en política y todavía más en el afecto, tiene calidad de mayor excepción para testimoniar que, ateneísta, escritor, hombre público y académico, fué siempre fiel a sus honradas convicciones, a través de las nobles mudanzas que en ellas y en él operó la vida; y, lo que es todavía más raro, que aquella pulcritud urbana, ostensible en el joven, no era sólo externa, sino también íntima, y ha sido y sigue siendo la norma ética del caballero, del literato y del político.

Aun después de reconocida la sinceridad del interesado, se podrá poner en duda su anarquismo juvenil, mas no negar, con fundamento, que fuese Azorín audaz revolucionario, ya que no en la monarquía española, en la república de las letras. La generación acampada por entonces en nuestras cimas sociales, había sido enseñada a estimar clave de la cultura universal «las grandes síntesis» pseudo hegelianas. A juicio, casi unánime, de los sesudos varones de aquella época, el progreso había deparado ya a la hu-

manidad feliz unas cuantas fórmulas definitivas, sólo susceptibles de algún que otro perfeccionamiento accidental o suplementario. Esas «grandes síntesis» no se habían elaborado ciertamente en España, sino en países mejor pertrechados que el nuestro del herramental indispensable para los múltiples y difíciles análisis previos. Así, por ejemplo, el régimen parlamentario, arquetipo de la ciencia política, se construyó laboriosamente en Inglaterra por numerosas generaciones de *wihgs* y *tories*, en la lucha franca o solapada con los Carlos, Jacobos y Jorges, hasta la época de Victoria; perfecto ya el modelo, no había sino copiarlo aquí con ingeniosa y prudente flexibilidad para la adaptación.

Otras ramas del Derecho, como el de gentes y el penal, fueron cultivadas con más fruto por los descendientes directos de los jurisconsultos de Roma; y así, en estas disciplinas, convenía recibir la inspiración italiana. Quienes se consagrasen a las ciencias exactas, físicas o naturales, a los modernos estudios económicos, y sobre todo, a los filosóficos, harían bien en visitar los centros universitarios alemanes, donde, en unos cuantos meses, acopiarían bagaje más que suficiente para ser graduados de sabios en su tierra. Los literatos, en fin, y en general los artistas de la palabra hablada o escrita, no habían menester de otro esfuerzo que el de seguir atentamente las evoluciones de la moda francesa, aderezándolas en el remedo español con el adobo nacional: la estrofa rimbombante en poesía, el párrafo de largo resuello en oratoria, la truculencia en el drama y la relativa castidad, aun a trueque de la mayor languidez, en la novela.

Cuando el nombre de Azorín comenzó a sonar en los cenáculos madrileños, su poseedor, que conocía ya en el idioma en que se escribieron las obras maestras portuguesas, francesas, italianas e inglesas, no había traspuesto aún ninguna frontera. Pero leía sin reposo, y con predilección libros castellanos, de cualquier tiempo, sobre cualesquiera asuntos, tuviese o no renombre el autor, amenidad el texto y galanura el estilo. Leía sin tregua, en las bibliotecas, en su albergue estudiantil, en los paseos públicos y ante los baratillos de ocasión. Leía tanto, que había perdido el hábito de hablar, y hasta los monosílabos se le antojaban derroche. Mudo, y al parecer ensimismado, escudriñaba sagaz, amén de cosas y personas, el fárrago impreso, en busca de resquicios por donde asomarse al alma del autor o a

la colectiva española, y tras de cada hallazgo, su mano nerviosa copiaba en las cuartillas, prevenidas siempre, la frase delatora que desbordó del corazón a la pluma, para mezclarse en el papel con las que sólo dictaba el cerebro.

Trajo Azorín de su gaya tierra mediterránea sensibilidad exquisita para apreciar y traducir la poesía de la naturaleza; depuró aquí su temperamento artista, haciéndole más accesible a la belleza psicológica, que es la poesía de la humanidad; y cuando hubo peregrinado a través de las letras, en el espacio y en el tiempo, fué ya guía insuperable para cuantos quisieron adentrarse en el alma española, tan inexplorada hasta entonces por los literatos jóvenes, como los eleros polares o las selvas de los trópicos.

Generoso guía espiritual; no cicerone mercenario. Lacónico y discreto, sin alardear jamás de erudito ni aturdir con su locuacidad, adoctrina y acompaña, sugiere los motivos de admiración, callando mientras se admira; hace llevadera la jornada fatigosa; vencedor siempre de la desesperanza y el desánimo, porque divisa y anuncia desde muy lejos el humo de hogar en paraje solitario, la lucecita de albergue humano en noche tenebrosa, el destello de faro entre los arrecifes, cuantos signos revelan la proximidad tranquilizadora de aliados naturales contra las fuerzas hostiles que, a las veces, cercan y acosan al viajero.

¿Concebís, señores académicos, algo más anacrónico cuando comenzó el siglo que corre?

Guía espiritual de la España antigua a tiempo en que se propugnaba la europeización de la moderna; periodista que meditaba y leía más que escribía, y escribía más que hablaba; devoto de los pequeños análisis en la época de las grandes síntesis; iconoclasta que pretendía revisar las canonizaciones estéticas; perseguidor de documentos con minuciosidad de entomólogo, cuando estaban más en boga las improvisaciones fáciles; escritor, en fin, que oponía al brochazo del escenógrafo el toque justo del miniaturista, y al estilo usual, recamado de imágenes, tropos y demas pedería retórica, la semidesnudez helénica de la oración primera de activa.

Ante auditorio como el presente huelga relatar el desmoronamiento de las soberbias edificaciones políticas y científicas del siglo XIX, asentadas sobre movedizas y deleznable hipótesis y zarandeadas además por la conmoción sísmica de la guerra grande. Pero aun cuando la ejemplaridad de ese espectáculo, que hemos presenciado con-

fusos, invita a rehuir dogmatismos y a deponer intransigencias de escuela, aun cuando sea ya hoy muy difícil escandalizar con el pensamiento, ni casi con la conducta, es evidente que el revolucionario de 1900 no pasaría por conservador en 1924 si no hubiese conseguido durante ese breve lapso el máximo triunfo a que pueden aspirar los innovadores: la general aceptación de lo que tuvieron que defender un día contra los más o contra todos.

Traer a capítulo los aciertos de Azorín fuera tanto como juzgar sus obras, tarea gratisima, de seguro, pero en la ocasión actual inoportuna; porque cuando no fuesen sus libros tan conocidos que cualquier español culto los enumerará de coro; cuando quien contesta al nuevo academico, a título tan sólo de riguroso coetáneo suyo, poseyese en grado suficiente jerarquía, autoridad y aptitudes de crítico, cuando sobrase ahora vagar para desenvolver con holgura tan vasto asunto, siempre sería impertinente discenir desde aquí censuras y elogios, que, a presencia del interesado, habrían de parecer descorteses las unas y lisonjeros los otros. Me atenderé, pues, a señalar el más feliz de esos aciertos, estrechamente enlazado, por añadidura, con el tema del primoroso discurso que acabáis de escuchar esta tarde.

Antes de 1898, la Literatura y la Historia convivían en España tan separadas entre sí, como lo están en nuestro suelo por macizos ingentes las cuencas de los ríos caudalosos. Cierta que dramaturgos y novelistas espigaban en lo pasado motivos de emoción estética, y que alguno, como Galdós, utilizó magistralmente episodios de la vida nacional para urdimbre de sus ficciones literarias. Cierta, asimismo, que el genio de Menéndez y Pelayo puso indistintamente a las ciencias y a las letras al servicio de su monumental vindicación de la España pretérita. Pero los literatos mozos, desdeñadores de lo vernáculo por insípido o por vetusto, se resistían a colaborar en la Historia auténtica del pensamiento español, que se comenzaba a escribir, mondándola de necedades y calumnias, invención de propios y extraños.

El retroceso interior de la catástrofe ultramarina determinó súbita mudanza en el espíritu de las nuevas generaciones, no contaminadas con la responsabilidad del fracaso. Desoyeron ellas el consejo que les estaban dando voces autorizadas, de extremar la imitación de modelos exóticos, y, con rara unanimidad, se aplicaron a estudiar la España

que fué. La habitual clarividencia crítica de Andrenio ha notado ya que el rasgo característico de los literatos posteriores a 1898, es precisamente «el común anhelo de descifrar el enigma histórico, buscando la clave en el carácter y en la constitución social del pueblo español».

Azorín, predecesor de sus compatriotas en esta ascensión retrospectiva, ganó muy luego puesto preeminente en vanguardia. La índole artística de su cultura le apartaba de labores didácticas, hoscas a menudo y desabridas casi siempre. Mas tampoco la novela es molde adecuado de lubricaciones literarias, escritas no tan sólo con ánimo de solazar al lector, sino para expansión comunicativa de dudas y zozobras acerca del destino presente o venidero de la patria y de la raza. Azorín, que había remontado la vaguada de la Literatura hasta dar con las fuentes originarias comunes también a la Historia, adoptó la forma mixta del ensayo, inmejorable para la divulgación de lo abstruso, porque lo fracciona hasta hacerlo concreto, y encubre su enjundia con los propios arrequives con que se suele engalanar lo frívolo.

No tiene nuestro colega la envergadura teológica de los grandes clásicos del ensayismo español, que fueron, al par, severos moralistas: Fray Luis de León, Quevedo, Saavedra Fajardo y Baltasar Gracián ni la filosofía epicúrea o escéptica de los franceses, ni la armazón científica de los ingleses. Su técnica se asemeja a las de las artes plásticas; recuerda, unas veces, primores de inicial miniada de códice trecentista, en que no se sabe qué admirar más, si la sabia ingenuidad de la composición, la exactitud y firmeza del dibujo, o la entonada mezcla de brillos y mates en espacio tan reducido; otras veces, adopta el rasgueo desenfadado del esbozo, y bastan unas cuantas líneas para sugerir a la imaginación del espectador lo que quiso expresar el artista.

Cabalmente, en la meseta donde la Literatura y la Historia se juntan, sin que sea preciso, como lo es aguas abajo, trasponer ninguna divisoria para pasar de uno a otro género, halló Azorín el tema del óptimo ensayo que ofrenda a la Academia en la solemnidad de su recepción.

Hay en él intuiciones atinadísimas que sería inútil buscar en los infolios de la Historia docente, pero a la luz de las cuales aparecen justificados y hasta fatalmente lógicos, fenómenos que las causas aducidas no explicaban y que se suponían caprichosos e incongruentes. Origen perenne de

error es, por ejemplo, el prurito de suponer correlativas y hasta sincrónicas en todos los países las edades humanas, aun las nebulosas de la Prehistoria, como si el curso de los tiempos no hubiese presenciado innumerables veces en colectividades populosas, anomalía pareja a la que en colectividades minúsculas se operó ante nuestra vista: el tránsito brusco de la luz del candil a la eléctrica.

Todavía, mientras las comarcas civilizadas del globo formaron el imperio efectivo o nominal de un único César, magnos acontecimientos como el Edicto de Milán o la caída de Roma, se pudieron adoptar para jalones de la historia del Universo. Pero ya no es tan fácil trazar la línea sutil que separa la Edad Media de la Moderna en cada cual de las diversas naciones de Europa. «El Renacimiento —escribe Azorín— ha calado poco en España. La Edad Media sigue dominando en el siglo xv, en el xvi y en parte del xvii. La Edad Media es ingenuidad, sentimiento, piedad.»

Hace bien pocos años que Osborn Taylor dedicaba dos gruesos volúmenes a definir las características de la mentalidad medieval, analizando, con aguda penetración, su génesis y desenvolvimiento. Las conclusiones del investigador norteamericano coinciden con la tesis de Azorín. La Edad Media es aquel período histórico durante el cual las sociedades cristianas adoptaron como canon inflexible de conducta, en lo privado y en lo público, la sentencia evangélica recogida por San Mateo de labios del Salvador, comentada ampliamente en los tratados patrísticos, divulgada después por confesores, predicadores, teólogos y aun moralistas laicos: *¿Qué aprovecha el hombre ganar al mundo si pierde su alma?*

Señores y vasallos, clérigos y seglares, letrados y analfabetos, viven persuadidos de que el primer negocio terreno es la salvación. Todos los bienes humanos, riqueza, poderío, saber, la misma gloria mundanal, no valen un ardite parangonados con la virtud, que asegura la gloria eterna. Y este apotegma ético, que en las filosofías orientales conduce al ensimismamiento misantrópico, cuyo supremo galardón es la quietud nirvánica, tiene dentro de la ortodoxia cristiana multiforme y asombroso dinamismo. Porque así impulsa a los sucesores de Gregorio VII, como a los de Carlomagno, en la reivindicación de las disputadas prerrogativas anejas a la tiara pontificia o a la triple diadema imperial; así, porque «Dios lo quiere», lleva a los cruzados a

la conquista del sepulcro de Cristo, como inspira al santo de Asís y al de Guzmán la fundación de ejércitos permanentes para defensa de las almas cristianas. Cuando Fernando III conduce sus huestes contra Sevilla y Jaime de Aragón navega hacia Mallorca y el santo rey Luis zarpa de Francia con rumbo a Berbería, no van tanto a ganar mundo para sus reinos como a redimir almas ajenas y afianzar la salvación de la propia.

Pero he aquí que, removidos los escombros bajo los cuales yacía sepulto el paganismo, los dioses resurrectos esparcen, en venganza, gérmenes satánicos de rebelión; intoxicados por ellos se sublevan la carne y el espíritu, y el descarrío de la sensualidad o el de la especulación herética, apartan a muchas gentes de la ruta medieval, enderezada hacia la salvación. No curan ciertamente de salvar su alma los florentinos vitoreadores de los Médicis o los romanos amigos de los Borja, que elevan a dogma el desenfrenado disfrute del goce fugaz, ante la incertidumbre del mañana y el arcano de ultratumba; ni los súbditos de los príncipes del Norte, secuaces de la Reforma, para quienes los solos méritos del divino Redentor o la predestinación bastan a preservar al creyente de las penas eternas, y que, luego de anteponer en las valoraciones humanas la inteligencia a la virtud, y de sustituir para la navegación a través de la vida, la brújula medieval de la fe por la de la razón, se lanzan impávidos a ganar el mundo del espíritu.

España, en cambio, no acepta del Renacimiento sino depuraciones artísticas y sociales. Aprende al «itálico modo» a construir palacios, alhajar aposentos, adornar personas, regir la vida cortesana, labrar, tallar, esculpir, pintar y rimar; pero mantiene casi incólume su contextura interna. Tan medieval como el dinamismo de la Reconquista, desde Covadonga hasta Granada, es el que descubre, coloniza y evangeliza América, el que alienta en San Ignacio, cuyos *Ejercicios espirituales* desentrañan el copioso contenido de la interrogación evangélica, y en la Doctora mística a quien la burocracia eclesiástica, incipiente fungosidad de la Edad Moderna, moteja entre escandalizada y socarrona de fémica inquieta y andariega.

«Absurdo es incriminar a España su infecundidad científica —concluye Azorín—. Su camino era otro. Y candidez, o excesiva nobleza, en los defensores de España es ir a situarse para su defensa en el mismo terreno en que los

partidarios del intelectualismo han querido plantear el problema.»

Tampoco es este el único absurdo que perpetró la crítica apasionada e irreflexiva. Quienes ignoran u olvidan que la Edad Media se prolonga en España hasta el siglo xvii, no podrán jamás comprender a Felipe II ni juzgarlo con imparcialidad.

El Renacimiento coincidió dondequiera (importa poco averiguar ahora hasta qué punto fué el fenómeno obra suya) con la aparición de una nueva clase social, aristocracia del talento, el dinero y el trabajo inteligente. No consistió la novedad, tan sólo, en que algunos artistas geniales, banqueros, armadores o comerciantes poderosos, se hembraen con los próceres militares y eclesiásticos de la aristocracia feudal, sino en que el robusto desarrollo de los núcleos urbanos permitió a las corporaciones burguesas actuar eficazísima, aunque indirectamente, en el gobierno de Francia, los Estados del Imperio y las Repúblicas italianas, y aun recabar en Inglaterra intervención más activa y constitucional. Esta clase intermedia, tan culta e inteligente como la nobiliaria, menos engreída y puntillosa, más ligada a la suerte de los negocios públicos por la índole económica de su actividad y su condición de contribuyente, sostuvo, acució e inspiró a monarcas y ministros mercedores de ello, amedrentó y hasta derribó alguna vez a los que no servían al bien público, y extremó, por lo común, sus aciertos en las crisis temerosas, cuando se litigaban vitales intereses colectivos.

España, por causas complejas cuya enumeración no hace al caso, no conoció durante los siglos xvi y xvii entre la Monarquía y el pueblo, tan sano, sumiso y fiel como incivil, otra clase social que la aristocracia de sangre. Cierito que no faltaban en ella, sobre todo al comienzo, talentos capaces de desempeñar las funciones públicas, ilustrados mecenas y ejemplares señores de vasallos. Cierito, también, que no fué casta hermética, sino oligarquía abierta, hasta con exceso, a cuantos sobresalieron en torno del rey por el hábil manejo de la espada, la pluma oficinesca, la adulación o el servilismo. Pero oligarquía, al fin, aferrada a sus privilegios, no suplió en España la inexistencia de otros órganos políticos y administrativos, engendrados y fortalecidos en economías nacionales más perfectas por el fecundo espíritu cívico.

Los reyes españoles de la casa de Austria y los validos

a cuyos hombros traspasaron algunos de ellos la cruz de la gobernación, jefes de un ejército permanente, bien abastado de artillería, no padecían, como los soberanos y ministros de la Edad Media, insolentes desacatos de magnates feudales, inmunes en castillos roqueros de penosa expugnedas. Pero habían de afrontar las arduas cuestiones planteadas en Europa por el advenimiento de la Edad Moderna, sin otra asesoría ni colaboración que las rudimentarias y enclenques del Estado medieval. Soportaron la tarea, doblemente abrumadora en tan grato aislamiento, porque creyentes fervorosos todos, aun los de menos austera vida privada, impetraron del Altísimo asistencia y consuelo, que El no niega nunca a los humildes de corazón.

Reconstituido con exactitud el escenario social de España durante el siglo xvi, se agiganta y embellece la figura de Felipe II, intérprete acongojado de la voluntad divina, a falta de la humana, en la hora trágica, culminante, de nuestra Historia, que ha descrito la pluma inimitable de Azorín. Yo también imagino en El Escorial a su fundador, próximo el término de la existencia, corroído el cuerpo por la gota y el alma por la amargura, al caer la tarde de un día de otoño, recluso en la celda monástica, que ensombrecen a porfía los nubarrones apelonados sobre la sierra, los montes próximos, tan rugosamente ásperos como la piel de los grandes paquidermos, y el grosor de los vidrios en las exigüas ventanas. Su meditación, coloquio con Dios, es al par alegato y plegaria: *¿Qué aprovecha al hombre ganar el mundo, si pierde su alma?* Desventurado de mí, Señor, que para salvar el alma hube de acometer el intento de ganar el mundo. Mis vasallos, esparcidos por todos los climas de la tierra, no obstante la diversidad de sus lenguas y costumbres, te adoraban, Señor, con idéntico culto, salvo los herejes del País Bajo, rebeldes a tu Majestad y a la mía. Porque eran amantes del mismo Dios, pude mantenerlos leales al mismo rey, sin el vínculo irremplazable de la patria común. Por primera vez desde que, para castigo de los pecados de nuestros mayores, desencadenó tu ira la invasión sarracena, junté yo bajo mi cetro todos los reinos y provincias de esta hermosa Península, y quedó borrada la linde que trazara la santidad de Alejandro VI para repartir entre españoles y portugueses las Indias inmensas, orientales y occidentales. Llevé la luz del Evangelio al extremo confín de estos dominios, tan vastos como jamás los poseyó monarca ninguno. Para abatir al turco otomano, azote

de la Cristiandad, concerté liga con el Pontífice y la Señoría veneta; tu diestra todopoderosa nos dió, Señor, la victoria. Apercibi fuerzas superiores a las de todos los protestantes juntos, aun después de aliados ellos con los sempiternos enemigos de la augustísima Casa, y me dispuse a raer de la faz de Europa la herética pravedad. Advertí el gran peligro de que Inglaterra atajase a mis naves en los caminos del mar y desequilibrase en mi daño el Continente si su herejía enfervorizaba a la de alemanes, holandeses, esguizaros y escandinavos. Casé entonces con María Tudor. Si aquel matrimonio hubiese logrado fruto de bendición, el mundo sería ya católico, y mi heredero estaría próximo a reinar sobre todo él, para mayor gloria tuya.

Tu soberana voluntad lo dispuso de otro modo. La orgullosa Isabel abrazó la confesión herética y me desafió sobre los mares. Junté la armada más numerosa y potente que han visto, ni quizá verán nunca los hombres, y fué, Señor, designio tuyo inescrutable, que la destruyesen los elementos. Triunfan jubilosos anglicanos, luteranos, hugonotes, calvinistas, mahometanos e infieles de toda ralea. Infestan piratas los rumbos que conducen hacia las islas y tierra firme del mar Océano. El imperio español parece condenado a pronta ruina. Me acecha la muerte. No gané el mundo, pero de tu misericordia, Señor, y también de tu justicia, espero, al menos, salvar mi alma.

Si, por dignación del Omnipotente, hubiese podido llegar al Escorial la voz de la historia, ella habría respondido así al atribulado y valetudinario Monarca:

—La más estrecha cuenta que Dios y la posteridad pueden pedir a los estadistas no llega, Señor, sino a exigirles el cumplimiento estricto del deber, tal como ellos lo entienden, y V. M. vivió y muere esclavo del deber suyo. Pero un hombre, por excelso que sea, no reemplazará jamás a una nación, allí donde ella no existe. Los naturales de la vastísima Monarquía española deslían sus bolsas y ofrendan sus vidas, con entusiasmo, para guerrear contra herejes e infieles, por obediencia leal, en los demás trances en que el rey ha menester de su hacienda o de su sangre. Acometen todavía empresas hazañosas cuando, por ventura, esperan de ellas, juntamente, ganancia en este mundo y salvación en el otro. Pero carecen de ideal que singularice a su comunidad política y no formularon nunca designio ninguno colectivo.

No lo fué, ni lo será en lo venidero, el atinadísimo pro-

pósito de V. M. de cimentar sobre el dominio marítimo la unidad del diseminado imperio. Cuando la Invencible desplegó su velamen, los ingleses todos, protestantes o católicos, amigos o detractores de Isabel, vibraron al unísono, de amor isleño al terruño natal, de cólera sañuda contra el invasor posible. Muy contados fueron en esta Monarquía los que se asociaron de corazón al destino de la Armada; el orgullo nacional sangró, sí, al conocer el descalabro; pero nadie clama hoy porque se renueve el esfuerzo. Transcurrirá más de un siglo sin que se intente siquiera la reconstrucción del poder naval, aun cuando crujan de repletas las arcas del Tesoro. En el XVIII, un claro varón de Castilla, enérgico y perseverante, reanudará el empeño de Vuestra Majestad de convertir a España en gran potencia marítima. Pero la vileza cortesana, servidora del solapado enojo inglés, castigará con larguísimo destierro la clarividencia patriótica del benemérito marqués de la Ensenada.

De aquí a un siglo, dos bisnietos de V. M. ocuparán los tronos de Francia y de España. El francés, ensoberbecido, reputará a la nación propiedad suya, pero la hará grande para ser él mayor, e identificados rey y pueblo, arrebatarán a España la primacía europea. El español, vástago degenerado de su raza, desprovisto además de buenos consejeros y servidores útiles, sucumbirá muy presto si no obtuviese auxilio y protección del soberano hereje de Inglaterra. Este mismo Guillermo de Orange, descendiente de los fautores de la rebelión del País Bajo, llegará a erigirse en árbitro de los destinos del imperio de V. M. y a concertar su descuartizamiento con el rey cristianísimo y el emperador.

La persistente carencia de opinión educada y consciente, que premie y castigue con equidad, multiplicará aquí deserciones y torpezas de los gobernantes y frustrará el único ideal español en la Edad Moderna: la paz de la indolencia, aunque por la mentida ilusión de alcanzarlo abandonen los descendientes de V. M., en sucesivos trances críticos, Portugal y sus Indias, el condado de Borgoña, el emporio flamenco, el Milanesado, las dos Sicilias, el Rosellón, Orán, Gibraltar y América. Todavía a fines del siglo XIX, los ingeniosos mecanismos sustitutos aventajados del verdadero, esparcirán tristes nuevas, eco lejano de este irreparado desastre de la Invencible. Las aguas de la bahía de Manila escupen en la arena tablas, jarcias y mástiles de buques españoles, maltrechos en unos cuantos minutos de

duelo desigual. Las olas del mar Caribe se estrellan contra los cascos de cuatro navios de guerra que, sin haber podido combatir ni escapar, embarrancaron adrede en la costa cubana.

Tampoco se logrará la paz interior, recompensa reservada al civismo, porque los españoles sacrificarán, alternadamente, el orden para conseguir la libertad, y la libertad para restablecer el orden, sedientos, siempre en vano, de justicia...

Perdonad, señores académicos, si, honrado con el encargo de llevar vuestra voz en la recepción de esta tarde, me atuve a escribir una pobre glosa «al margen de Azorín».

La entrada en esta casa del nuevo compañero no requería, en verdad, presentación ni bienvenida. De muy antiguo tenía él merecidos vuestros sufragios. Preferisteis aguardar para otorgárselos la sazónada madurez, que reflejan las palabras finales de su discurso, y recibirlo en posesión ya de «la paz espiritual que permite entre gentes de todos los partidos, entre artistas de todas las tendencias, gozar serenamente de los más variados espectáculos intelectuales.» Azorín compartirá de hoy más nuestras tareas, pero a él y a nosotros nos parecerá que hemos convivido largos años dentro de esta Corporación, donde se le acoge con tan unánime complacencia.

